

HISTORIETAS MORALES

PARA LA INFANCIA.

1



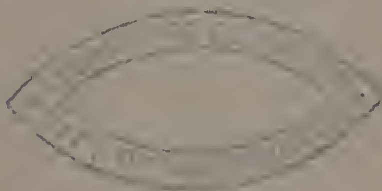
HISTORIETAS MORALES

PARA LA INFANCIA.

ESCRITAS EN INGLÉS POR

S. G. GOODRICH,

AUTOR DE LAS "CONVERSACIONES DE PARLEY," ETC.



NUEVA YORK:

D. APPLETON Y COMPAÑÍA,

BROADWAY, 443 Y 445.

1867.

LISTA DE LOS GRABADOS.

ÍNDICE.



EDUARDO MALEEN.

CAPITULO I.

En el mediodia de la Francia lleva el nombre de Tolosa, una antigua ciudad, de calles irregulares, construida en su mayor parte de ladrillo y atravesada por el rio Garona, sobre el que se levanta un sólido puente de piedra.

Hace muchos años pasaron por el puente dos agentes de policía llevando preso á un muchacho de unos diez y seis años de edad. Seguíalos una turba de hombres, mujeres y niños, que parecian tomar interés y casi complacerse en lo que estaba pasando. Los agentes y su preso llegaron á la cárcel, cuyas puertas pesadas y sombrías les fueron abiertas.

El muchacho fué entregado al alcaide, conducido á un calabozo, empujado hácia adentro y encerrado bajo de llave. Era tal la oscuridad que por algunos momentos nada pudo distinguir. Despues de un rato, vió que se encontraba en una reducida estancia con una ventanilla enrejada y que allí habia otros cinco ó seis seres humanos. Se le acercaron y comenzaron á hablarle pidiéndole dinero y tabaco; pero como él no tenia ni uno ni otro, le registraron los bolsillos sin el menor miramiento. En un abrir y cerrar de ojos le quitaron los pocos cuar tos que consigo tenia, una crucecita dorada, un anzuelo y unos pedazos de hilo de cáñamo. Todo lo que de este despojo se escapó fué, ademas de sus vestidos, una delgada cadenilla de oro que al cuello llevaba con un relicario, y esto gracias á que no se la vieron oculta como estaba debajo de su tosca camisa, y á que no podia sospecharse que tan pobre traje cubriera semejante alhaja.

Nada agradable tenia para el recien llegado la conversacion de los otros presos, salpicada de palabras profanas y expresiones vulgares y

groseras. Al propio tiempo ellos se reian y se mofaban del pobre mozo, y como parecia muy sufrido, se esmeraron en hacerlo impacientar. Despues de un rato se retiró á un rincon donde habia una armadura de hierro con un colchon delgado y húmedo, y habiéndole dicho que aquella era su cama se acostó, oprimiéndose la frente entre las manos. Derramó entónces gruesas lágrimas, perona die las vió, ni oyó tampoco los sollozos que de su pecho se escapaban.

Al cabo de una semana el mozo fué sacado de su calabozo y conducido ante el juez de Tolosa, rozagante personaje que llevaba sombrero de tres picos, ribeteado con cinta de plata, y casaca azul adornada de la misma manera. Tenia sus canos cabellos echados hácia atras para darse un orgulloso aire de importancia. El muchacho tuvo que aguardar una hora entera, permaneciendo entretanto enjaulado en una especie de cepo cuadrado y pequeño rodeado de una barandilla de madera. Al fin, si le hizo poner en pié y uno de los agentes dió lectura á un papel en que se le acusaba de ser ladron de caza, y de haberse robado las liebres de los potreros

del marques de Tilley, dignísimo caballero avecindado en las cercanías de Tolosa. En seguida preguntóse al mancebo su nombre y se le previno que explicara su conducta.

"Me llamo," dijo, "Eduardo Maleen. Mi padre fué un pescador que vivia en la costa de Gascuña. Hace tres años me huí de mi casa con un marinero que se llama Sarque, y desde entónces he andado en el mar. Poco ha volví á Gascuña y busqué á mi padre; pero habia empobrecido y se habia marchado á donde no he podido averiguar. En uno de los botes del rio vine de Burdéos á esta ciudad. Al atravesar el camino, una liebre saltó de entre la espesura y corrió hácia mí; le tiré una pedrada, y quedé sorprendido de haberla matado. La acababa yo de coger y aun estaba moviéndose entre mis brazos, cuando se me acercó una persona, me llamó ladron, y acompañada de otros, me condujo á la cárcel. Esto es todo lo que ha pasado, señor juez, y os ruego que no me castigueis por un accidente que no es un crímen!"

Muy simpático era el aspecto del jóven Maleen, y todo parecia disponer en su favor. Era

hermoso de rostro y tenia un aire de franqueza y de sinceridad: confesaba que habia hecho mal en abandonar á su padre, y esto indicaba que aun no se habia pervertido. Pero el negocio pareció mucho mas grave á los ojos del juez.

Alzándose los espejuelos sobre el caballete de la nariz, el integérrimo y sapientísimo magistrado habló en estos términos: "Eduardo Maleen — si es que así os llamais, aunque mucho lo dudo—sois indudablemente un rematado malandrin! Confesais andar prófugo de la casa paterna, y probablemente vuestra maldad habia destrozado el corazon de los autores de vuestros dias. Confesais que habeis arrebatado la vida á una liebre, criatura inocente é inofensiva que no os habia hecho ningun mal. ¡Cuánta perversidad en tan pocos años! ¡Ah! qué espantosos tiempos alcanzamos! ¿Qué va á ser de nosotros si dejamos impunes tamaños atentados? Y sobre todo, cuando esa liebre asesinada pertenecia á mi excelente amigo el señor marques de Tilley. Sépalo ya el reo, y estremézcase hasta la médula de los huesos, esa

liebre pertenecia al señor marques de Tilley. Y el señor marques es mi amigo, y el mas poderoso caballero en muchas leguas á la redonda de Tolosa. Corre por sus venas la sangre del ínclito mariscal Tilley de gloriosa memoria, y no ha de tocarse con impunidad ni un pelo de su cabeza ni una liebre de sus tierras. ¿Qué llegaria á ser de la sociedad, de la Francia, de la cristiandad entera si tales atentados se toleraran en Tolosa. Vuelva ese reo á su calabozo, y de allí salga sentenciado á cinco años de galeras!"

Es tal el prestigio de la autoridad; es tal el poder de la elocuencia, que los circunstantes todos, abogados, esbirros y la turba de curiosos, se quedaron con la boca abierta en señal de asombro y de aprobacion. El pobre Maleen quedó herido como de un rayo al oir las tremendas palabras, "¡cinco años de galeras!" y bamboleando mas bien que andando volvió á su calabozo, llevado por sus dos carceleros.

Tenemos que volver un poco hácia atras en el curso de nuestra historia. Eduardo Maleen no era mas malo que los muchachos de su edad; pero adolecia de un gran defecto; fácilmente se

dejaba extraviar por malos consejeros. Esta debilidad era la causa principal de sus pasadas locuras y de sus presentes desgracias.

El marinero de que hemos hablado, Felipe Sarque, era natural de la misma aldea en que habia vivido Eduardo Maleen. Era un tunante atrevido y desesperado que habia pasado muchos años en el mar, y habia recorrido varios paises. La narracion de sus curiosas aventuras habia cautivado la imaginacion de Eduardo, quien así fácilmente se dejó inducir á abandonar á sus padres y á entrar en un buque que salia de Burdéos para las Indias. Á estos países hizo el jóven varios viages, siempre acompañado de Sarque, quien habia adquirido sobre él un grande ascendiente.

Á medida que Eduardo fué creciendo en años, comenzó á conocer el carácter de Sarque, siéndole pesado el despótico yugo que sin cesar le imponia. Por entónces sintió el deseo de volver á ver á sus padres, y aprovechando una oportunidad favorable, se pasó á otro barco y regresó á Francia, sin comunicar sus propósitos á su antiguo camarada.

Apesadumbrado por haber abandonado á sus padres, volvió á su pueblo; pero no pudo dar con ellos. Solo pudo saber que les habia afligido sobre manera con su fuga, y que acosados por la miseria habian tenido que cambiar de residencia. Al penoso recuerdo de estos sucesos, y á los remordimientos que le causaban, Eduardo tenia que añadir el conocimiento de su propia degradacion. La noche que siguió á su prision le pareció la mas larga de su triste vida; ni un instante calmó el sueño su congoja y amargamente se arrepintió del error en que habia incurrido al abandonar á su familia. No tenia disculpa el haber obrado así: verdad es que su padre lo habia obligado á trabajar en la pesquería; pero esto era preciso para mantener á la familia. Su madre habia sido demasiado buena para con él, considerándolo como su mas valioso tesoro: lo habia cuidado con esmero en sus enfermedades; le habia enseñado á leer y á escribir; le habia dado lecciones de verdadera piedad, y durante años enteros todas las noches lo habia acompañado en su lecho á la hora de recogerse, para oirlo rezar sus oraciones é invo-

car las bendiciones del cielo. Su hermana, su única hermana, un año mas jóven que él, estaba fija en su memoria, como apareciéndosele entre los dulces recuerdos de lo pasado.

Estos pensamientos llegaron á ser desgarradores para el pobre muchacho, que se levantó de la cama, sintiendo que le latian las sienes como si quisieran reventársele. "Y tener que ir á galeras," se dijo para si, "tener que pasar cinco años encadenado como un esclavo viviendo con la escoria de la sociedad y sufriendo el tratamento reservado á los mayores malvados! ¡Oh! me voy á morir, no puedo sufrir tanto y no volveré á ver á mi padre, á mi hermana Maida, á mi querida madre. ¡Ah! esto es demasiado! esto es demasiado!"

Al fin amaneció, y Eduardo, pálido y abatido tuvo que sufrir que le afeitaran la cabeza y le pusieran un vestido de lana parda, muy ajustado al cuerpo. Así fué sacado de la cárcel y llevado al rio. Allí le pusieron al derredor de un tobillo un aro de hierro del que pendia una corta cadena, remachada á una fuerte barra, á la que del mismo modo fueron atados otros

cuatro hombres. Así asegurados los cinco presos, fueron conducidos á un gran bote en que los recibió un oficial, espada en mano, sin que nadie pronunciara una palabra. A poca distancia, y en la orilla del rio, estaba una multitud de gente que parecia habituada á estos espectáculos, que le causaban una especie de triste placer.

Sentados en línea los cinco galeotes á lo largo del bote, tomaron los remos y bajaron el rio á distancia de algunas millas. Entónces comenzó Eduardo á examinar á sus compañeros: el mas inmediato á él era un jóven, pálido y pensativo, de color moreno, y de miembros delicados; tenia las manos delgadas y mal tratadas, el pecho encorvado, las mejillas hundidas y los ojos animados de una especie de brillo febril. El hombre que seguia tendria unos cincuenta años, tenia encanecidos el cabello y la barba, y era de una contextura robusta y atlética como si estuviera acostumbrado á duros trabajos. Habia en su rostro cierta mezcla de indiferencia y de firmeza que parecian indicar que estaba resignado con su suerte. El otro tenia

un aspecto brusco, grosero y maligno. Al verlo Eduardo, el hombre lanzó una mirada de desafío que hizo volver al jóven los ojos en otra direccion. El último de este grupo de desgraciados tendria treinta años y aun en medio de su degradacion tenia traza de persona bien educada y de finas maneras.

Durante dos horas los remeros continuaron bogando vigorosamente. Eduardo recobró sus fuerzas con el aire fresco de la mañana, y jóven y robusto desempeñó su tarea de tal manera que excitó la aprobacion de su inmediato compañero que lo animó con benévolas miradas y con unas cuantas palabras. Al fin, llegaron á un lado del rio, y allí detuvieron el bote. Los hombres saltaron á tierra y se ocuparon en llenar la barca de piedras de cantería. Regresaron entónces á Tolosa donde desembarcaron la carga, destinada á la construccion de un muelle ó dique á lo largo del rio y en frente de la ciudad.

Los cinco galeotes recibieron entónces, como almuerzo, una torta de pan moreno y un jarro de agua para cada uno. Hora y media des-

pues volvieron á la barca, y en el mismo dia hicieron otros dos viajes á la cantera, regresando á la ciudad. Su comida, lo mismo que su almuerzo no fué mas que pan y agua. Al anochecer fueron puestos en un calabozo oscuro y húmedo, y siempre encadenados se tendieron en un lecho de paja.

Pasaron la noche á ratos conversando y á veces durmiendo. El hombre pálido habló cariñosamente al jóven y le preguntó porqué habia sido sentenciado á las galeras. Eduardo contó su historia y supo la de los demas. Uno entonó canciones, otro contó cuentos, los otros guardaron triste silencio, y al fin todos se quedaron dormidos.

Así pasaron cuatro meses, durante los cuales hubo una alteracion considerable en los presos. El hombre pálido llegó á aniquilarse tanto que á menudo desfallecia en medio de su trabajo. El cabello del mas viejo se puso blanco como la nieve, y su cútis cadavérico y amarillento. El maligno se enflaqueció, sin cambiar en lo demas. El bien educado cayó en una torpe indiferencia que rayaba en idiotismo. Eduardo era el único

de estos desgraciados á quien la naturaleza de su castigo no hacia sufrir una terrible trasformacion.

Llegó la primavera engalanando las márgenes del rio Garona de árboles revestidos de verde follage y de flores que perfumaban el ambiente. En los campos los labradores, sus esposas y sus hijas recogian el heno ó cuidaban sus diversas siembras. Todo ofrecia el risueño aspecto de la paz, de la libertad y de la alegría. Las aves modulaban sus cantares y hasta el aire parecia respirar gozo y contento.

Y en medio de todo esto los cinco galeotes tenian que trabajar, encadenados, envilecidos, macerados, contemplando para mayor tormento escenas tan placenteras. Lo que era para los demas júbilo y placer, les llenaba á ellos de congoja. Una apacible mañana de mayo, al atravesar el rio, vieron una turba de jóvenes de ámbos sexos bailando en un prado cerca de la orilla. Á la sombra de una frondosa encina y cerca de su tronco estaban sentados un eclesiástico, el juez de Tolosa y otros personages que por su aspecto parecian ricos y de elevada condicion. Era un

dia de fiesta, y la barca pasó tan cerca que Eduardo pudo ver el mofletudo rostro del magistrado que lo habia sentenciado á galeras.

Poco caso hacian los que felices se entregaban al placer de los festines, de los desdichados que llenos de tristes pensamientos, y con el corazon hecho pedazos contemplaban una alegría de que no les era dado participar. El juez les lanzó una orgullosa mirada y se le infló el pecho de orgullo al pensar en su propia importancia y en su autoridad. Algunos de los alegres jóvenes suspendieron su baile un instante para ver pasar la galera y volvieron despues á su diversion. Ay! ¡qué poco piensa el que es dichoso en los desgraciados! qué egoista es la alegría! qué raro es que los que creen ser buenos experimenten simpatía hácia aquellos á quienes el mundo tiene por malos! Esperemos confiadamente que el cielo sea mas justo y mas misericordioso, y que acaso en sus tremendos juicios halle el pobre reo mas favor que el duro juez que lo condena, ó que el inhumano alcaide que guarda los cerrojos de su prision! Al ménos entre aquellos galeotes habia uno, cuyo co-

razon no se habia endurecido y cuya vida no estaba manchada por la perversidad.

Serian las dos de la tarde de aquel dia de fiesta cuando la galera iba subiendo el rio para volver á Tolosa con su carga de costumbre, y de repente se oscureció el cielo y asomó la tempestad precipitándose rápidamente por el lado del Oeste. Como se aproximaba al lugar del baile, un bote en que entraron el juez y otras personas distinguidas, se desprendió de la orilla, y se dirijió á la ciudad que estaba dos millas hácia arriba en la orilla opuesta del rio. Avanzando la galera, llegó á acercarse al bote hasta ponerse enteramente á su lado. En aquel instante una espantosa bocanada de aire, acompañada de truenos y de un impetuoso torrente de lluvia alborotó las aguas del rio. El bote del juez se volcó instantáneamente, y en un momento pensamientos tan siniestros como el relámpago y la tempestad cruzaron por la mente de dos de los galeotes. El viejo y el maligno, al ver al juez y á sus compañeros luchando en el agua y clamando socorro, levantaron sus remos y estuvieron á punto de descargarlos sobre sus ca-

bezas con un intento homicida. Con la rapidez del pensamiento Eduardo y el hombre bien educado se apoderaron de los remos y desviaron el golpe que cambiando de direccion dió en el agua sin causar daño. Frenéticos los dos galeotes que eran corpulentos y de prodigiosa fuerza, viendo burlada su venganza, saltaron sobre el costado de la galera y arrojaron á sus compañeros al rio.

Con un doloroso estremecimiento, Eduardo sintió desprendérsele del tobillo la argolla de hierro, y en medio de su asombro se encontró libre. Era excelente nadador y no perdió su sangre fria; tuvo tiempo para mirar hácia atras y ver á sus cuatro compañeros, despues de desesperados esfuerzos sumergirse en el agua para no volver á salir jamás. Encadenados y con el peso de hierro, sus esfuerzos para salvarse apresuraron su perdicion. El juez y sus compañeros auxiliados por los criados y remeros fueron salvados en el bote, y en medio de la tormenta conducidos á la ciudad. Vieron ahogarse á los galeotes y notaron que uno de ellos se habia salvado, como por milagro, á ménos

que no pereciera despues, como lo imaginaba el asustado magistrado. Esperaron un momento para ver á Eduardo esforzándose en ganar la orilla y parecian vacilar en si debian perseguirlo; pero amedrentados dejaron al nadador entregado á su suerte, y sin ningun accidente volvieron á Tolosa.

En pocas horas cesó la tempestad, y la aventura del juez y de sus compañeros llenó de terror y admiracion á las buenas gentes de la ciudad. La historia de los galeotes se refirió con muchas variaciones y con circunstancias dignas de las páginas de una novela. La maravillosa salvacion de uno de los presos se consideraba como un acto de brujería que clamaba venganza. Fueron llamados los agentes de policía y acompañados de una docena de voluntarios salieron en pos del fugitivo. Por supuesto no hubo quien tuviera ni un recuerdo de piedad para los cuatro desventurados que tan súbitamente habian encontrado la muerte en medio de las aguas. Si el irreflexivo juicio humano hubiera fijado su suerte en el otro mundo, tememos que los hubiera condenado á sufrir eternamente al-

gun castigo mucho mas intolerable que el que en su vida les depararon los ministros de la ley.

CAPÍTULO II.

Dejámos al héroe de nuestra historia en las aguas del Garona, pero libre de la cadena del galeote. Cuando hubo llegado á la orilla del rio naturalmente sintió vivas emociones de gratitud y de delicia al verse salvo de una manera tan extraordinaria é inesperada. Pero sabia que habian de perseguirlo y que el único medio que le quedaba para escaparse de sus enemigos consistia en huir sin tardanza y á toda prisa. Vaciló un instante pensando si seria mejor entregarse á su suerte y presentarse á la autoridad. Tenia el tobillo entumecido por tan larga sujecion, y ademas lastimado y dolorido por el esfuerzo con que se le habia desprendido la argolla de hierro. Algo triste le sobrecogió el espíritu, y se dijo: "¿Por qué he de intentar escaparme? La suerte está contra mí,

si así no fuera no me hubieran sentenciado á galeras tan injustamente."

Pero en aquel momento levantó los ojos al cielo y vió el sol que iba poniéndose en el Occidente. La escena era verdaderamente encantadora. La tempestad que habia cesado, se habia ido perdiendo en el oriente, dejándolo todo tras sí tranquilo y sereno. El campo refrescado por la lluvia parecia á Eduardo mas verde y mas bello que nunca. ¿Podia, pues, prescindir del placer de la libertad y aceptar la terrible suerte de los galeotes, cuando aquel paisage parecia sonreirle y llenarlo de esperanza?

Con estas nuevas ideas desechó su desesperacion, y buscando el rumbo por donde le convendria huir, observó un bosque bastante espeso á considerable distancia. Hácia él encaminó sus pasos, andando rápidamente. Á poco encontró á dos hombres en una de las encrucijadas del camino. Lo miraron con mucha atencion y evidentemente notaron su traje de galeote. Se hablaron apresuradamente y parecian dispuestos á perseguirlo, cuando de repente cambiaron de idea y regresaron á Tolosa. "¡Bien,

bien!" dijo Eduardo, "vais á ver á los magistrados y á avisarles que habeis visto al fugitivo atravesando este bosque. Dentro de dos horas andará por aquí la policía. Yo procuraré que no me alcance."

Esto diciendo, siguió el jóven su camino á corta distancia, y cambiando entónces de rumbo, volvió al rio, se metió en él, y despues de un vigoroso esfuerzo, llegó á la orilla opuesta. Era ya de noche y no temia ser observado. Tomando el camino que conducia abajo del rio, anduvo cinco ó seis millas y entrando á la espesura del monte recogió algunas hojas y se puso á descansar. Durmió profundamente y cuando dispertó el sol brillaba entre el ramage de los árboles. Los pájaros construian sus nidos, se limpiaban las plumas ó entonaban sus himnos matutinos. "¡Felices criaturas!" pensó Eduardo; "felices en su libertad, van y vienen á su antojo, y estan llenos de alegría y la espresan en su música y en su canto. ¡Cuán diferente es mi suerte! ¡Soy un perdido, un fugitivo! Pero no he hecho nada malo, fuí sentenciado sin ser criminal, y he llevado la ca-

dena y he padecido como si fuera el mayor delincuente de la tierra. Y ¿por qué? . . . Despues de todo, Eduardo, ¿eres tan inocente como pretendes? Es verdad que no mataste la liebre y que ese viejo, ese tirano, ese juez de Tolosa te condenó injustamente. Sin duda es á los ojos de Dios mas pecador que tú, aunque sea poderoso y tenga un casacon cubierto de galones de plata. La plata y el oro cubren tantos pecados. Pero, Eduardo, confiésalo ¿no te escapaste del lado de tus padres? ¿No fueron ellos buenos y amorosos contigo? ¿no te alimentaron, no te vistieron, no te cuidaron cuando estabas enfermo? ¿no rezaba dia y noche por tí tu pobre madre? ¿no exhalaba su alma en plegarias al cielo pidiéndole que te salvara, te protegiera y te bendijera? ¿y tu amable y buena hermana no te queria mucho tambien? ¡Oh! cuántas veces ocultaba ó disculpaba tus faltas y tus locuras á tu madre y á tu padre para librarte de reconvenciones! Y ¿dónde estan ahora tus padres? ¿dónde el ángel de tu hermana? ¡Ay! solo Dios lo sabe. Acosados por la pobreza y afligidos por tu separa-

cion, se han ido á donde no puedes encontrarlos, tal vez habrán muerto ya agoviados por tu ingratitud, ó si viven estarán pobres y les amargará la existencia la incertidumbre de la suerte de su hijo. Y así te atreves á decir que no has hecho nada malo y que eres inocente! ¡Inocente cuando eres un gran culpable! Podrás decir que te extravió un mal amigo, podrás alegar como excusa tus pocos años y tu irreflexion; pero al fin has obrado mal, y tus sufrimientos no son mas que un justo castigo. Pero ahora ¿qué se ha de hacer? ¿Has de entregarte á la desesperacion ó harás un esfuerzo para salvarte? Parece que el cielo te presenta esta oportunidad ¿no quieres aprovecharla?"

Despues de haber entrado así en cuentas consigo mismo Eduardo, se puso en pié y reflexionando un poco resolvió seguir bajando el rio, llegar á Burdeos y ganar el mar. Grande era en verdad la distancia y tenia muchos obstáculos que vencer; pero cada dia que pasaba y cada milla que se alejaba de Tolosa disminuia la probabilidad de ser arrestado. Haciendo

ánimo siguió su camino á traves el bosque, tan á prisa como le era posible.

Despues de algunas horas llegó á la salida del bosque y vió delante de si una vasta llanura dividida en pequeñas posesiones y cubierta de diversas sementeras. Una tenia trigo, otra cebada, otra hortaliza, otra pastos, y así sucesivamente. Los hombres, las mugeres y los niños trabajaban, cuidando de las siembras. ¿Qué podia hacer Eduardo? No le era posible atravesar estos campos sin ser visto, y si era descubierto, inmediatemente lo entregarian sus vestidos de galeote. No podia hallar auxilio alguno, tenia que ocultarse hasta que anocheciera para continuar su peregrinacion en la oscuridad.

Se tendió sobre uno céspedes y procuró dormir; pero sintió una nueva dificultad: tenia hambre, y con reflexiones no podia calmar su apetito. Poniéndose la mano en el estómago, habló así: "Tranquilízate, amigo mio, tranquilízate; nada tengo ahora que darte, aguarda un poco, dentro de dos ó tres horas tal vez quedarás satisfecho. ¿No ves que ya no puedo mas,

que sufro de la cabeza, del corazon, del cuerpo todo? ¿Solo tú no has de poder sufrir? Si por darte gusto me entrego al enemigo ¿no ves que me vuelven á atrapar, á sentenciar, á encarcelar y á encadenar en la galera? Atiende á la razon y estate quieto."

El dia trascurrió lentamente y al fin llegó la noche. Estaba el mancebo á punto de levantarse, para continuar su viaje, cuando oyó cerca ruido de pasos. Entre la oscuridad y el follage distinguió á un jóven y á una muchacha que se aproximaban siguiendo una vereda por el bosque. Á poca distancia se detuvieron y el pudo oir su conversacion, percibiendo muy claramente estas palabras:

"Es una historia muy maravillosa," decia la muchacha; "¿la crees tú, Raúl?"

"Sé que es cierta," fué la respuesta, 'porque Santiago estaba en la barca y todo lo vió."

"¿Y dices que se escapó uno de los galeotes?"

"Sí, uno solo, y los demás se ahogaron, ó al ménos se sumergieron hasta el fondo; pero yo me figuro que en la noche el espíritu malo iria á sacarlos, para ponerlos sanos y salvos."

"¡Qué cosa tan horrible! Y ¿por qué te lo figuras así?"

"Ese es mi secreto."

"Dímelo."

"¿No lo contarás?"

"Jamás."

"Prométemelo."

"Te lo prometo."

"Pues bien, no te asustes, pero á noche ví escabullirse algo por las laderas de este mismo bosque, como á dos millas de aquí."

"¿Cuántas piernas tenia? ¿Era hombre?"

"No estoy seguro."

"Raúl, te estás burlando de mí."

"Nada de eso: te digo la verdad, ni mas, ni ménos. Ví penetrar por el bosque á un hombre vestido de galeote."

"¿Porqué no diste la voz de alarma?

"Me pareció que estaba soñando. Tengo que confesarte una cosa, Clementina; estuve un rato en la taberna de las Cuatro Esquinas, ya sabes, y bebí un poco mas de lo regular. Se me iba la cabeza y veia yo doble. Miraba dos lunas en el cielo, tan claramente como ahora

estoy mirando una. Todo se me presentaba con un aspecto muy estraño. Un arbusto del camino se me figuró un asno que me hacia gestos y le planté un buen garrotazo ántes de aber lo que era. Me reí entónces y se me despejaron los sentidos. Justamente entónces ví entrar á ese hombre en el bosque. No he querido hablar de ello, temiendo que me mofaran los camaradas que bebieron conmigo en las Cuatro Esquinas. Pero ahora que he sabido esa historia de los galeotes, estoy seguro de haber visto á uno de ellos. La noche estaba oscura; pero pude distinguir que llevaba el pelo corto y chaqueta y calzones muy ajustados, como los de los galeotes que he visto en Tolosa. Me pareció muy jóven, cuando mas de diez y seis años."

"¡Dios mio¡ y si anduviera por aquí!"

"Terrible cosa es siquiera pensarlo."

"¿Qué piensas hacer?"

"¿Qué me aconsejas?"

"Que te calles la boca."

"No me atrevo á guardar tan terrible secreto, si lo guardo y llega á saberse, tal vez me despachen á galeras."

"Eso seria espantoso, Raúl; entónces, si crees que debes hacerlo, ve á contar lo que has visto."

En este momento, Eduardo que habia estado escuchando con el mayor interés, hizo un ligero movimiento, y agitó las ramas de un arbusto. Los jóvenes clavaron en él la vista y mirando un bulto negro dieron de gritos y echaron á correr. Pronto se perdieron de vista, y se restableció el silencio en el bosque. Pero Eduardo comprendió que lo amenazaban nuevos peligros y dificultades; que desde luego se enviaria al bosque alguna ronda que al amanecer haria minuciosas pesquisas. ¿Qué debia hacer? Difícil era la cuestion y tenia que resolverla en el acto.

Presto formó su determinacion. Rápidamente arrancó algunas ramas de los árboles y arbustos inmediatos é hizo con ellos un haz como los que llevan á la espalda los campesinos de esa parte de Francia para tener leña en sus casas. Poniéndoselo en los hombros para taparse en parte la cabeza y las espaldas y ocultar así su vestido, atravesó resueltamente el camino.

Encontró á varias personas, pero como se escondió entre la sombra, nadie fijó en él la atencion. Continuó su caminata y pasó por dos ó tres aldeas. Sintióse al fin muy cansado y descargando su haz de leña se apartó del camino y se internó por uno de los campos. Llegó así á un desierto arenal que ofrecia un aspecto peculiar de desolacion, pues no habia mas vegetacion que unos cuantos cedros pelados. El sitio no tenia el menor atractivo; pero ya iba á amanecer y no habia en que escoger. Anduvo un poco mas y abrigándose entre tres ó cuatro cedros, buscó donde descansar.

Durmió hasta el amanecer y al dispertar vió venir por el camino á una multitud de personas. No podia equivocarse: era la policía que lo andaba buscando. Permaneció quieto hasta que el grupo se aproximó; pero los penetrantes ojos de uno de los agentes lo descubrieron, y á pocos momentos toda la patrulla lo perseguia. No quedaba á Eduardo mas arbitrio que la fuga. Atravesó rápidamente el arenal, y aunque debilitado por la falta de alimento, en breve dejó atras á sus perseguidores.

Llegó al rio, sin vacilar se metió al agua, y ántes de que los que lo seguian llegaran á la orilla, él estaba ya en medio del rio. Los mas se detuvieron; pero dos ó tres, mas atrevidos que los otros, se lanzaron á la corriente para alcanzarlo. Eduardo ganó la márgen opuesta y guareciéndose entre espesos matorrales, avanzó algo en tierra; pero regresó al rio y volvió á pasarlo. En todo esto no fué visto por sus perseguidores, y así obtuvo positiva ventaja. Burlando al enemigo, se ocultó andando entre los matorrales, y llegando á un llano abierto lo atravesó, cuando de repente vió una cabaña y á un anciano en la vereda que conducia á la puerta. No le era posible pasar sin ser visto.

Lo asaltó un repentino pensamiento. "Confesaré que soy fugitivo, y pediré auxilio á este labrador," dijo mentalmente. "Es pobre, pero tal vez la pobreza hará que tenga buen corazon: he encontrado á los ricos duros, crueles, injustos; tal vez este hombre habrá aprendido á ser misericordioso aleccionado por la miseria, y ademas ¿qué esperanza me queda en esta peregrinacion? Me estoy muriendo de hambre y si

puedo librarme de esos sabuesos que me siguen, al fin tendré que servir de alimento á los cuervos. Estoy resuelto: me dirijo á este hombre á solicitar su proteccion."

Pensarlo y hacerlo fué todo uno. Eduardo se acercó al labrador y le dijo: "Señor, soy galeote, ando prófugo, mis persiguidores estan á punto de alcanzarme; en nombre del cielo, dadme amparo."

El labrador contempló al jóven, mostrándose muy sorprendido. Despues de un momento, dijo: "No puedo, niño, es imposible."

"¡Cómo! me ocultaré en el granero."

"Seria registrado y os encontrarian, ademas . . ."

"Ademas . . . ¿qué otra cosa?"

"Encontrais á un hombre acaso mas desgraciado que vos."

"¿Cómo? ¿Por qué?"

"Soy casado y tengo una hija. En otro tiempo tuve tambien un hijo, pero no lo tengo ya. . . . Si hubiera estado aquí puede que no nos hubiera sobrevenido esta desdicha. Pero no puedo hablar de esto. Ahora estamos po-



bres, muy pobres, y no tengo ya ni fuerzas ni salud. Mi muger tiene el corazon destrozado. No hemos podido pagar nuestro alquiler y el dueño de la tierra es inflexible. No nos dará tiempo y mañana tendrémos que abandonar este lugar y que ir á vagar por las campos sin casa y sin hogar."

"Eso es espantoso," dijo Eduardo, anublándosele la frente y rodándole el llanto por las mejillas. Despues de un momento de reflexion, añadió:

"¿Dónde estan vuestra esposa y vuestra hija? ¿Puedo—verlas?"

"No ofrecen un agradable espectáculo," contestó el anciano; "pero aun podeis verlas." Esto diciendo, entró en la cabaña y subió por una escala. Eduardo lo siguió. Allí, en una guardilla sin ventanas, y sin muebles, yacia una muger pálida y agoviada por la miseria y el sufrimiento. Estaba sobre un monton de paja, y tenia á su lado á una niña de unos quince años de edad, delgada y descolorida. Su profusa y negra caballera cayendo en rizas por sus hombros, le daba un aspecto sobrenatural. La

escena era sombría, los objetos apénas se distinguian; pero la impresion fué profunda y espantosa en el espíritu del jóven. Guardó silencio; pero despues de ver en su derredor algunos momentos, hizo seña al anciano para que lo siguiera, y bajó la escala. Cuando hubieron acabado de bajar dijo: "Mi querido amigo, sois en efecto mucho mas desgraciado que yo. ¿Cuánto es lo que debeis al cruel propietario de esta tierra?"

"Ochenta francos."

"Y si los pudierais pagar ¿seriais feliz?"

"¿Feliz? no ciertamente, porque hay en mi corazon un pesar mas hondo que la pobreza."

"¿Cuál?"

"La conducta de un hijo ingrato."

"¡Oh! contadme eso, os lo ruego."

"No puedo, eso seria abrir heridas frescas todavía, sin ninguna ventaja."

"¿Vive vuestro hijo?"

"No, ¡oh! no, ha muerto, al ménos así nos lo han dicho; pero no hablemos de esto. Perdonadme que os haya afligido con mis pesares."

"No, amigo mio, no temais afligirme. Pensando en la vuestra, encuentro alivio á mi desgracia. ¡Ojalá pudiera yo hacer algo por vos! Veamos: sí, sí puedo. La recompensa por mi captura llegará ciertamente á los ochenta francos. Me entregaré yo mismo, reclamaré la recompensa y la daré á esta pobre familia."

"¡No haréis semejante cosa!" exclamó el anciano con una mirada llena de admiracion y sobresalto.

"Y ¿por qué no?" preguntó Eduardo.

"Porque yo no acepto."

"¡Ya lo verémos!" Esto diciendo, el jóven salió de la choza y apresuradamente desanduvo la senda que lo habia conducido hasta allí. Llegando á una loma desde donde se descubria todo el campo, vió á los hombres que lo perseguian, quienes habiendo perdido la esperanza de encontrarlo regresaban á tomar el camino real. Eduardo dió grandes voces para llamar la atencion de la patrulla. Los hombres se detuvieron, buscaron, hablaron entre sí, y al fin se aproximaron lentamente al jóven, que corrió á encontrarlos.

"¿Cuál es la recompensa," le dijo, "que se paga por descubrir á un galeote?"

"Cien francos," fué la respuesta.

"Pues yo me entrego y reclamo la recompensa, con la condicion de que el dinero sea pagado á ese anciano."

"¡Vaya una burla! yo no veo á ningun anciano, esta será alguna farsa."

"Venid conmigo á la cima de aquella colina y os probaré que estoy diciendo la verdad."

La patrulla lo siguió. Eduardo repitió su historia y el labrador la confirmó, protestando que no recibiria el dinero, pues no lo queria á semejante costa, por grande que fuera su necesidad. El oficial y los que lo acompañaban no eran de mal corazon: el pueblo frances es de viva y tierna sensibilidad, y así aquellos hombres consideraron al jóven como á una especie de héroe. El oficial dijo: "¡Muchacho! has hecho una cosa buena. Esto se sabrá para que te favorezca. No sé si legalmente puedes reclamar los cien francos; pero tu generoso propósito se realizará, porque yo pediré limosna

en las calles de Tolosa, hasta reunir el dinero para este pobre labrador."

Arreglóse que la patrulla volviera á la ciudad, y el anciano se presentara al dia siguiente para explicar todo el asunto al magistrado. La sala de las casas consistoriales de Tolosa se llenó de gentes ansiosas de oir y de ver lo que se hacia con el galeote que habia vuelto á ser capturado. La historia de Eduardo se habia propagado por la ciudad con muchas exageraciones, y todos ansiaban conocer á una persona de quien tantas maravillas se contaban.

Como á las dos de la tarde el juez con su cabeza peinada de polvo y su casaca reluciente con sus galones de plata, ocupó su asiento y lanzó una mirada terrible á la concurrencia. Á su izquierda estaba el oficial de policía que se habia hecho cargo de Eduardo. En un banquillo estaba sentado un labrador de cabellos blancos como la nieve, y junto á él una muger que parecia aniquilada por el dolor. Muy cerca se veia una niña de catorce á quince años, notable por su rara y gentil hermosura. Detras de este

grupo se apiñaba el pueblo, mirándolo todo con interés y curiosidad.

Despues de un rato, el juez, con duro tono, mandó al preso que se pusiera en pié. Eduardo obedeció.

"¿Qué teneis que decir en vuestro favor?" dijo el juez.

"Si vuestra señoría lo permite, que hable por mi el oficial," contestó Eduardo.

El oficial refirió todas las circunstancias que ya conoce el lector. El juez movió la cabeza y dijo: "Con que habeis hecho todo eso, buena alhaja! En esto ha de haber algo malo, estoy seguro porque no lo entiendo. Volveréis á la cárcel y de allí otra vez á las galeras. Pero añado otros dos años á la primera sentencia y así tendréis que trabajar siete. Habeis matado una liebre, sois un ladron, y yo tengo el deber de protejer á la sociedad contra bandidos tan peligrosos. Os escapasteis de la galeras y este es un nuevo y espantoso crímen. ¿Creeis que soy juez de Tolosa para no hacer nada? Pues nada de eso, estoy aquí para purificar y protejer á la sociedad, para defender la religion, la

moral y la ley, y he de cumplir con mi deber sin intimidarme, ni ablandarme."

"¿Me permite vuestra señoría decir unas cuantas palabras?" preguntó Eduardo con timidez.

"Hablad," dijo el juez, "con tal que sea poco."

"Pues, con licencia de vuestra señoría," dijo el jóven, "cuando por vez primera fuí traido á este tribunal, se me acusó de haber matado una liebre. Es cierto que la maté, pero fué por mera casualidad. No tuve ninguna mala intencion. Apelo por mi inocencia á Dios que está en el cielo. Sin embargo, fuí sentenciado á galeras, y me resigné á esta injusticia sin siquiera quejarme. Me encontré despues en libertad; pero sin que yo lo procurara; terrible fué el momento en que dos de los hombres con quienes estaba yo encadenado saltaron sobre el costado del bote, con la intencion de sumergirnos á todos. En parte realizaron su proyecto; todos se ahogaron ménos yo, y me salvé porque se desprendió la argolla que me sujetaba el pié. Parecia que el cielo me proporcionaba la oca-

sion de escaparme. ¿Fué un crímen aprovecharla? Y no obstante por esto me sentenciais á dos años mas de servidumbre."

El juez se agitó en su asiento, y toda la concurrencia pareció sentir simpatía en favor del preso.

Este continuó: "Parece que vuestra señoría ha olvidado una cosa. En medio de aquella espantosa escena debiais recordar que dos de los galeotes asestaban con sus remos un golpe á vuestra cabeza. Pero por mí, señor, no os fué fatal ese golpe. Yo, ayudado de uno de mis compañeros, desviélo y así, á mí me debeis la vida."

"Es verdad," dijo un hombre en medio de la multitud, "es verdad, yo lo ví."

"Creo," dijo el juez, "que recuerdo lo que decis. ¿Estais cierto de haber sido quien desvió el remo?" El magistrado se tocó el cuello como para cerciorarse de que tenia la cabeza sobre los hombros.

"Estoy cierto," dijo Eduardo, "de haber sido yo, auxiliado por uno de mis compañeros."

"Bien, bien," dijo el juez con alguna dulzu-

ra, "este negocio necesita consideracion. Tomaré consejo y si lo que decis resulta cierto, ya verémos lo que puede hacerse."

En este momento, el labrador de quien hemos hablado se puso en pié y pidió permiso para hablar. Mucho llamaron la atencion el respetable aspecto del anciano y su aire de tristeza; y todos lo escucharon con el mas vivo interés. Previo el permiso del juez, se expresó en estos términos:

"Ya que vuestra señoría me da licencia, voy á tomarme la libertad de decir unas cuantas palabras para que se pueda hacer justicia á este jóven. Se me presentó perseguido y pidiéndome amparo. No pude darselo, porque en aquel momento iba yo á ser lanzado de la casa por el propietario, á quien no habia podido pagarle la renta. El jóven me preguntó cuánto era lo que necesitaba, y le contesté que ochenta francos. 'Me entregaré,' dijo, 'reclamaré la recompensa y la daré á este pobre hombre que es mas desgraciado que yo.' Nadie creerá que yo pude consentir tal cosa; pero tengo que cumplir con un deber sagrado. Señor, este jóven

pudo haberse escapado, pues habia ya burlado á sus perseguidores y se encontraba realmente libre. ¡ Así, pues, por haber seguido el impulso de su noble y generosa conducta es por lo que va á volver á galeras. ! No es esta su única accion buena: está probado ante este auditorio que en un momento de gran peligro salvó la vida del juez, del mismo hombre que lo habia sentenciado injustamente. Me atrevo á preguntar al señor juez, ¿ si no cuidaria mejor de los intereses de la moral, de la sociedad y de la religion, reconociendo la virtud de este jóven y devolviéndole su libertad ?"

Estas palabras fueron como un rayo de luz para la concurrencia, y se levantó un grito unánime: "¡ En libertad ! en libertad !" El juez, que en el fondo era un caballero de buen corazon se sintió conmovido; pero era un hombre de dignidad y no gustaba de hacer las cosas precipitadamente. Poniéndose en pié con gran solemnidad, dijo: "¡ Silencio ! órden !" y dirijiéndose en seguido al anciano labrador, añadió: "Habeis hablado en regla y como hombre de juicio. ¿ Cómo os llamais ?"

"Eduardo Maleen," contestó el anciano.

"¡Eduardo Maleen!" exclamó el jóven preso, temblando de pies á cabeza," repetidlo, "¿es vuestro nombre Eduardo Maleen?"

"Sí," dijo el anciano, muy sorprendido.

El jóven saltó de la barandilla, y se arrojó á los piés del labrador, exclamando, "¡Oh! padre, madre, hermana!" El auditorio lo comprendió todo en un instante, y no hubo quien quedara con ojos enjutos. Las mugeres prorumpian en sollozos y el juez estregaba ámbos faldones de su casaca procurando sacar su pañuelo para ocultar su emocion, avergonzándose de manifestarla en público.

Pasado un momento mandó poner en libertad al jóven Eduardo Maleen y despidió á los concurrentes. Al dia siguiente le envió doscientos francos, con prevencion espresa de que nadie lo supiera.

El pueblo de Tolosa tomó á Eduardo y á su familia bajo su proteccion. En breve, se les reunieron quinientos francos y así se disiparon las nubes del infortunio, rayando la luz de la paz y de la alegría.

BUENAS NOCHES, MADRE MIA.

DIÁLOGO.

ROBERTO Y SUS AMIGUITOS.

Roberto. ¡Qué ideas tan placenteras despiertan en la mente estas sencillas palabras: BUENAS NOCHES, MADRE MIA!

Venid acá, niños, venid conmigo, y decidme en qué pensais al decir estas palabras. Comencemos por tí, María, acércate y dinos qué ideas tienes cuando dices: ¡Buenas noches, madre mia!

María. Cuando yo doy las buenas noches á mamá deseo que duerma tranquila y sosegada, que esté contenta toda la noche y que amanezca con buena salud.

Roberto. Muy bien. Ahora te toca á tí, Elisa.

Elisa. Yo no sé qué decir. Cuando yo digo "Buenas noches, madre mia," pienso tantas cosas que no hallo cómo explicarlas. Quiero que la guarde el cielo, que la rodeen y la protejan los ángeles en su lecho, que tenga sueños agradables, que ore por mí y que Dios me conceda todos los bienes que le pido para mi madre. No sé porqué la noche me parece siempre triste y me da miedo; se me figura que el mundo se oscurece y que nos sentimos mas débiles y mas aislados. Entónces anhelo mas el cariño, la ternura y los cuidados de mi madre, y cuando le digo "buenas noches" se me ruedan las lágrimas, porque no puedo expresar de otra manera lo que siento.

Roberto. ¡Bien, bien, hija mia! Ahora tú, Ruth, dinos tus pensamientos.

Ruth. Mi hermano Benjamin dice que yo no pienso en nada.

Benjamin. Eso es muy malo, Ruth.

Ruth. Tal vez; pero tambien es malo que me digas boba, descuidada y que parezco mari-

posa. Don Roberto, haced que Benjamin diga primero sus pensamientos, yo despues diré tambien los mios.

Roberto. Muy bien. Habla, Benjamin.

Benjamin. Yo creia, Don Roberto, que siempre debiamos obedeceros. Os obedeceré, pues, para dar una leccion á mi hermana.

Ruth. ¡Ay! hermano, eso es muy duro. Yo soy un poco encogida; pero conozco que hice mal. Puesto que á mí me toca, hablaré. Cuando digo "buenas noches, madre mia," casi siempre me estoy cayendo de sueño y pienso ir á meterme en la cama. Pero en cuanto me acuesto se me va el sueño, y estoy despierta un gran rato pensando en muchas cosas. Pienso primero en lo que ha sucedido durante el dia, y es extraño que me acuerde mucho mas de lo que me causa pena. Si he desobedecido á mi padre ó á mi madre, me siento muy afligida. Si he dicho algo malo á los otros niños, cuando hemos estado jugando, las palabras vuelven á mi memoria como para acusarme. Si he disputado con Benjamin, daria el mundo por verlo y por hacer las paces con él. Y así, pensando en mu-

chas cosas malas, me voy quedando dormida. Y entónces tengo sueños muy tristes. Me veo sola en un lugar muy lejano, creo que estoy fuera de casa, que me he perdido y que ando buscando á mis amigos. Al fin, llego á una casa y entro en ella, creyendo que es la mia. Llamo á Benjamin, á papá, á mamá. Me parece oir débilmente sus voces en un aposento muy distante. Ando de cuarto en cuarto sin encontrar á nadie. Al fin, me figuro andar entre vigas y tirantes en medio de una espantosa y profunda oscuridad. Veo en el fondo un abismo terrible y siento que todo se estremece bajo mis piés. El suelo que piso se me escapa y estoy á punto de caer. Grito: "¡Mamá! mamá!" y despierto, y encuentro á mi lado á mi madre que me da un largo beso ántes de irse á su cama. Me da su bendicion y cuando me mira sosegada se despide. Entónces le digo, "Buenas noches, madre mia," y no sé lo que siento, ni lo que me pasa.

Roberto. Bien, bien, ligera mariposa. Despues de todo piensas y sientes aunque á veces parezca lo contrario. Creo que siempre juzga-

mos con mucha dureza á los que no se parecen á nosotros en sus gustos, en sus inclinaciones y en su carácter. Si un perro hablara de un gato diria que es ruin, taimado, hipócrita y egoista. Si un gato hablara de un perro diria que es brusco, quimerista, ladrador, insoportable y bueno para nada. Y sin embargo el *Mizmiz* es á su manera una criatura buena, graciosa y pacífica, y el *Rayo* es generoso, travieso, cariñoso y fiel. Extrañariamos á cualquiera de los dos. Así sucede con mis amiguitos, tendrán sus defectillos como los perros y los gatos; pero yo no puedo prescindir de ninguno de ellos. Todos tienen algo bueno, y todo el mundo se los conocerá, si ellos se conducen bien. Pero yo no quiero hablar mas de esto. Vamos, Benjamin, á tí te toca ahora, perdóname que yo haya charlado tanto.

Benjamin. Nada de eso, Don Roberto, al contrario: me gusta mucho oirle á V. hablar. Pero en lo que deciais del gato y del perro ¿ se referia V. á Elisa y á mi ?

Roberto. Supongamos que sí.

Benjamin. En ese caso quisiera yo saber

¿quién de los dos es el gato, y quién es el perro?

Roberto. ¡Hola! hola! amiguito! mis discípulos se van volviendo mas agudos que su maestro. Eso no está bueno. Yo sostendré mi autoridad. Benjamin, tu pregunta es mas fácil de hacer que de contestar, y así dejémosla en tal estado. Veamos ahora tus pensamientos.

Benjamin. ¿Sobre qué? ¿sobre el gato y el perro?

Roberto. Como quieras; pero ántes te diré una cosa, amigo mio. Tienes á tu hermana Ruth por una aturdida y nos acaba de dar pruebas de que no es ese su verdadero carácter. Ella puede creer que tú á veces piensas demasiado, es decir que juzgas con mucha severidad las acciones y las palabras de los demas. Ahora te has agarrado del ejemplo usado por mí y te lo has aplicado á tí mismo. Se te ha lisonjeado, ó tal vez se te ha herido el amor propio. En lugar de verlo tal cual es, como un ejemplo en general que no envolvia ninguna comparacion personal, te has empeñado en hallar faltas en los demas y guardas en el pecho algo de resen-

timiento. Pues bien, Benjamin, es preciso decirte que eso no es bueno.

Benjamin. Lo confieso, Don Roberto. Creo que soy muy murmurador.

Roberto. Sí, demasiado severo con los demas, y muy poco contigo mismo.

Benjamin. ¿ Se ha enojado V. conmigo, Don Roberto ?

Roberto. Nada de eso, nada de eso, Benjamin. ¡ Enojado ! Los niños creen siempre que los viejos se enojan cuando les advierten sus faltas. ¿ Crees que se enoja el médico con el enfermo cuando le hace tomar píldoras de mal sabor ? ¿ Qué médico es mejor, el que da medicinas desagradables que curan, ó el que da golosinas que hagan morir al paciente ?

Benjamin. No necesito responder, Don Roberto. Sé que siempre es V. bueno con nosotros, aun cuando nos haga conocer nuestras faltas. Ahora me ha advertido V. las mias y le aseguro que se lo agradezco.

Roberto. Bien, bien, tú siempre vuelves al buen camino. Es preciso tener paciencia con estos muchachos. Ya he dicho que hay en

ellos algo mejor de lo que algunos piensan. Pero basta. Dinos por fin ¿ qué es lo que piensas cuando dices "Buenas noches, madre mia ?"

Benjamin. No es fácil responderle á V. Esas palabras producen, mas bien que ideas, sentimientos y emociones.

Roberto. ¿ Qué clase de sentimientos y emociones ?

Benjamin. El amor, la gratitud . . .

Roberto. Ciertamente ; pero ¿ no puedes explicar esas emociones ?

Benjamin. Si pudiera yo repitir lo que han dicho María, Elisa y Ruth . . .

Roberto. ¡ Perfectamente, amigo, perfectamente ! Atencion, muchachas : el señorito Benjamin que como todos saben es tan estudioso y tan aplicado, no puede encontrar mejores palabras que las vuestras para contestar la pregunta que se le ha hecho.

Las niñas. Gracias, gracias, Benjamin, nos haces un verdadero cumplimiento.

Benjamin. Lo merceis muy de veras.

Ruth. ¿ Yo tambien ?

Benjamin. Sin duda alguna.

Ruth. Ahora sí estoy contenta, pues aunque Benjamin y yo tenemos de vez en cuando nuestras reyertas, debo confesar que prefiero sus alabanzas á las de cualquier otro en el mundo.

Benjamin miró graciosamente á Ruth, María y Elisa parecian satisfechas de sí mismas y de los demas y el viejo Roberto que ya tenia mucho sueño, tomó una vela y desapareció, diciendo: "¡ Buenas noches, amiguitos!"

LA NEVADA.

Voy ahora á contaros una historieta americana. Habia una niña llamada Cornelia, muy aficionada á hacer su voluntad, en lo cual sin duda no dejaba de parecerse á muchas señoritas y tambien á muchos caballeritos. Pero Cornelia llevaba sus caprichos hasta la exageracion y voy á referiros cómo una vez la pusieron en serios apuros.

Habeis de estar en que vivia en la parte occidental de Connecticut, y cerca de la cordillera que separa este Estado del de Nueva York. El pueblo de su residencia se llamaba Ridgebury, y si alguna vez lo visitais, veréis que sirve de límite á los bosques que estan á la falda de una elevada montaña. Estos bosques abundan en

castaños, nogales y avellanos, y los muchachos acuden á menudo á despojarlos de sus frutos.

En el tiempo de que voy hablando estaba ya muy entrado el mes de diciembre; pero aun no habia nevado, y se sentia muy poco frio. La estacion era pues benigna y agradable. Cierto dia Cornelia habia arreglado con algunas de sus amigas ir á los bosques á coger nueces. Aguardaba el dia con impaciencia y cuando al fin llegó, se puso contentísima. El sol salió con todo su esplendor y parecia prometir un tiempo magnífico; pero de repente aparicieron nubarrones por el occidente, que poco á poco se fueron extendiendo por el cielo. Al mismo tiempo habia en el aire un frio peculiar que hacia mover la cabeza á los labradores, buscar un refugio en las selvas á los pájaros, y andar lentamente á las gallinas que cacareaban de una manera que apénas se oia.

El padre de Cornelia era lo que se llama un *conocedor del tiempo* y aconsejó á su hija y á sus compañeras que no llevaran á cabo su proyecto, diciéndoles que le parecia que iba á nevar. Algunas de las niñas se mostraban dispuestas á


JULES DAVID

seguir este consejo; pero Cornelia estaba resuelta á salir, lloviese ó tronara.

"Dejadnos, padre," decia, "que si nieva no nos importa."

"Pero," contestaba el anciano labrador, "vais á sentir mucho frio, podeis enfermaros ó perderos en el bosque. Es locura buscar el placer, donde probablemente no encontraréis mas que molestias."

Todo esto no hacia efecto en Cornelia; se habia hecho el ánimo de salir, y nada podia detenerla. Al fin se puso en marcha con media docena de compañeras. Llenas de gusto salieron jugando, corriendo y saltando y al cabo de dos horas llegaron al bosque. Todos llevaban cestas y como las castañas abundaban, hicieron buena provision, aunque las ardillas hacia un mes que reunian sus abastos de invierno. Anduvieron de árbol en árbol llenando las cestas, y tambien llenándose la boca, si ha de decirse toda la verdad.

Así pasó la mañana, durante la cual las muchachas alegres y ligeras penetraron hasta la parte mas espesa del bosque. Estaban tan en-

tretenidas que no pusieron cuidado en la senda que anduvieron, ni en la direccion que habian seguido. Por algun tiempo tampoco observaron que las nubes se iban oscureciendo, y que algunos copos finísimos de nieve se desprendian del cielo, cayendo con mucha rapidez y ligereza. Cuando las nevadas empiezan así, es señal de que van á ser fuertes. Sucede con ellas lo que con las gentes: si comienzan con grandes pretensiones el mas ligero soplo las disipa y las hace cesar; pero si van lentamente, obrando poco á poco, pero con constancia, de seguro que llegarán á adquirir importancia.

En esta vez la nieve no se anunció en los periódicos, ni se puso un gran rotulon diciendo "cuidado con la máquina al sonar la campaña," ni se pregonó por medio de ese ser extraño é increible con que meten tanto ruido los editotes, y que se llama "El extraordinario," en suma, no hubo nada de esto. Comenzó á caer tan tranquilamente que nuestras paseadoras no la notaron, sino cuando ya habia subido una pulgada. Entónces comenzaron á alarmarse y pronto oyeron que los copos llenaban toda la

atmósfera. Caian de una manera tan tupida que parecia que eran arrojados con palas de bancos de nieve desde el cielo.

Al principio las muchachas se pusieron á reir; despues se asustaron y pensaron en lo que podian hacer. "¿Dónde estamos?" dijo una. "Qué camino hemos de tomar?" preguntó otra. Importantísimas eran estas preguntas, pues, como el lector observará, cuando nos proponemos ir á alguna parte, es muy esencial saber la direccion en que se encuentra. Las muchachas querian regresar á sus casas; pero ninguna de ellas sabia el rumbo que habian de tomar. Se habian entretenido tanto en sus juegos, que no fijaron su atencion en el punto por donde se metia el sol, ni recordaban la senda que habian seguido para llegar á donde se encontraban. Y sea dicho de paso, esta es casi siempre la conducta de los jóvenes, no solo cuando van á coger nueces y castañas, sino cuando van en pos de otros placeres. Corren alegres é irreflexivos, pensando solo en gozar, van por aquí y por allá, hacen esto y aquello, tal vez desobedecen á sus padres, ó descuidan sus deberes, ó adquieren

el hábito de decir mentiras, ó se vuelven hipócritas, desatentos ó mal intencionados. Siguen así hasta que los sorprende la tempestad, entónces ven que á nadie agradan, que nadie los ama, qne nadie se fia en ellos. Se sienten solos; necesitan amparo, necesitan amigos y no los encuentran. ¡Qué triste todo les parece entónces! ¡Cómo extrañan entónces las horas de paz y de inocencia! Conocen que se han extraviado y no saben cuál es el buen camino; estan perdidos, y por todas partes los rodean la tempestad, el huracan y la afliccion.

Pero volvamos á nuestras amiguitas. Se agruparon estrechamente como una bandada de codornices espantadas, viéndose unas á otras, y sin disimular su congoja. Entretanto la nieve seguia cayendo. Parecia un lienzo inmenso, mientras de vez en cuando terribles bocanadas de viento agitaban las copas de los árboles mas altos, y los hacian doblarse é inclinarse como si fueran á bailar alguna dansa fantástica. Parecia que el bosque tenia una espesa caballera de gigante, que los vientos la agitaban con furia, cubriéndola de nieve. Al fin Cornelia abrió la

marcha y las demas la siguieron. Por algun tiempo caminaron en silencio entre el laberinto del bosque; pero al cabo de media hora se encontraron en el mismo sitio de donde habian salido. Volvieron á salir y por fortuna encontraron la vereda que las habia conducido al bosque. Echaron entónces á correr, recobrando su buen humor, aunque la nieve habia subido ya seis pulgadas.

Al fin llegaron á un lugar en que se encontraron delante dos veredas, una á la derecha y otra á la izquierda. ¿Cuál habian de tomar? Esta era la cuestion. Cornelia decia que la izquierda, todas las muchachas creian que la derecha. La habitual obstinacion de Cornelia la dominó enteramente. Y conviene advertir que si uno adolece de algun defecto, le es muy fácil incurrir en él continuamente. Viajando he observado que si una rueda tiene algun punto débil, de seguro se resiente al trepar por una colina ó al atravesar un puente roto, de modo que se vuelque el carruage. Lo mismo sucedia á Cornelia, como verémos en breve. Sus defectos, en esta vez, contribuyeron á aumentar sus dificul-

tades y sus peligros. Á decir verdad, no estaba segura de que fuera cierto lo que decia; pero como ya habia dado su opinion, su orgullo la obligaba á sostenerla tenazmente. Al fin dijo muy resuelta: "Pues bien, niñas, yo tomo esta vereda, y vosotras haréis lo que mejor os parezca." Esto diciendo y sin dignarse siquiera volver los ojos hácia atras emprendió su camino, siguiendo el sendero de la izquierda.

Las otras muchachas, despues de un momento de vacilacion, tomaron el de la derecha. La casa estaba léjos y la nieve profunda; pero al fin al anochecer llegaron á la aldea, y cada una fué á la habitacion de su familia. Al pasar avisaron á los padres de Cornelia lo que habia sucedido, aunque parecian no temer nada. Pero la noche avanzaba y Cornelia no parecia. Su familia llegó á alarmarse: su padre salia á la puerta varias veces y su madre interrumpiendo su costura se quedaba escuchando. El perro, ya viejo y jadeante no podia dormir al calor de la lumbre como solia, sino que sin cesar salia al dintel de la puerta, olfateaba, y aguzaba las orejas, como si algo lo inquietara.

Al fin el labrador tomó su sombrero y salió de su casa. La noche no estaba oscura, pues parecia iluminada por la misma nieve, que seguia cayendo en finos copos; y el viento agudo y penetrante soplaba haciendo extremecer los techos, introduciéndose hasta los rincones de la casa y azotando las paredes. De repente una idea terrible conmovió el corazon del padre: "¡Tal vez," se dijo, "anda vagando mi hija por el bosque en esta espantosa noche!" Volvió á la casa agobiado por sus temores: tomó su sobretodo y su baston; su esposa clavó en él sus miradas, comprendiendo lo que pasaba.

"¡Tienes razon!" le dijo, pálida y aterrada, "tienes razon, anda, pero no vayas solo. El cielo se apiadará de nuestra hija." Dejando á la madre en la mas penosa ansiedad, el labrador acudió á sus vecinos, y en pocos momentos se le reunieron cinco hombres resueltos para ir á buscar á la niña extraviada. Tomaron cuantos informes pudieron darles las compañeras de Cornelia acerca del camino que probablemente habia tomado y movidos por sus temores marcharon con cuanta rapidez permitia el mal esta-

do del terreno. Sin aliento y oprimido por un sobresalto que no expresaba, el padre de la niña guiaba á los demas.

Volvamos por ahora á Cornelia. Despues que se hubo separado de sus amigas, anduvo algun tiempo sin ver si la seguian; pero al fin llegó á alarmarse y se detuvo para escuchar. Por un momento pensó retroceder y unirse á las otras muchachas; pero en esta resolucion la contuvo su orgullo. "¡Cómo!" se dijo, "¡tú, Cornelia, has de retroceder! ¡Tú has de confesar que te equivocaste! ¿No ves que se reirian de tí tus amigos, que todas juntas no valen tanto como tú? ¡Retrocede y pierdes siempre el puesto de reina de la aldea!"

Fácilmente comprenderás, lector benévolo, cuán ridículo, cuán humillante es dejarse gobernar por el ser tan miserable y tan ciego que se llama *orgullo* y que esto es peor que dejarse guiar por los consejos de los amigos. Yo pienso que es muy torpe dar tal ascendiente sobre nosotros al orgullo, especialmente cuando es tan á propósito para hacernos cometer desatinos. Muy loca anduvo nuestra pobre amiga Cornelia

en escuchar tan malos consejos; pero las muchachas siguen sus caprichos, aunque les cuesten caros. Resuelta finalmente á no retroceder, avanzó tan rápidamente como le fué posible, y á pesar de la nieve caminó bastante. ¿Pero de qué sirve seguir adelante, cuando se va en mala direccion? ¡Pobre Cornelia! Á cada paso, en vez de aproximarse á su casa se alejaba de ella, y cada instante la apartaba mas y mas de lo que deseaba.

Sin embargo, la niña siguió caminando hasta que comenzó á anochecer. La tormenta aumentaba, y tambien crecian las tinieblas. Al fin llegó á borrarse toda vereda y Cornelia se encontró en medio de un bosque sin salida. Comenzó á faltarle ánimo, se detuvo y prorumpió en llanto. Y ¿qué importaba su afliccion á los árboles ó á la tempestad? ¿Qué simpatía tenian por ella la nieve, el viento ó el bosque? ¿Dónde estaban su padre y su madre? Cuando padecemos es cuando conocemos la verdad, lo que valen nuestros padres y nuestros amigos, acaso desdeñados por nosotros en las horas de la prosperidad. Cornelia sentia el arrepenti-

miento en el fondo del alma, y se decia: "¡Cuántas veces he desobedecido á mis padres! cuantas no he hecho caso de sus consejos. Hoy mismo deseché las advertencias de mi padre, y emprendí esta desgraciada expedicion contra su voluntad! Tal vez pereceré en este bosque en castigo de mi locura y de mi desobediencia. ¡Ay de mí! ¿qué haré? qué haré?" La voz de la pobre niña se perdia entre el rumor de los árboles y el rugido del huracan.

Por un rato permaneció inmóvil, con las manos enclavijadas. Despues se encolerizó, diciendo: "¡Esto está malo, muy malo!" golpeó el suelo con el pié y se arrojó sobre la nieve. Pero esto de nada le sirvió, y como las piedras y los árboles, ni la compadecian, ni la ayudaban, creyó que era mejor ayudarse por sí misma. Se puso en pié, se sacudió la nieve y volvió á echar á andar. Pero no sabia á dónde iba; su espíritu estaba tan perturbado que apénas podia seguir alguna direccion, vagaba en distintos rumbos y al fin sobrecogida de miedo, y levantando las manos exclamó: "¡He de morir! he de morir en este espantoso desierto! ¡Madre, madre



zon. Oyó su voz, apresuró el paso y alzó en brazos á su hija. Aun no era demasiado tarde para salvarla—y no necesitamos contar el resto de la historia.



LA OBEDIENCIA.

DIÁLOGO.

LAURA, JUANA Y LA MUÑECA.

Juana. ¡Ah! muñeca tonta! ¿qué será bueno hacer contigo?

Laura. No hables tan duramente á la pobre niña: ¡es tan bonita! Mira qué encendidas tiene las megillas, qué bien rizado el cabello, y qué hermoso está su vestido!

Juana. ¿Con que porque es bonita, y tiene las megillas encendidas y un hermoso vestido, hay razon para que deje su ropa tirada por el cuarto, y se manche de tinta? Cincuenta veces le he advertido sus faltas, y es tan mala como siempre. No sé qué hacer con ella.

Laura. De veras, Juana, que juegas muy bien á mamá de la pobre muñeca. Parece que prácticamente has aprendido tu papel.

Juana. ¿Qué quieres decir?

Laura. Escucha, Juana, ¿no tienes tú los mismos defectos que imputas á tu pobre muñeca que no te oye? ¿no dejas muchas veces esparecidos tus vestidos por todo el cuarto? ¿no los manchas de tinta? ¿no eres siempre descuidada y no se ha empeñado tu madre en corregirte de estos defectos? Y cuando te reprende ¿no te subes sobre sus rodillas y la halagas con tus sonrisas, y ella no te perdona mirando tus megillas encendidas y tu cabello rizado?

Juana. Sí, todo eso es cierto; pero yo hago una cosa mas.

Laura. ¿Cuál?

Juana. Pido perdon y prometo enmendarme.

Laura. ¿Y lo cumples?

Juana. No sé qué decir . . .

Laura. Bueno es pedir perdon, porque esto indica que conocemos nuestras faltas y desea-

mos enmendarnos. Vamos, muñeca, mira á tu mamá! Levanta las manitas y pídele perdon. Mira, mamá, como te ruega. ¿Puedes resistir á estos brazos suplicantes; á estos ojos afligidos?

Juana (*con severidad*). ¡Ah! muñeca, todo eso está muy bien; pero ¿cuántas veces ha sucedido lo mismo? ¿cuántas veces has pedido perdon, y has prometido no volverlo á hacer y has olvidado tu promesa?

La muñeca. (*Laura habla por ella afinando la voz.*) Perdóname, mamá, de veras, te prometo positivamente no volverlo á hacer.

Juana. Cuarenta veces me has dicho eso mismo, y otras tantas me has engañado.

La muñeca. Y qué ¿no es eso bueno, mamá?

Juana. ¡Cómo ha de ser bueno! ¿Es bueno que seas descuidada y destroces tus vestidos? ¿es bueno que cuando se te corrigen tus faltas prometas enmendarte y faltas despues á tu promesa?

La muñeca. Yo creia que todo esto era bueno.

Juana. Y ¿por qué?

La muñeca. Porque como tu eres mi mamá, yo pensaba que todo lo que tú hacias era bueno.

Juana. ¡Atrevida! ¿qué quieres decir?

La muñeca. No te enojes, mamá; pero deveras, veo que tú tambien eres muy descuidada, que cuando te reprenden, prometes á tu mamá, enmendarte, y veo tambien que despues no haces caso de tus promesas. Y como no soy mas que una pobre chiquilla tomo ejemplo de tí que eres mi mamá. Y por eso no me importa ser descuidada, hacer promesas y no cumplirlas.

Juana. Eso está peor y peor. Vete á acostar, vete luego.

La muñeca. ¡Querida mamá!

Juana. Tú no me quieres, vete á acostar.

La muñeca. Ya me voy (*fingiendo llorar*). ¡Buenas noches, mamá!

Juana. Buenas noches.

La muñeca. ¿No me das un beso, mamá?

Juana (*toma á la muñeca y la besa*). ¡Buenas noches!

La muñeca. Perdóname, mamá; ya no volveré á seguir tu ejemplo.

Juana y Laura se miran una á otra y prorumpen en una carcajada.

LA HADA DESTERRADA.

Lejos, muy léjos de aquí habia en otro tiempo un sitio encantador, rodeado por el mar. Ningun buque habia descubierto esta isla deliciosa, ninguna planta humana habia hollado sus tranquilas soledades. Reinaba en ella una eterna primavera; los árboles estaban cubiertos de frutas y de flores, y el canto de aves de brillante plumage no cesaba de llenar el aire de dulce melodía. La playa estaba cubierta de conchas relucientes, y las ondas que tocaban la ribera parecian detenerse en ella como encantadas por su belleza, ó como si le contaran plácidas leyendas de las grutas de coral y de los palacios de perla que habian visitado en los profundos senos de los mares.

Era en verdad encantadora esta isla, pequeña en su extension, pero llena de cuanto puede recrear el corazon. Todo era en ella obra de la naturaleza, excepto una sola cosa, un templo levantado como si fuera por arte mágica sobre el límite de las aguas. Durante el dia parecia el palacio del silencio, pues en él nada se movia, ni se oia el mas ligero sonido. Todo respiraba sosiego, como si los moradores del templo estuviesen dormidos y nadie perturdara su sueño. Pero cuando llegaba la noche el palacio resplandecia con una luz mas bella que la del sol, la luna y las estrellas.

Esta luz emanaba de un hilo de siete hermosísimas perlas, suspendidas de la bóveda como un candelabro de siete luces. Á la suave y radiante luz que así iluminaba aquella mansion se veian moverse siete hermosuras con las manos enlazadas, como si anduvieran á compas, y á veces danzando con la mayor delicia. Su vida toda parecia consagrada al placer, á menudo se contemplaban unas á otras con miradas llenas de amor, y parecian encontrar mayor ventura en verse mútuamente felices,

que en todos los otros deleites que las rodeaban.

Corrian así los años, sin que pesar alguno turbara la felicidad de las siete hadas hermanas. Cuanto oian y cuanto veian parecia destinado á aumentar sus placeres. Jamás se separaban, sino que como las siete perlas que iluminaban el palacio ensartadas en un hilo de seda, sus corazones estaban ligados por una perpetua concordia.

Pero al fin sobrevino un cambio en esta isla encantada. Vagando las hadas por la playa en una noche de luna, percibieron dulces sonidos que parecian salir de una gruta inmediata á la ribera. Se detuvieron y escucharon: era una melodía blanda y melancólica que conmovió los corazones de las hadas. Miraron hácia la orilla y descubrieron la forma de un hermoso mancebo que parecia habitante de los mares. Tenia en la mano una concha brillante y llevandósela á los labios la hacia producir la música mas deliciosa. Ante este espectáculo huyeron las hadas, ménos una, la mas jóven y la mas linda de todas. El príncipe de los mares continuó su

canto y prorumpió en loores á la hermosa hada. Ella estuvo escuchándolo un momento, y á la vez complacida y asustada, desapareció.

La noche siguiente la jóven sin decir nada á sus hermanas, se encaminó sola á la playa donde habia visto al extraño trovador de los mares; no lo encontró; pero oyó la melodía que la víspera la habia recreado. Siguiendo el sonido llegó á una magnífica gruta que se abria en la superficie del agua. Entró y se ofreció á su vista un espectáculo de incomparable esplendor. Habia allí una altísima bóveda en que fulguraban en profusion perlas, diamantes y todo género de piedras preciosas. En tanto que ella admirada contemplaba estas maravillas, el príncipe se le aproximó. Hablóle con dulzura, mostrándose complacido de verla en su palacio. La hizo recorrer una multitud de brillantes aposentos, llenos de magníficas joyas. Al fin le dijo: "Hermosísima hada, yo soy el rey de de los mares; este no es mas que uno de mis mil palacios. En el seno de las aguas, tengo otros mucho mas espléndidos. Y sin embargo, estoy solo. Algo me falta para ser feliz. Sé

tú mi esposa, sé mi reina y será completa mi dicha."

"Jamás," replicó la hada; "soy una de las siete hermanas y estamos unidas por un vínculo de afecto que es la fuente de nuestra felicidad. Si yo las dejara, se romperia el encanto y cesarian para siempre la felicidad de mis hermanas y los placeres de la isla."

"¡Nada temas!" exclamó el rey. "¿Porqué te has de sacrificar á ese capricho? Estás destinada á brillar en una region mas bella y mas deslumbradora. Allí no eres mas que una hada y estás sujeta á una estrecha rutina en tus placeres. ¿Por qué no has de ser reina y la mas esplendorosa gala de los dominios de un monarca?"

Esta lisonja conmovió el corazon de la hada y venció su resistencia. El rey le tomó la mano y se disponia á conducirla á un esquife de concha nácar que estaba cerca de la ribera, cuando de repente se detuvo y dijo: "Vuelve á tu palacio, doncella encantadora, y tráeme una de las siete perlas que estan suspendidas de la bóveda."

de poder, bajo el gobierno de Napoleon, resolvió volver á su país natal con el fin de adquirir la posicion á que ántes habia aspirado.

Dejando á sus hijos al cuidado de una aya, y arreglando los negocios de su hacienda, salió para la isla vecina de la Guadalupe, y de allí se dió á la vela para Francia. Al llegar á Paris solicitó una audencia de Bonaparte, primer cónsul entónces, y fué favorablemente recibido. Habiendo obtenido un empleo honroso y lucrativo del gobierno, pensó en mandar por sus hijos. Pero por desgracia lo preocupaban tanto los acontecimientos en que tenia parte, que poco á poco fué demorando la realizacion de sus designios.

Trascurrieron así algunos meses, y los gemelos Ernesto y Ernestina, aunque siempre contentos, cansaban y embarazaban á su aya, preguntándole por su padre. "¿Cuándo vendrá? ¡Cuánto tiempo hace que no lo vemos! ¿Ven drá la semana que entra? ¿Vendrá el mes próximo? ¡Oh! temo que nos haya olvidado y que nunca vuelva!" Tal era lo que continuamente hablaban los niños respecto de su padre.

Y entretanto él no volvia, y aunque al principio les escribia muy á menudo, de repente cesaron sus cartas, y durante cinco años faltaron noticias de Mr. Lacoste en su hacienda. En este tiempo se habia verificado un gran cambio en el valle. Los gemelos habian cumplido diez y seis años, y Ernesto comenzaba á ser hombre. Su carácter se habia desarrollado y parecia ser atrevido y resuelto. Su cabello negro, sus ojos oscuros, su tez morena, su estatura pequeña, pero vigorosa, parecian indicar un espíritu de una fuerza y decision extraordinarias. Sus costumbres tambien habian cambiado. Ya no estaba contento con los juegos infantiles y con la sociedad de su hermana. Le gustaba vagar solo por los bosques, trepar por las colinas, escalar las rocas y contemplar el mar. Horas enteras estaba en los peñascos que coronaban la playa, y parecia gozar una especie de éxtasis al escuchar el incesante rugido del mar.

En todo esto era notable el contraste con Ernestina. Era de formas delicadas, de ojos azules y de cabello rubio. Era apacible, tierna y contemplativa. Amaba las flores y los pája-

ros y se recreaba con los cristalinos y serenos arroyos del valle. Y era tal el influjo que ejercia por medio de su dulzura, que la apellidaban "la Reina del Valle." Hasta los mas rústicos trabajadores la obedecian, como si realmente fuera su soberana. Los pájaros estaban acostumbrados á seguirla y á recoger el grano que ella les daba, y perdian todo temor en su presencia. Aun Ernesto, que era obstinado con los demas, se mostraba dócil y condescendiente con ella.

Pero en tanto que los gemelos habian crecido, la hacienda habia ido decayendo y arruinándose. Los trabajadores, mal dirijidos y mal pagados, habian en su mayor parte abandonado la finca. El mayordomo se habia marchado dejando tras sí la ruina y la miseria. Las habitaciones estaban deterioradas y casi viniéndose abajo. La aya, fortalecida por sus buenos principios y por su amor á sus educandos, habia conservado su ánimo; pero ya sin perspectiva de mejora, iba cediendo á la desesperacion.

En esta crísis tomó consejo de los niños. Ernesto declaró desde luego su determinacion de ir á Paris á buscar á su padre y á procurarse

medios de mandar por su hermana. Se fué, pues, á la Guadalupe, en donde se embarcó para Francia. Cuando llegó á Paris, comenzó sus indagaciones. Durante dos meses, todas sus pesquisas fueron en vano; pero al fin encontró á un hombre que le dijo que su padre estaba preso en el castillo de Vincennes.

Pronto averiguó que esto era cierto. Mr. Lacoste favorecido por la fortuna habia llegado á una elevada posicion; pero despues se le acusó de haber tenido parte en una de las conspiraciones contra Napoleon, que ya regia los destinos de la Francia como emperador. En un juicio violento, un tribunal mal prevenido lo habia sentenciado á prision perpetua, y tenia que pasar su vida cumpliendo tan espantosa sentencia.

Es imposible describir los sentimientos de Ernesto cuando supo los pormenores de esta triste historia. Con el impulso generoso de un noble corazon, creyó á su padre inocente, y por lo mismo consideró á Napoleon como un duro y cruel opresor. Solicitó permiso para ver á su padre en la prision; pero le fué negado. En

medio de su angustia, escribió á su hermana lo que pasaba. Por todas partes buscó los medios de libertar á su padre, y donde quiera encontró desprecio ó indiferencia. Llegó á perder su buen carácter, y pronto los pocos amigos que lo habian escuchado, ó procurado servirle, le cerraron sus puertas.

Una noche, despues de haber estado cavilando en sus desgracias, atravesaba una calle oscura, cuando lo alcanzó un hombre embozado en un gran capote militar, y le dijo: "¿Sois vos Ernesto Lacoste?"

"Pareceis conocerme," contestó, "y por tanto es inútil la pregunta."

"Bien," dijo el embozado, "vuestro padre está preso injustamente. ¿Deseais su libertad?"

"¿Os burlais de mi?"

"Nada de eso. ¿Estais dispuesto á hacer un esfuerzo para libertar á vuestro padre, y al mismo tiempo emancipar á vuestra patria?"

"Suponed que sí, ¿y despues?"

"¿Me prometeis vuestro auxilio?"

"Sí, en el caso de que apruebe yo vuestro plan."

"Pues escuchadme. El reino está oprimido bajo la planta de un usurpador. El trono de Francia, que por derecho divino pertenece á Luis—descendiente de San Luis—está profanado por un aventurero corso. ¿Quereis ayudarme á derribarlo?"

"Y si os ayudo ¿me prometeis la libertad de mi padre?"

"Ciertamente, si triunfamos."

"Está bien, lo pensaré. ¿Cuándo nos volverémos á ver?"

"No hay tiempo de pensar: ¡ahora ó nunca! ¿Quereis venir conmigo?"

Esto diciendo, el embozado tomó á Ernesto del brazo y lo condujo suavemente. Anduvieron algun tiempo en silencio, dieron vuelta á la izquierda y entraron á una calle oscura y estrecha. Llegaron á una gran puerta de hierro, tocaron la campana y pasaron á un patio empedrado. Lo atravesaron, subieron una escalera y entraron en un aposento en que habia como doce hombres. Despues de algunos momentos estos hombres comenzaron á describir el proyecto que motivaba su reunion.

En breve comprendió Ernesto que se trataba del asesinato del emperador. Habiendo tenido tiempo de reflexionar, toda su alma se sublevó contra semejante atentado. Se levantó y estaba á punto de salir del aposento, cuando uno de los conspiradores le dijo: "¿Á dónde vais, jóven?"

"Fuera de aquí," contestó.

"Supongo que á denunciarnos á la policía."

"Sí, á ménos que abandoneis proyecto tan infame."

Hubo inmediatamente un gran tumulto y un momento despues Ernesto recibió un golpe y cayó sin sentido en el suelo. Algunos hombres se precipitaron á la puerta, pero la encontraron cerrada. Á poco fué echada abajo y entraron algunos oficiales de policía con una fila de soldados. Toda resistencia era inútil; los conspiradores fueron arrestados y sacados de la casa, y entre ellos Ernesto, ya repuesto del golpe que habia recibido.

Volvamos ahora al valle de Marie Galante. La carta de Ernesto habia destrozado el corazon de Ernestina; pero despues de alguna re-

flexion resolvió unirse á su hermano en Paris, y combinar sus esfuerzos para obtener la libertad de su padre. Al cabo de dos meses, acompañada de su aya, llegó á la capital de Francia. ¿Cuál seria su pesar al encontrar preso no solo á su padre, sino tambien á su hermano, y á este último sentenciado á muerte.? Él y los conspiradores habian sido juzgados y condenados y dentro de cuatro dias debian ser ejecutados.

Á su sensibilidad Ernestina unia una inteligencia muy clara. Luego que supo lo que pasaba, determinó ver á la emperatriz Josefina, cuyo carácter benévolo y misericordioso era muy conocido. Se dirijió desde luego al palacio de las Tullerías; pero le negaron la entrada. Permaneció en la puerta sin saber qué hacer, cuando fué empujada por los lacayos y soldados que estaban al pié de las gradas de mármol que conducen á la grande escalera del palacio. Mirando á un lado, distinguió á una dama de gentil y noble aspecto que bajaba los escalones. "¡Ella es!" dijo Ernestina, "¡no puede ser sino la emperatriz!" Sin vacilar un instante, se adelantó hácia ella, y al pisar la empera-

triz el último escalon, Ernestina se arrodilló á sus piés.

La escena llamó mucho la atencion, y por un momento todos quedaron sorprendidos. Algunos de los lacayos se precipitaron á sacar á Ernestina; pero la emperatriz los hizo retroceder. Corazones mas duros que el suyo se hubieran ablandado: la jóven, arrodillada todavía, tenia las manos enclavijadas, y fijaba en la emperatriz sus miradas suplicantes. Devorada por la ansiedad, agobiada por el pesar, pálida, trémula y abatida, habia en sus grandes y húmedos ojos azules una irresistible fuerza de atraccion. Hasta los soldados sintieron simpatía en su favor.

"¡Hablad!" dijo la emperatriz. "¿Qué quereis? qué deseais?"

"¡La vida de mi hermano, la libertad de mi padre!" Ernestina no pudo decir mas; sus ojos se anublaron, todo pareció oscurecérsele y cayó sin sentido sobre las piedras. "Alzadla y llevadla á mi aposento," dijo la emperatriz. Subió despues á su carruage y salió.

"Despues de todo," dijo para sí, "cosas ter-

ribles acompañan al poder. Temo por la suerte de esa pobre niña, y por lo poco que sé, sé lo bastante para conocer que tiene motivo para afligirse. ¡Cuán poco simpatiza mi marido con los pesares de los que se le atraviesan en su camino! Pero yo seré su ángel bueno; si no puedo cambiar su corazon, al ménos disminuiré las inevitables miserias que trae consigo su dominacion."

Á las dos horas repasó la emperatriz y le fué presentada Ernestina. La jóven contó su historia de tal manera que interesó á la emperatriz, cuyos tiernos sentimientos habian sobrevivido á la dura influencia del esplendor y del poder. Aumentó su interés al recordar que en sus primeros años habia conocido á Mr. Lacoste, quien habia sido amigo de su primer marido en los dias mas tempestuosos de la revolucion. Detuvo á Ernestina en el palacio, prometiéndole emplear sus esfuerzos en favor de su padre y de su hermano.

Fiel á su promesa, Josefina ocurrió en la misma noche al emperador, y él le replició con bastante frialdad:

"Josefina, creedme; estos son negocios de Estado, y deseo que no os mezcleis en ellos. Mirad, aquí tengo para vos este aderezo de diamantes. ¿No es verdad que es hermoso?"

"Si, señor, hermosísimo."

"¿No lo aceptaréis?"

"No, á ménos que . . . "

"¿Á ménos que . . . ? ¿Condiciones?"

"Sí, aceptaré los diamantes si poneis en libertad á Mr. Lacoste y perdonais á su hijo."

"¡Qué impertinencia! ¿os habeis vuelto loca?"

"¡Ojalá y vos tambien en lo que creeis!"

"Sí, todos los locos desean que los demas los imiten."

"Pero concededme este favor."

"¡Jamás!"

Josefina entónces sonó la campanilla y mandó á la dama de servicio que introdujese á la señorita Lacoste. Ernestina entró, y se arrodilló á los piés del emperador. "Contadle vuestra historia, niña," dijo la emperatriz, "tal cual me la habeis contado á mí." Ernestina obedeció. Napoleon escuchó, pero su rostro de mármol no

revelÓ la menor emocion. Despues de un rato dijo: "¡Habeis concluido, podeis iros! Habeis hablado bien, como debe hacerlo una hija y una hermana. Una hija siempre debe creer á su padre inocente, una hermana jamás debe dudar de la buena conducta de su hermano. Pero el soberano debe endurecerse el corazon contra todo lo que no sea la necesidad de su situacion."

Al hablar así el emperador frunció las cejas, y mirándolo Ernestina se retiró sobrecogida de terror. Josefina tambien parecia aterrada y evidentemente no se atrevió á interrumpir la meditacion de su marido. Pasaron tres dias, y Josefina no tuvo oportunidad de volver á hablarle del asunto que tanto habia interesado sus sentimientos. En la noche del tercer dia él la suplicó que lo acompañara al teatro: "Vamos de incógnito esta noche," dijo, "y gozarémos mas."

Á las ocho salieron y poco despues se detuvieron en la puerta de una casa. Se apearon del carruage y comenzaron á subir la escalera.


A. DAVID
BISSON ET COTTARD

"Pero este no es el teatro," dijo la emperatriz.

"¡Venid, venid!" dijo el emperador, "¡no nos detengamos aquí toda la noche, no debemos charlar aquí, aunque vengamos disfrazados!"

Subieron al segundo piso y tocaron la campanilla; se abrió la puerta y en la sala estaba un hombre como de cuarenta años, teniendo á un lado á un jóven y al otro á una niña. La emperatriz lo vió todo y preguntó: "¿Es este el teatro?"

"Sí; pero la escena es real, no imaginaria."

"¿Con que habeis puesto en libertad á Mr. Lacoste y perdonado á su hijo?"

"Ni uno, ni otro. He indagado los hechos y he encontrado que ámbos eran inocentes. La justicia los ha salvado, no el emperador. ¿Aceptaréis ahora los diamantes?"

"Señor," contestó Josefina, "¿qué valen para mí los diamantes comparados con esta conducta del que me inspira todavía mas amor que admiracion?"

MALA Y BUENA SUERTE.

DIÁLOGO.

ROBERTO Y SUS AMIGUITOS.

Roberto. ¿Quereis decirme que es ese estruendo?

Dos ó tres niños hablando á la vez. Nada, es Juanito.

Roberto. ¿Qué ha hecho?

Felipe. Dió con la cabeza en la esquina de la mesa y tiró al suelo un pichel de agua.

Federico. Sí, y ha roto el pichel.

Manuel. Y se ha rasgado el vestido.

Pedro. Y ha hecho pedazos un vaso.

Luis. Y se ha roto la cabeza.

Roberto. ¿Estas ciego para hacer tanto destrozo?

Juan (*frotándose la cabeza*). Perdonadme, Don Roberto, no lo hice adrede, pero tengo siempre tan mala suerte.

Roberto. Dí mas bien que eres muy descuidado.

Juan. No creo ser descuidado, sino que siempre mi mala suerte me pone en mil dificultades.

Roberto. No me gusta que te disculpes con tu suerte cuando tú y solo tú tienes la culpa.

Juan. Yo no lo creo así; no soy mas malo que los otros muchachos, y sin embargo no hay dia en la vida en que no me suceda algun desagradable accidente. Si tomo un cortaplumas, estoy seguro de cortarme los dedos. Si trepo á un árbol, se me rasgan los vestidos. Si ando sobre el hielo, se rompe y me caigo al agua. Si disparo un cañon, se revienta y me lastima. Si quiero poner una trampa, salta y me coge los dedos. Si escribo, se me derrama la tinta y me caen borrones en el papel. Cuando estoy en la mesa se me resbala el plato de

sopa y me mancha los pantalones. No puedo brincar una cerca sin pegarme en las rodillas, que me quedan amoratadas. Siempre estoy en algun apuro y todos dicen que es porque soy muy descuidado; pero yo creo realmente que todo consiste en mi mala suerte.

Roberto. Pues te equivocas, amiguito, te equivocas de medio á medio. ¿Qué entiendes por mala suerte?

Juan. No puedo decirlo exactamente.

Roberto. ¿Supones que es algun ser viviente? ¿crees que es algun monstruo con garras, con grandes dientes, y con la cola enroscada? ¿te figuras que te sitia un espíritu malo, que te persigue á todas partes, rompiendo el hielo para que te caigas, reventando el cañon para que te lastimes, tirándote el plato encima y derramándote la tinta en el papel?

Juan. No sé.

Roberto. Pues yo sí sé. Es una verdad indudable que alguien te persigue que te hace todos esos males.

Juan. ¿Lo creeis así, Don Roberto?

Roberto. Estoy seguro. Es una idea horri-

ble ¿no es verdad, Juan, estar así siempre perseguido por un espíritu malo?

Juan. Sí, señor.

Roberto. ¿No sabes á quién se parece tu perseguidor?

Juan. No, señor.

Roberto. ¿Sabes cómo se llama?

Juan. Supongo que la mala suerte.

Roberto. Si no anda con cuidado, puede convenirle ese nombre. ¿Quieres que te digo cómo es?

Juan. Si gustais.

Roberto. Pues bien, no tiene pezuñas, garras, ni cola. Tiene dos piernas, bonita cara, cabello negro y rizado, ojos negros. Tendrá unos catorce años. Acaba de romperse el vestido, de golpearse la cabeza, de volcar la mesa y de romper el pichel. ¿Puedes decirme cómo se llama?

Juan. No estoy enteramente seguro.

Roberto. Si no entiendes lo que quiero decir, eres el muchacho mas tonto. Esa criatura á quien tú llamas la mala suerte no es mas que Juan, no es mas que tú mismo.

Juan. ¿Quereis decir, Don Roberto, que yo tengo la culpa de todos los accidentes que me suceden?

Roberto. Sí, señor; porque de vuestro descuido provienen todos esos accidentes.

Juan. Eso mismo dicen mis padres, y por tanto debo creer que es cierto.

Roberto. Me alegro de que tan pronto confieses la verdad, y espero que, conociendo tus faltas, te enmiendes.

Juan. Ciertamente, lo procuraré.

Roberto. Bueno, y para que todos conozcais mejor el riesgo de ser descuidados, os voy á contar un cuento.

Todos los niños. ¡Sí, sí, un cuento!

Roberto. Bien, bien; sentaos y estad quietos. El cuento es triste, pero sin embargo útil. En otro tiempo habia un muchacho á quien gustaba mucho andar arrojando piedras. No recuerdo si se llamaba Juan, Pedro ó Santiago, pero sea cual fuese su nombre, el caso es que no podia ver un gorrion en un árbol, ni un pato en un estanque, ni una ardilla en el campo, sin lanzarles una pedrada. Tenia, tambien, la cos-

tumbre de tirar piedras por toda la cosa y por el jardin. Como era muy descuidado, solia romper las vidrieras y quebrar las macetas. Muchas veces tiraba muy cerca de las gentes, y sus padres lo reprendian seriamente por esta conducta. Pero él hacia poco caso, y siguió en su mala costumbre, hasta que le aconteció un terrible accidente.

Debeis saber que este muchacho tenia un hermanito de dos años de edad. Un dia este niño estaba sentado en una de las veredas del jardin, entretenido en hacer montones de matatenas. En aquel momento su hermano, que estaba á corta distancia, arrojó una piedra al aire, y al caer fué á dar en el pié del niño. La criaturita lloró y despues se desmayó. El jardinero lo tomó en brazos y lo llevó á la casa. Padeció mucho durante dos meses; al fin se levantó; pero quedó cojo para siempre. Los tendones del pié se le rompieron, y el pié y el tobillo quedaron de tal modo dislocados que le costaba mucho trabajo poder andar.

No necesito deciros que el muchacho que tiró la piedra padeció aun mas que su hermano.

Cuando vió lo que habia sucedido se desmayó del susto y tardó mucho tiempo para volver en sí, y muchos años despues siempre que veia cojear á su hermano, le pesaba de haber desobedecido á sus padres y lo afligia haber perseverado en sus malos hábitos.

Siento haberos contado historia tan triste; pero quiero que no olvideis que ser descuidados es un gran defecto, y que cuando os suceda alguna desgracia por vuestra falta de prudencia, haréis muy mal en querer excusaros, echando la culpa á la mala suerte.

EL CUERVO.

Habia una vez un muchacho, cuyo nombre he olvidado, pero por tal de que tenga algun nombre, lo llamarémos Tomas. Su padre era rico, habia ganado mucho dinero en Nueva York, y así habia podido comprar una casa de campo en la parte norte de la Nueva Jersey, y á ella se trasladó un dia de verano con su esposa y su familia.

Tomas, por desgracia, habia adquirido algunos malos hábitos en Nueva York. No le gustaba estudiar sus lecciones, y muchas veces, cuando lo mandaban á la escuela, se andaba paseando por las calles, ó se iba á Hoboken, y perdiendo así el dia, regresaba á su casa diciendo que habia estado en la escuela. Empleaba malas pa-

labras, decia mentiras y desobedecia á sus padres.

Es sorprendente observar como despues de una falta, vienen otras. Un muchacho que es desobediente en una cosa, lo es pronto en otras muchas; de la desobediencia pasa á la falsedad, de la falsedad á la grosería, de la grosería á la crueldad, de todo esto al hurto ratero, y por fin llega hasta el robo y el asesinato. La senda del mal es muy resbaladiza, y miéntras mas se avanza en ella, mas cerca está el fondo que es el abismo de la perdicion.

El pobre Tomas habia adelantado mucho en esta senda, y le era tan fácil seguirla que ni siquiera pensaba en detenerse. Sus padres sabian casi todas sus faltas y esta fué una de las razones que tuvieron para comprar una casa de campo. Esperaban que teniendo á su hijo léjos de las malas compañías y de las tentaciones de la ciudad les seria fácil corregirlo de sus defectos.

Tomas estaba encantado con la idea de ir al campo á pasar el verano. Se figuraba mil cosas agradables, pensando en las colinas, en los

valles, en los pájaros, en las ardillas y en los pescados. Con ansia esperaba el dia de la marcha y cuando al fin llegó, dió de brincos como si le hubieran salido alas en los piés. El camino duró un dia, y en la noche, estando cansada la familia, resolvió recojerse temprano.

Pero Tomas no tenia ganas de acostarse. Hacia una calurosa noche de luna, y él queria irse á pasear. Sus padres lo dejaron algun tiempo; pero cuando dieron las nueve, insistieron en que se retirara á su cuarto. Se enfadó y refunfuñó y al fin obedeció de muy mala gana.

El cuarto de Tomas estaba en el segundo piso, y las dos ventanas daban al jardin, que era grande y hermoso. El muchacho se estuvo un gran rato en una de las ventanas y de repente le vino la idea de bajarse agarrándose de las ramas de los árboles. Queria estar en libertad de pasearse todo el tiempo que se le antojara.

Realizó en el acto su capricho y á pocos momentos estaba ya en el jardin. Se paseó por algun tiempo y despues, dejando atras la

puerta, pasó á la callajuela inmediata á la casa. Siguió andando y aunque el sitio era solitario, pues no habia cerca otras casas, el muchacho se complacia en la novedad de la escena. Anduvo una hora mas y entónces retrocedió con animo de regresar á su casa. Pero inadvertidamente tomó otro camino que lo condujo al bosque. Cuando notó que se habia extraviado estaba ya demasiado léjos. Comenzó á latirle el corazon y sintió una especie de calofrio. Se le erizaba el cabello hasta el grado que parecia que se le levantaba el sombrero.

Tomas ansiaba volver á su casa, y creció su inquietud al ver que el paisage que lo rodeaba era cada vez mas oscuro y mas agreste, miéntras ya le temblaban las rodillas y le tintaban los dientes. Pero ¿qué hacer? Se detuvo un momento á pensar, y se sintió tan débil que tuvo que sentarse.

Á poco le pasó el desvanecimiento; pero no por esto se sentia bien. Recordaba que habia salido á escondidas, y como sucede en tales casos, el conocimiento de una falta lo hizo pensar en las demas. "Despues de todo," le

decia su conciencia, "eres muy mal muchacho, Tomas, "eres desobediente, engañas á tus padres, no haces caso de sus consejos, no quieres á nadie. De veras, eres muy malo ¿qué va á ser de tí?"

Pensando así, oyó una voz distante que decia estas palabas: "¡Azótenlo bien! azótenlo bien! azótenlo bien!"

Se le heló la sangre, se le erizó el cabello, y se le golpearon los dientes. Reinó el mayor silencio por algunos momentos: se sentó á escuchar, temiendo que se repitiera el espantoso grito. Al punto volvió á oirse, mas cerca, mas claro y mas recio:

"*¡Azótenlo bien! azótenlo bien! azótenlo bien!*"

Todo volvió á quedar en silencio. Es imposible expresar las emociones de asombro, de terror y de remordimiento que en este instante llenaron el corazon de nuestro héroe. Era ya media noche; estaba perdido, estaba solo en un disierto desconocido; la luna se habia ocultado, las tinieblas daban á los árboles la apariencia de gigantes y de monstruos; todo tenia

en el valle la sombría quietud de la muerte, excepto el siniestro y penetrante grito: "¡Azótenlo bien! azótenlo bien!"

Cuando se dejó oir por tercera vez, parecia venir de mucho mas cerca y causó mayor espanto á Tomas. No pudo ya sufrir mas, lanzando un grito de horror, se puso en pié y echó á correr. Por algun tiempo casi voló por el sendero que atravesaba el bosque. Muy cansado comenzó á retardar el paso, cuando oyó una vez mas la espantosa voz, y le pareció que se repetia por todos los árboles que lo rodeaban. El miedo le dió alas y siguió corriendo, sin saber á dónde iba. Las voces continuaban persiguiéndolo. Al fin llegó al límite del bosque y pronto se encontró entre campos cultivados. Comenzaba á despuntar el alba, el muchacho desubrió a lo léjos un edificio, se acercó y vió que era su casa.

Jamás hubo alegría mayor que la suya. Entró al jardin, se trepó por los árboles y llegó á su cuarto. Pero tardó mucho tiempo en volver á salir de él. Sus padres lo encontraron enfermo de fiebre. Vieron que tenia arañados



los piés, la cara y las manos, y al fin él mismo contó á su madre sus terribles aventuras. La madre, despues de oirlo, le habló de esta manera:

"Querido Tomas, es menester que este accidente te sea provechoso en lo futuro. Lo que has visto y oido se explica fácilmente. El espantoso grito del bosque no era mas que el graznido del cuervo. Es un pájaro inocente que se oculta durante el dia y que en la noche hace oir en los bosques sus tristes lamentos. Tu conciencia turbada fué la que lo hizo terrible, la que dió palabras á su voz, y así sucede siempre. Un espíritu tranquilo, un corazon que cuenta con el favor del cielo goza siempre de ventura y de serenidad, miéntras que el seno del malvado es presa del terror y de la angustia. La mas ligera dificultad, los peligros mas comunes se convierten por la conciencia manchada en durísimas calamidades para los malos. Tienen el alma llena de miedo y sobresalto. En la noche se asustan y se estremecen en las tinieblas, cada ruido los perturba, y para su mente agitada los árboles son espíritus, y mons-

truos las rocas. Las sombras del bosque les parecen gigantes y entre el follage creen ver garras de fieras. Los sueños del perverso estan llenos de visiones espantosas, de ruidos terribles y de siniestras aventuras.

"Tales son, querido Tomas, los efectos de la mala conducta que engendra la inquetud de la conciencia. Está dispuesto por la Providencia que el pecado deje sus impresiones en el alma para hacerla padecer. No hay mas remedio que el verdadero arrepentimiento, y lavarse de las manchas obteniendo el perdon de Dios."

Otras muchas cosas por este estilo dijo á su hijo la excelente madre, y cuando al cabo de algunas semanas se levantó Tomas de la cama, era ya un muchacho bueno y feliz. Pero en toda su vida no pudo oir jamás el monótono y triste graznido del cuervo, sin sentir que se le helara el cútis y se le erizaran los cabellos.

SALOMONCITO.

Niños hay que creen que es muy duro tener que obedecer á sus padres y á sus maestros. Piensan que todo lo saben y no pueden entender por qué no se les deja hacer su voluntad.

Así era mi amiguito Salomon, niño robusto y de frescas mejillas que tendria ocho años en el tiempo de que voy hablando. Era muy vivo y muy travieso, le gustaba satisfacer sus caprichos y tenia mucha confianza en sí mismo. Á decir la verdad, á pesar de su nombre, no era el niño mas prudente del mundo, como vamos á verlo.

"Hacedme el favor," dijo un dia á su madre, "de dejarme ir al pantano á cortar frutas silvestres."

"No, no," le contestó ella, "siempre te andan sucediendo accidentes y me da miedo que vayas."

"Me guardaré de mas accidentes y esta vez no andaré descuidado."

"Temo que te pierdas."

"Oh madre, no tengais miedo; conozco muy bien todo el pantano."

"Pero, puedes resbalarte y ahogarte en el lodo."

"No, no tengais cuidado."

"Siempre hablas así: sé que te propones lo que dices, pero eres muy niño y los niños son muy irreflexivos. Tú especialmente, si te empeñas en perseguir un conejo ó en cortar manzanas ó frutas silvestres ó en coger pájaros, te olvidas de todo y no te cuidas. Ya con tus accidentes has dado muy malos ratos á tu padre y á mí, y así no puedo permitir que vayas á donde quieres. Quédate y jugarás en el patio; pero insisto en que no salgas."

"Oh, madre, dejadme ir esta vez, esta vez no mas. Tendré mucho cuidado; si supierais qué frutas hay en la orilla del pantano. Son

del tamaño de mi dedo, estan muy frescas y maduras. Dejadme ir."

"¿Estás seguro de tener cuidado?"

"Enteramente seguro."

"Y solo irás hasta la orilla del pantano?"

"No mas hasta la orilla."

"Y volverás pronto?"

"Inmediatamente."

"Pues bien, escucha lo que te digo. Vuelve dentro de media hora y no pases de la orilla."

"Sí, sí, solo media hora, no paso del estanque, vuelvo pronto y tendré mucho cuidado! Adios!"

Fuése así Salomoncito, pensando cumplir lo que habia prometido. Era una linda mañana del mes de agosto, y nuestro amiguito en su expedicion iba lleno de ideas muy placenteras. El camino para el pantano era por un prado donde pacian cuatro vacas y una yegua con su potrillo. Seguia una siembra de maíz, cuyas hojas y mazorcas ondulaban al soplo de la mañana. Habia despues un bosque de árboles altísimos sin yerbas parásitas y que se asemejaba á un gran templo formando los troncos las columnas y el follage las bóvedas.

Salomon siguió andando con el corazon lleno de delicia. ¡ Oh ! quién pudiera expresar el bienestar de los dias de la infancia—esas mañanas de estío—esas excursiones par los prados y las siembras,—por las colinas y los valles—por las llanuras y los bosques ! ¡ Quién pudiera describir esa especie de arrobamiento con que el niño empieza á sentir el espíritu aventurero del cazador, al entrar á un bosque y al oir á la perdiz murmurando en un tronco lejano ó al ver á la ardilla saltando de rama en rama hasta llegar á la copa de los árboles ! ¡ Cómo escucha los graznidos de los cuervos, los gritos del pájaro-carpintero, la burlesca algarana del gayo azul, el penetrante silbido de la codorniz, el chillido de la calandria, el ligero gorgeo del gilguero, y el canto melodioso del tordo ! Ningun caballero de la antigüedad en las leyendas mas romancescas atravesó jamás campo alguno con mas bellas ilusiones que las que acompañaban á Salomon en su camino, especialmente cuando llegó á la entrada del añoso bosque.

Media hora, una hora entera pasó ántes de

que hubiese llegado al pantano. Al llegar, nuevos objetos cautivaron su atencion. Habia pasado ya la estacion en que empollan las aves y como las colinas estaban secas y recibian los calores de Agosto, los pájaros con sus crias habian vuelto al pantano para gozar de su sombra, refrescarse en sus aguas, y gustar de sus frutas silvestres. Habia allí pechirojos, calandrias, tordos, gilgueros, pájaros-carpinteros, cardenales y gorriones. Poco acostumbrados á ser perturbados en su soledad, ápénas notaron la llegada de neustro aventurero.

Pasó este otra hora en contemplar las aves y en intentar coger algunas. Las frutas, objeto de la expedicion del muchacho, cayeron en completo olvido, ante novedades que le llamaron mas la atencion. Salomoncito obró como muchos Salomones de mas años que salen á buscar una cosa, y al fin son seducidos por otra en que ántes no pensaban. Entónces saltó delante de él un conejo que á poca distancia, se ocultó entre la yerba. Salomon se aproximó á hurtadillas, y quiso atraparlo; pero el animal se escapó y corrió por entre el laberinto de los matorrales.

Salomon corrió tras de él y mas de una vez pareció estar á punto de alcanzarlo. Pero el conejo siguió huyendo, y al fin desapareció en la espesura del bosque.

Despues de todo esto, Salomon se acordó de la media hora, de la orilla del pantano, de las frutas silvestres, de su madre y de sus promesas. Notó entónces que el cielo estaba muy nublado y que empezaba á oscurecer. Decidióse, pues, á regresar á su casa. Pero el cielo se nublaba mas y el bosque parecia mas agreste y mas intrincado. Comenzó á latirle el corazon temiendo haberse extraviado. Se detuvo y se sintió muy asustado. "Tal vez," se dijo, "mi madre tenia razon. Yo soy en efecto muy irreflexivo. Mejor hubiera sido quedarme en casa. Pero ahora ¿ qué haré ? Terrible será tener que pasar aquí toda la noche. Quién sabe si habrá víboras y me da miedo andar entre ellas en la oscuridad. Algo diera yo por estar tranquilamente en mi casa. ¡ Ay ! ay !"

Y Salomon se puso á llorar. Digan las gentes lo que quieran, para los niños es un consuelo llorar. Nuestro aventurero por algunos mo-

mentos dió rienda suelta á su llanto, se sintió algo consolado y emprendió de nuevo su camino sin saber á dónde iba. Anduvo en distintas direcciones y al fin llegó á fatigarse y afligirse tanto, que no ponia cuidado de sus pasos. Al fin llegó á la orilla de una loma á cuyo fondo habia un arroyo somero y lleno de fango. Se resbaló de la loma y cayó revolcándose en el lodo, y quedando enteramente atollado. Hizo grandes esfuerzos por salir; pero al sacar una pierna, la otra se le hundia mas. Impotente, al fin para salvarse, se puso á dar de gritos. "¡Socorro! socorro!" clamaba, y su voz se oia por todo el bosque.

"¿Dónde estás, Salomon?" dijo una voz fuerte á poca distancia.

"Aquí, aquí, sumido en el lodo. ¿Eres tú, Pedro?"

"¿Dónde estás?" dijo Pedro, que era hermano de Salomon, y al acercarse á la loma, exclamó: "¡Bonita figura estás haciendo ahí! Bien sabia yo que este habia de ser tu camino, cuando mi madre me dijo que habias ido al pantano, seguro estaba yo de encontrarte aquí."

"Bien," dijo Salomon con cólera, "sácame ahora y despues te burlarás de mí."

Con mucho trabajo fué sacado Salomon, todo cubierto de lodo y sin un zapato. En la noche ya tarde llegaron á la casa; pero Salomon recibió una buena leccion para toda su vida.

"Despues de todo," pensó para sí, "*mi madre sabe mas que yo.*" Esto fué lo que aprendió y lo que yo recomiendo á mis jóvenes lectores.

EL CAMINO DE ALCANZAR.

DIÁLOGO.

Todos los niños. ¡Oh! señor Parley, *debeis* contarnos un cuento.

*Parley.** Como es eso de que *debo.* *Deber* es una palabra muy fuerte.

Santiago. Yo no sé si es ó no fuerte, pero lo repito, *debeis* contarnos un cuento.

Parley. Pues cuando me dicen que *debo* hacer una cosa, contesto generalmente que no la *he de hacer.*

Lucía. Creo que Santiago se ha equivocado; pero *tened la bondad* de referinos uno de vuestros cuentos.

Parley. Así la cosa es diferente. Cuando

* Parley es el pseudónimo empleado por el autor de este libro en las muchas obras que dedicó á la enseñanza de la niñez.

mis buenos amiguitos me dicen: "*Tened la bondad*, señor Parley," ó "*Hacednos favor*, señor Parley," ó bien "*Os suplicamos*, señor Parley," no tengo corazon para negarles nada. Sentaos, pues, aquí todos sobre la yerba. Y ahora ¿qué os contaré?

Santiago. ¡Algo de los indios!

Lucía. No, ¡mejor un cuento de hadas!

Juan. Yo preferia algo de la guerra de la revolucion.

Ana. Yo alguna aventura en el mar.

Enrique. Á mí lo que mas me gusta son los viages.

Laura. Y á mí los cuentos en que hay gigantes, y ogros, y brujas, y damas encerradas en castillos, y paladines que van á defenderlas.

Benjamin. Pues á mí lo que mas me agrada son las historias de la Biblia.

Elena. Y á mí las historias en que hay niños buenos que llegan á ser felices.

Santiago. ¡Vaya! A mí me gustan los niños buenos; pero su historia es muy fastidiosa. Las historias interesantes son los de los muchachos malos, porque se encuentran en todo géne-

ro de de dificultades y les suceden mil desgracias, y tienen aventuras que entretienen muchísimo.

Parley. Bien, bien, ¿y qué haré ahora en medio de esta confusion de las lenguas? Uno está por la guerra, otro por la paz; uno por los niños buenos, otro por los malos; una por los cuentos de hadas y otro por las historias de la Biblia. ¿Qué haré?

Todos los niños. Lo que gusteis, escoged por nosotros, ¡lo que os parezca mejor y adelante! ¡Un cuento! un cuento!

Parley. Habia en otro tiempo una familia que vivia en los bosques, muy léjos de las otras gentes. La familia se componia de un hombre con su mujer y cuatro hijos que se llamaban Tomás, Ruth, Simon y María. Tomás, que era el mayor, tenia quince años y era muy atrevido. Ruth tenia trece, y era algo reservada. Simon tenia once, y era muy astuto. María tenia nueve, y era muy buena y muy amable.

Entre las rocas cerca de las cuales vivian estas gentes habia una caverna en que estaba un oso muy pequeño. Era un animal vivo y

travieso, y cuando los muchachos pasaban por allí, se mostraba medio dispuesto á hacerse su amigo. Se pasaba de manos, como si quisiera andar lo mismo que los niños y entónces se caia para atras y hacia las mas raras contorciones. Los niños se divertian yendo á verlo; pero él siempre tenia cuidado de permanecer á mucha distancia. Cuando ellos se le acercaban demasiado, se refugiaba en la cueva y no volvia á salir, sino hasta el dia siguiente.

Un dia los niños estaban hablando de su oso, como lo llamaban: Tomás se jactaba de poderlo coger si le daba la gana: Ruth dijo que ella tambien lo podia coger, y lo mismo dijo Simon. Pero María no dijo nada. Se convino por todos en que cada uno emplearia una semana para ver quién lograba coger al peludo animal.

La primera semana tocó á Tomás, quien resueltamente entró á la cueva para dar caza al animal y atraparlo. El oso se dió por ofendido y recurriendo á sus garras y á sus dientes, hizo dos ó tres cariños pesados á su enemigo en la cara y en las manos. Tomás volvió á su casa bastante alicaido.

Siguió Ruth. Dijo que Tomás habia salido mal, porque con su precipitacion habia asustado al oso. Se puso su sombrero nuevo, una corona de rosas y su vestido de seda de manga corta, y adornada así se dirijió á la caverna. Él estaba sentado en la entrada tomando el calor del sol. Ruth se acercó y se puso de pié delante de él con toda la majestad de sus ojos negros, de su cabello rizado, de su trage de seda y de su guirnalda de flores. ¿Lo creeréis? El oso no se movió, ni salió á besar la mano á la hermosa Ruth. Nada de eso: la vió con algun asombro durante unos momentos, despues se puso la cola entre las piernas, lanzó un ronco rugido y se metió á la cueva. La pobre Ruth quedó al principio muy mortificada; pero despues reflexionó que conducta tan desatenta era muy de esperar de parte de un oso. Pero por supuesto, no halló otra cosa que hacer.

Entónces le llegó su vez á Simon, quien se creia seguro del mejor éxito. Preparó una cuerda, hizo con ella un lazo corredizo, la puso cerca de la cueva y colocó á un lado un pedazo de carne. Esperaba que el oso fuera á cogerla y

que al hacerlo pusiera las patas dentro del lazo, entónces se proponia correrlo y apretarlo apoderándose de una vez del pobre animal. Pero á un pícaro, otro mayor; generalmente los astutos encuentran otros que lo son mas. El oso salió de la cueva y se puso á olfatear en todas direcciones. Presto conoció que de algo se trataba, y por consiguiente anduvo muy suspicaz. Al fin descubrió la cuerda y la carne. Parecia que se decia: "¡Ola! ola! aquí hay trampa, cuidado!" Anduvo, pues, al rededor de la cuerda, y tomando la carne en la boca, se marchó con ella dejando al astuto caballerito Simon con un palmo de narices.

Al fin tocó el turno á la pobre María. No confiaba en el buen resultado, pero resolvió á hacer lo que pudiera. Fué á la cueva y como de costumbre allí estaba el oso. María se sentó á corta distancia y se puso á jugar con unas flores. El oso queriendo ver lo que ella estaba haciendo, poco á poco se fué arrastrando hasta aproximarse. Al fin ella lo miró y se sonrió y el animal se mostró muy complacido. Entónces María tendió la mano y el oso le dió la pata.

Así estuvieron un rato sentados juntos, hasta que María se levantó para irse. El oso dió un quejido y parecia decirle: "Quédate algun tiempo mas."

Sin embargo, María se fué, pero volvió al dia siguiente, y el oso salió, y se le acercó y estuvo contento. María era muy paciente y muy amable y á los cuatro dias el oso le lamia la mano. Parecia completamente dominado, y parándose de manos le dió, á su manera, un cariñoso beso en la mejilla. Así se arregló todo y quedaron como buenos amigos. Al fin de la semana María volvió á su casa, seguida del oso.

Así fué cómo la niña modesta y amable mostró que era realmente mas poderosa que el atrevido Tomás, que la hermosa y presumida Ruth y que el astuto Simon.

Y ahora, amigos, voy á daros un consejo. Cuando querais un cuento de Pedro Parley, no le digais que *debe* contarlo, sino que *tenga la bondad*, ó que *os haga favor* de complaceros. Y lo mismo en todos los negocios de la vida, sed amables, modestos y pacientes, y recordad

que para alcanzar algo, que para subjugar aun á los mas toscos, ásperos y violentos, es menester emprenderlo del mismo modo que la amable María.



TOMASILLO

¡De veras que la miel es muy dulce y deliciosa! Así pensaba Tomasillo y del mismo parecer eran las abejas. Hay sobre esto una buena historia que voy á contaros.

Un dia un labrador, que viva cerca de la casa de Tomasillo, le permitió dar un paseo por su jardin. "Anda por donde quieras," le dijo el labrador; "pero no te acerques á las abejas, porque te picarán: son muy bravas y no les gusta que las molesten."

Fuése el labrador y dejó solo á Tomasillo. Este era un poco gloton, y lo que es peor, se figuraba que lo eran los demás. Así, pues, cuando el labrador le dijo que no se acercara á las abejas: "Bien, bien," dijo para sí Tomasi-

llo, ya sé lo que es, hay miel en las colmenas y este avaro la quiere toda para él. Pero me parece que soy tan astuto como él."

Mal hacia Tomasillo en pensar así: demostraba que tenia mal corazon, y que sospechaba que los demás fueran avaros y embusteros, porque creia que serian como él. Pero caro le costó, como vamos á verlo.

Pensando haber descubierto la razon que tuvo el labrador para recomendarle que se alejara de las colmenas, resolvió ser muy astuto y tomarse una buena parte de la miel. Esperó perder de vista al dueño del jardin, dió una gran vuelta y se aproximó por detrás á una de las colmenas. Al acercarse mas, anduvo de puntillas y contuvo la respiracion, temiendo que lo sintieran las abejas. Los insectos estaban muy ocupados en ir y venir y en almacenar sus preciosas provisiones en sus celdillas. Tomasillo siguió avanzando muy poco á poco y llegó á estar junto á la colmena. Tendiéndose en la yerba, levantó la mano buscando un agujero por donde meter la mano en los panales.

Pero en el mismo instante la mano fué vista

por una abeja muy cauta, que dió la señal de alarma, y rápidas como el pensamiento cien abejas se lanzaron sobre el ladron. Sintió á un tiempo muchos piquetes en la mano, y al levantarse y al huir un furioso enjambre lo persiguió, zumbando con mucha fuerza y clavándole sus aguijones en la cara y en todo el cuerpo. Se puso á gritar como un gato escaldado, pero esto ¿qué importaba á las abejas?

Al fin llegó á la habitacion del labrador, y la familia espantó á las abejas. Tomasillo estaba horriblemente hinchado y estuvo enfermo durante una semana. La leccion, sin embargo, le fué muy provechosa, pues conoció que el labrador al darle consejos lo habia hecho de buena fé y por su bien, y despues, siempre estuvo dispuesto á dar oido á las advertencias de los que eran mas viejos ó mas prudentes que él.

EL COJUELO.

Acaso os sorprenderá saber que hubo un tiempo en que el Cojuelo tenia las mejores piernas que jamás se vieran. ¿Por qué, pues, llegó á cojear? Natural es la pregunta y voy á contestarla.

El Cojuelo no era muchacho, sino gato. Nació y creció en un granero. Un dia en que él y sus hermanos estaban haciendo travesuras, un perrito muy pendenciero se asomó á ver lo que pasaba.

Entró y empezó á perseguir á los gatitos. Estos se espantaron horriblemente y echaron á correr en todas direcciones. Unos se metieron en un agujero, uno se escondió detrás de un barril, y dos intentaron treparse á lo mas alto

del granero. Nuestro héroe fué uno de estos dos. Pero ¡ay! cuando estaba afianzándose para encaramarse, el perro lo alcanzó por detrás y con sus afilados dientes le dió una terrible mordida.

Nuestro amigo maulló de dolor y lo oyó la gata vieja que estaba detrás del granero atisbando á un raton. Conoció que pasaba algo grave, dejó al raton y corrió al granero. Figuraos cómo se asustaria al acercarse y al ver al perro que aun apretaba con los dientes al pobre gato. Se le erizaron el lomo y la cola que se extendia haciendo un círculo como los boas de señora: tenia la boca abierta, los dientes salidos, los ojos hechos una lumbre. Parecia lanzarse sobre el perro como si el viento la empujara.

Antes que el perro notara lo que sucedia, la gata le cayó encima con uñas y con dientes. Le mordió las orejas y le arañó los ojos ántes que pudiera moverse. Entónces el perro huyó ahullando con todas sus fuerzas. La gata lo siguió, dando saltos, y á cada brinco clavándole las uñas en los cuartos traseros, y arrancándole

los pelos como si sus patas fueran almohazas. Cuando el perro llegó á la calle, agachó las orejas y se escapó al fin con la cola entre las piernas.

La gata volvió al granero, y encontró al pobre gato incapaz de moverse. Lo alzó suavemente con la boca y lo llevó á la cama. Lo acostó muy bien, y le maulló muy tiernamente para consolarlo. Despues le enjugó la sangre y por último se tendió á su lado para mantenerlo caliente. El pobre gatito se quedó dormido. ¡Qué buena madre era la gata y cómo saben las madres cuidar á sus hijos!

Al dia siguiente el gatito estaba muy enfermo y muy débil. No podia moverse, ni dormir, ni comer. Cuánto sufria! pero la gata estaba constantemente á su lado. Le curó sus heridas muy cuidadosamente, procurando no lastimarlo. Lo calentó, lo acarició, y por fin hizo por él cuanto pudo. A los tres ó cuatro dias el herido comenzó á sentirse mejor. Al mes habia sanado de sus heridas, pero como se le habia roto una pierna, le quedó para siempre mas corta que las otras, y tambien mas débil;

por esto cuando creció no pudo andar bien y de aquí vino que lo llamaran el Cojuelo.

Bien comprenderéis que este defecto fué un gran mal para el pobre gato durante toda su vida. Fué recogido por una gata que se llamaba Lisa. No puedo decir porqué ella se fijó en él mas bien que en otros gatos mas perfectos, pero supongo que seria movida por su buen corazon, y, como otras buenas muchachas, simpatizaria con el infortunio.

Lisa, pues, se llevó al Cojuelo á su casa. El gato apesar de su cojera, siguió siendo siempre muy placentero. Los irreflexivos solian reirse de él al verlo arrastrarse de una manera muy torpe, cuando hacia cabriolas en la yerba. Lisa no creyó que esto fuera ridículo, por el contrario, el andar del Cojuelo le parecia gracioso é interesante, y parecia que lo amaba mas por su misma imperfeccion.

Querréis tal vez saber en qué consistia esto, y voy á decíroslo. El Cojuelo era realmente un buen chico y muy amable. No era en verdad tan ágil como otros gatos; pero hacia cuanto podia y mostraba las mejores disposiciones,

lo cual es mucho, porque es el medio mas seguro de complacer á todo el mundo. No es necesario ser demasiado ingenioso para hacerse amar. Haced lo que podais y nadie os exigirá mas. Haced las cosas de la mejor manera que os sea posible y dejaréis satisfechos y contentos á todos los que os rodeen.

Esta era la conducta del Cojuelo, tenia buen genio, hacia cuanto podia, jamás estaba impertinente, cuando su señora queria jugar él estaba listo; cuando estaba ocupada, él sabia estarse quieto. Su cojera lo hacia humilde, su bondad lo hacia alegre. Lisa lo amaba y él era feliz.

Así creció el Cojuelo y llegó á ser gato formal. Tenia la obligacion de cuidar la casa, de espantar á las ratas, y de poner en órden á los ratones. Tenia un aspecto grave y parecia comprender la responsabilidad de su posicion. Pero á pesar de eso no perdia su buen humor. La mayor parte de los gatos, cuando envejecen, se vuelven ásperos y fastidiosos, olvidan sus cabriolas y sus travesuras, sus diversiones y sus gracias, vagan de noche lanzando gritos melan-

cólicos, pasan la vida junto á la chimenea y ay! del que suele tocarles la cola.

No era así el Cojuelo. Apesar de su cojera, conservaba bastante gracia. De dia cumplia con sus obligaciones y de noche visitaba regularmente á Lisa, y la excitaba á jugar y retozar. Lisa estaba en la flor de su edad y un jóven de ojos negros iba á verla casi todas las noches. El Cojuelo al principio estuvo celoso, pero conociendo que el jóven agradaba á Lisa, comenzó á verlo sin repugnancia.

Al fin Lisa se casó con su amante: se fueron á vivir á una casa de su propiedad y el Cojuelo los acompañó. Era un gato notable, como podeis suponer. Todos notaban su cojera y hacian mil preguntas acerca de él. Lisa y su marido contaban entónces su historia y lo alababan. El Cojuelo llegó á ser muy famoso y muy estimado. Su cojera llegó á ser su fortuna; y esto consistió en que en vez de estar siempre refunfuñando y renegando de su desgracia, cumplia con sus obligaciones, tenia buen carácter y era industrioso y fiel. De manera que los defectos naturales, á fuerza de benevo-

lencia y de buen sentido, pueden convertirse en otros tantos medios de hacer fortuna y entónces es cierto que no hay mal que por bien no venga.

MARCELO Y MARCELINO.

Habia en cierto tiempo dos gemelos llamados Marcelo y Marcelino. De muy niño se asemejaban tanto que era difícil distinguirlos; pero cuando crecieron llegó á haber entre ellos una notable diferencia. Marcelo era pálido y de pelo y ojos negros; Marcelino tenia el cabello rubio, los ojos azules y un color brillante y encendido. Tambien se distinguian en el carácter: Marcelo era atrevido y aficionado á travesuras sesgosas y á empresas aventuradas; miéntras que su hermano gustaba del murmullo de las aguas, del aroma de las flores y del soplo de los vientos del estío.

Pues no obstante esta desemejanza, los dos hermanos se amaban tiernamente, y no estaban

contentos si se separaban. Marcelo, á veces, pasaba un dia entero en la montaña, persiguiendo animales silvestres entre las peñas y las hur donadas, pero en la noche se complacia en referirlo todo á Marcelino; nada le agradaba tanto como ver en el rostro de su hermano la expresion del infantil asombro con que escuchaba sus aventuras.

Y Marcelino se recreaba tambien en referir sus entretenimientos á Marcelo, quien despues de un dia de fatiga y de peligro oia con gusto á su hermano contar la delicia con que habia seguido el curso de un arroyo, deteniéndose solo á cortar las flores que con su belleza lo cautivaban.

Así pasaron dias y años, hasta que los dos niños llegaron á ser jóvenes. Fueron entónces mas marcadas sus diferencias de carácter y al fin creyeron que habia entre ellos muy poca simpatía para poder ser felices. Llegó el tiempo en que se disponian á viajar para buscar fortuna. Se veian ya con frialdad, tuvieron algunas disputas, y se separaron, creyendo que nunca volverian á unirse.

Pero muchas veces la Provideucia cuida mas de nosotros que nosotros mismos. Despues de muchos años Marcelo andaba viajando por un país montañoso, infestado de ladrones. Estaba anocheciendo, y al seguir su marcha oyó gritos de afliccion. Siguió la direccion del ruido y pronto tuvo delante de sí un terrible espectáculo. Á la luz de la luna descubrió á un jóven pálido y débil que imploraba la gracia de la vida, miéntras que un torvo bandido lo tenia en el suelo y estaba á punto de hundirle una daga en el corazon. Marcelo se acercó por detrás al bandolero y de una sola puñada lo derribó en tierra. El jóven, cuyo nombre no necesitamos decir, se levantó y dió las gracias á su libertador. Separáronse entónces, pero aunque no se habian reconocido, hubo algo en aquella escena que les interesó y ámbos sintieron no haber estado juntos mas tiempo.

Pocos meses despues, en otro país, Marcelino se alojó en una pobre posada. En la noche oyó los quejidos de un hombre en el cuarto inmediato. Sintióse conmovido y en la mañana hizo una visita al enfermo. Este estaba deli-

rando con la fiebre, y Marcelino resolvió permanecer á su lado y cuidarlo hasta que pasara la crísis. Durante cuatro dias con sus noches asistió al jóven paciente, sin desnudarse ni acostarse en todo este tiempo.

Al fin pasó la crísis y el enfermo quedó fuera de peligro. Tuvo un sueño reparador y al despertar, sus ojos negros en vez de vagar con el extraño de la enfermedad, tenian la tranquila mirada de la razon y de la salud. En este momento un extraño pensamiento agitó los corazones de ámbos jóvenes, pues cada uno conoció que habia encontrado á un hermano. Contáronse su historia y vieron que, sin saberlo, cada uno habia salvado la vida al otro. Marcelo habia libertado á su hermano de las garras del salteador en la montaña, y Marcelino con sus cuidados habia salvado á Marcelo del estrago de la fiebre.

No es menester contar al lector con cuánta ternura se abrazaron los dos hermanos y cuánto se arrepintieron de la locura de haberse separado. Conocieron entónces que á pesar de la diferencia natural de su carácter y de sus disposiciones, podian muy bien servirse mutuamente,

y contribuir cada uno á la felicidad del otro. ¡Ojalá mis jóvenes lectores aprendan en esta historia que niños de hábitos y de gustos diferentes pueden ser buenos y agradables amigos!

TRES MUNDOS.

DIÁLOGO.

Susana. Señor Roberto, quiero que me expliqueis una cosa.

Roberto. ¿Cuál?

Susana. Veo muchas veces que los libros hablan del *mundo natural*, del *mundo intelectual*: del *mundo elegante.* Estas expresiones me confunden y os agradeceré que me las expliqueis.

Roberto. Bien, lo procuraré. El *mundo natural* abraza todo lo que pertenece á la naturaleza, las montañas, los valles, las colinas, los rios, los árboles, las plantas, las flores, etc. Si miras por la ventana, ves el mundo natural como Dios lo hizo.

Susana. Entiendo eso muy bien; pero ¿qué quiere decir el *mundo intelectual*?

Roberto. Eso es una figura de retórica y significa generalmente cuanto cabe en el pensamiento. Cuando te paseas allá fuera, contemplas escenas naturales:—las colinas, los prados, los rios, los mares. Pero cuando te sientas en tu cuarto á leer ó á pensar, tu espíritu se fija en muy diferentes objetos. Tu imaginacion forma nuevos paisajes, nuevas escenas, nuevas visiones, y así el espíritu,—la inteligencia, forma nuevas regiones—una especie de mundo nuevo por sí mismo.

Susana. Ya comprendo, y el mundo intelectual significa la multitud de cosas que podemos pensar cuando estamos solos. Abraza muchas de las cosas que hemos leido, y así supongo que en los libros de Parley hay una gran parte del *mundo intelectual.*

Roberto. Bien, Susana, ese es un bonito cumplimiento. Pero mira ese cuadro. Ves que representa una turba de mariposas y moscardones vagando entre las flores. Esa es una escena de verano; y si miras hácia afuera, verás que estamos en el invierno. Las flores se han secado y ya no hay mariposas ni moscardones. Con

todo, es tal el poder del espíritu, que recordamos las escenas que vimos en el verano. La imaginacion es como un espejo que refleja las escenas que han pasado delante de él. Pero la imaginacion puede algo mas: tiene una especie de facultad creadora, puede llevar al espejo del espíritu claras y distintas representaciones de escenas que la vista jamas ha presenciado. Aunque ahora estamos aquí en el invierno, en el Brasil estan en el verano. Allí los pájaros estan cantando en la arboleda, las flores dan al viento su fragancia, las mariposas vuelan en torno de las flores, las guacamayas charlan en los bosques, los loros hablan todo género de disparates entre el ramage de los naranjos, los monos andan saltando entre los árboles. Pues bien, es perfectamente fácil: cuando yo te hago esta descripcion formas un cuadro de la escena, tan vivo como el que ves por la ventana. Por esto conocerás cuán infinito es el mundo intelectual, ó en otras palabras, cuán ricos y variados son los recursos del pensamiento! Y la ventaja de este placer del pensamiento es, que puedes gozar de él sin viages, sin gastos y sin trabajos.

En invierno puedes gozar de las delicias del verano, de la primavera y del otoño. Sentada aquí en este abrigado aposento puedes hacer que pasen delante de tí todas las naciones de la tierra, blancas y negras, cobrizas y amarillas, judías ó gentiles, los turcos, los árabes, los tártaros, los esquimales y los patagones.

Susana. Bien Sr. Roberto, creo que ya lo entiendo y os agradezco mucho las esplicaciones que me habeis dado. Supongo que ahora puedo adivinar lo que quiere decir el *mundo elegante.*

Roberto. Vamos á ver.

Susana. Supongo que significa el conjunto de todas esas personas que cuidan principalmente de la moda y que se afanan por engalanarse siguiendo siempre la última moda.

Roberto. Eso es, y creo que no hay muchacha que alguna vez no haya deseado pertenecer á ese mundo elegante y alegre de la moda.

EL TIO SIMON.

En cierta ciudad de América hace muchos años habia un hombre á quien llamaban el tio Simon. Era muy cojo, pues tenia una pierna mas chica que la otra y el pié horriblemente desfigurado. Muy pobre, era una de esas personas que careciendo de medios de vivir son mantenidas á costa de la ciudad en que residen.

Pero pobre como era y estropeado como este hombre estaba, los niños lo querian porque era muy amable con ellos, y los divertia contándoles cuentos. Aun cuando se burlaban de él y lo llamaban el pobre Simon, y el tonto Simon y Simon patituerto, él se reia y les llamaba picarillos que no sabian lo que hacian. Al fin de cuentas Simon era un hombre de buen corazon, de excelente corazon, y fortuna seria para el mundo que no

hubiera muchas gentes mas malas que él. En sus conversaciones con la familia menuda, que siempre le andaba siguiendo los pasos, ó rodeándosele, en un dia de estío á la sombra de algun árbol, les daba en pocas palabras buenos consejos, y á veces sus discursos producian beneficios duraderos á sus jóvenes y tiernos oyentes.

Para dar una idea del modo que empleaba el tio Simon para instruir á los niños, voy á ofrecer una muestra al lector. Supongamos uno de esos ardorosos dias del mes de julio, al tiempo en que los muchachos de la escuela tienen su hora de descanso al mediodia. El anciano está sentado en un banco y tiene en su derredor á ocho ó diez niños. Despues de inocentes chanzas por ámbas partes, uno de los niños pide un cuento. "Sí, sí, un cuento,—un cuento!" gritan todos los muchachos á la vez.—"Bien, bien, ¡callaos, matracas, silencio y empezaré!"

"Tal vez se os hará difícil creer que he sido niño como vosotros y que entónces tenia mis piernas tan buenas como las vuestras. Ríete cuanto quieras, Teodoro, pero lo que digo es la pura verdad. Y es preciso que lo sepas, Teodo-

ro, si vives mucho tiempo, serás tan viejo como yo. ¿Qué te parecerá entónces que todos los muchachos corran detrás de tí y te digan apodos y te hagan burla?"

Teodoro pidió perdon á Simon y este continuó: "Bien, bien, Teodoro, te perdono con todo corazon, porque no eres malo, tienes pocos años y por tanto no puedes saber mucho. Serás mas instruido cuando tengas mas experiencia de la vida. La experiencia, niños, es como una maestra de escuela, nos hace aprender queramos ó no. La prudencia nos dice que seamos buenos, que digamos la verdad, que cumplamos con nuestro deber, y que sigamos el estrecho y recto sendero de la virtud. Pero ¿qué caso hacen los niños aturdidos de la prudencia? Lo que buscan es el placer. Corren, brincan y saltan sin saber por dónde van, uno se estrella contra un poste y se lastima un ojo, otro se atora un pié y se arranca un pedazo de la uña, otro se resbala en un charco y sale cubierto de lodo como un marrano. Y pensais que todos estos son meros accidentes, contratiempos causados por la mala suerte que nada significan, ni nada ense-

ñan. Pensais así porque no teneis ningun juicio. Os instruirá, pues, el tio Simon. Todos esos golpes y esas caidas y esos moretones y esas resbaladas no son meros accidentes. Son lecciones que para vuestro bien os da la experiencia.

"Ahora, Teodoro, vas á servir de ejemplo. Antenoche, miéntras yo andaba cojeando por aquí, ví á un muchacho robándose las cerezas de los árboles de Leonardo por detrás del granero. Las cerezas casi se estan acabando, pero en la punta de una rama pequeña habia un buen racimo que el muchacho queria alcanzar. La prudencia le decia—pues la prudencia siempre está á nuestro lado dándonos consejos—la prudencia le decia: "Teodoro, no sigas adelante, mira como se dobla la rama en que estás parado; ten cuidado, sino se quiebra!" Teodoro oyó este consejo, pero no hizo caso. Se deslizó por la rama, moviendo los piés muy poco á poco y tendiendo las manos hácia las cerezas. Estarian ya sus dedos á seis pulgadas de las frutas, un esfuerzo mas y las alcanzaba. Avanzó y oyó un crugido de la rama, aunque ligero. Era todavía la voz de la prudencia haciéndose oir en

el mismo árbol. Teodoro la oyó; pero despreció la amonestacion. Extendió los dedos hasta donde pudo, llegó á tocar una de las cerezas y este fué el instante crítico; la rama volvió á crugir, la prudencia estaba ansiosa de salvar á Teodoro; pero Teodoro no queria salvarse, avanzó una pulgada mas, tenia ya en la mano las deliciosas cerezas, cuando ¡tris! tras! se rompió la rama y con ella cayó hasta el suelo el pobre Teodoro!"

Todos los niños prorumpieron en risotadas y Teodoro se rascó la cabeza. Simon continuó: "Tú piensas, Teodoro, que eso fué mero accidente, obra de la mala suerte. Y yo te digo que no hay tal cosa, porque en este mundo no hay suerte ni buena ni mala. Todo está ordenado por la Providencia, y en todo lo que sucede tenemos algo que aprender. Así es como adquirimos nuestra instruccion queramos ó no. Como decia yo, Dios nos ha dado una maestra que es la experiencia, y si no hacemos caso de sus lecciones, esta maestra nos castigará de vez en cuando. Sabes Teodorito que hacias mal en ir aprovechando la oscuridad de la noche, á robar-

te las cerezas de Leonardo. Sabes tambien que corriste un gran riesgo al treparte en una rama tan débil. Y, á pesar de todo, lo hiceste. Pues bien, la experiencia te lastimó la cabeza, como si se hubiera querido decir: 'Cuidado, Teodoro, si lo vuelves a hacer, serás castigado.' ¿Me entiendes, Teodoro?"

"Creo que sí," dijo Teodoro.

"Ahora, hijo mio, no creas que no te quiero porque he contado tu desgraciada aventura: lo he dicho para bien de todos estos niños; y para que se les grabe mas la utilidad de esa maestra que se llama experiencia, voy ahora á referir una desgracia que me pasó á mí mismo. Cuando tenia yo diez años se me clavó un espina en un pié. Ántes de eso yo era tan bien formado como cualquiera de vosotros. Ningun muchacho del pueblo podia ganarme á correr, y solo uno, á quien llamaban el saltador, podia alcanzarme brincando en un pié. Me gustaba mucho correr y cazar en los precipicios y en las barrancas, en los prados y en los bosques, en las colinas y en los valles. ¡Qué feliz era yo entónces!

Me parecia, á veces, que podia yo volar, tan

lleno así sentia yo el corazon de vida y de actividad. Soñaba que volaba y á decir verdad, me gustaban mucho aquellos sueños infantiles. Amaba yo á los animales activos y atrevidos: al perro mas ligero en la carrera, á la hermosa paloma silvestre que rápida como una flecha atravesaba el firmamento. ¡Cómo amaba yo á la traviesa ardilla, sobre todo al verla saltar de un árbol á otro, agarrándose casi de las puntas de las ramas y librándose de caer clavando sus agudas uñas en la corteza del tronco ó en el follage! ¡Oh! ¡qué feliz era yo! ¡qué hermoso me parecia el mundo! ¡qué gloriosa la salida del sol! ¡qué delicioso el crepúsculo de la tarde! Todo me encantaba y cada hora me halagaba como si me trajera frutas y flores y me ofreciera una fiesta. Entónces era yo el niño Simon—¡ahora soy el viejo Simon, el pobre Simon, el tonto Simon, Simon patituerto!"

El anciano contempló un instante su pié estropeado, una lágrima le rodó por la mejilla, y al verlo, el llantó asomó á los ojos de todos los niños. Teodoro sentia oprimida la garganta, como si se le hubiera atorado una cereza. Una

niña rubia y de ojos azules, toda tremúla se fué acercando al anciano y le dijo con voz suave y suplicante: "Querido Simon, no llores, porque nos haces llorar. No recuerdes nuestras burlas. Nunca queremos ningun mal para tí. Todos te amamos, eres el buen Simon, el querido Simon, y todos te pedimos que nos perdones."

Simon se enjugó las lágrimas con la manga raida de su vieja casaca, diciendo como reconviniéndose á si mismo: "¡Insensato! no aflijas á estas pobres criaturas que no tienen nada de malo. Dios las bendiga, particularmente á las niñas. Hay gentes que no creen en los ángeles; però yo sí creo. Esta María es uno de ellos, ó lo será en otro mundo mejor. Y los muchachos tambien, son traviesos, pero no tienen mal fondo. En todos ellos despues de todo hay mas de bueno que de malo. Si las gentes procuraran sacar de ellos lo bueno, tratándolos como criaturas amables y racionales, tendriamos mas muchachos buenos y tambien mas hombres buenos. Al ménos, esta es mi opinion. Puede que yo me equivoque. Pero ¿en qué ibamos, niños?"

Vieron los niños que Simon habia perdido el hilo de su discurso, y uno de ellos le recordó que les iba á contar un pasage de su juventud.

"Es verdad, es verdad," dijo Simon, "os voy á referir cómo me quedó estropeado este pié. Como iba diciendo, se me clavó en él una espina y se me puso muy malo. Al fin mi madre me puso una cataplasma y mi dijo que no me moviera. Yo no hice caso, porque me parecia muy difícil estarme encerrado en casa y permanecer todo el dia sentado en una silla. Así, pues, me escapé de la puerta y cuando estuve fuera del alcance de la vista de mi madre, me fuí al campo andando despacio con mi pié que llevaba la cataplasma. Como era de esperar, se me puso peor y peor. Despues de algun tiempo la enfermedad llegó al hueso y el médico me dijo que si no tenia yo mucho cuidado, seria menester amputármelo, es decir, cortármelo. De pronto me asusté y recurrí á un par de muletas, andando de modo que el pié malo no tocara el suelo. Un dia que andaba yo por el campo, llegué á la falda de una colina cubierta de yerbas y arbustos. Ví entónces un cervatillo que

levantaba la cabeza de modo que yo le veia las orejas delgadas, la nariz aguzada y los ojos chispeantes. Era muy pequeño y me miraba mas sorprendido que amedrentado. Me vino la tentacion de cazarlo; pero pensé en mi pié enfermo y recordé los consejos de mi madre. Sabia yo que era una locura y una mala accion perseguir á aquel animal; pero era tan bonito y á mí me encantaba tanto la idea de que fuera mio!

Por un momento prevalecieron los buenos pensamientos, el ciervo comenzó á olfatear el aire y dió dos ó tres pasos hácia mí. Estaria á unos véinte piés de distancia. "Un salto," pensé repentinamente, "¡y es mio!" Arrojé al suelo las muletas y me lancé sobre el animal. Huyó como un pájaro y yo lo seguí por la falda de la colina. Llegó á un arroyo y lo pasó á nado. Estaba yo tan cerca de él que casi le cogí la cola, cuando estaba en el agua. Llegó á la orilla opuesta y yo lo seguí. En pocos momentos se alejó muchísimo y desapareció entre los bosques. Yo perdí toda esperanza de alcanzarlo. Miéntras lo habia perseguido, no habia pensado en mi pié enfermo; pero despues

conocí la locura que acababa de hacer. La cataplasma se habia caido, y mi pié no solo estaba cojo, sino destrozado y ensangrentado. El dolor era intenso, perdí el sentido y caí desmayado en el suelo. Anocheció y cuando volví en mí estaba ya muy oscuro y hacia mucho frio. Yo estaba helado y creia que me iba a morir. Estaba muy débil y casi me faltaba el conocimiento. En este estado me levanté, anduve por el bosque sin saber dónde estaba, ni á dónde iba. Á la mañana siguiente me encontraron mis amigos, que muy alarmados me habian buscado toda la noche. Me llevaron á mi casa y despues de seis meses de cama, pude levantarme. Pero ¡ ay ! habian pasado para siempre los dias de mi actividad ! Quedé estropeado desde entónces y ahora soy el pobre Simon. Seguramente la Experiencia es una maestra muy severa ; pero, sin embargo, hay personas que nunca aprenden hasta que ella les da sus terribles lecciones."

LA PERLA DEL PALACIO.

En Asia y en Africa hay extensos arenales que se llaman desiertos. Algunos de ellos tie nen centenares de millas. Cuando los viageros atraviesan estos desiertos, lo hacen generalmente en grupos que se llaman caravanas. Las mas veces se usan camellos en vez de caballos, porque tienen aquellos las patas anchas y porosas que no se hunden en la arena, se alimentan con la escasísima yerba del desierto y pueden andar mucho tiempo sin beber agua. Sin embargo, no sonraras las caravanas que llevan caballos.

Se viaja de esta manera por buscar seguridad, pues las llanuras desiertas del Asia y del Africa son frecuentadas por árabes nómadas que viven de la rapiña, y que si encuentran á

peregrinos débiles ó tímidos caen sobre ellos y los despojan. Á veces los que recorren aquellas comarcas llevan consigo valiosas y ricas mercancías, pues la mayor parte del tráfico de Oriente se hace por negociantes que van de un lugar á otro, trasportando sus efectos. Sucede á veces que un solo mercader lleva consigo centenares de miles de pesos en ricos chales, sedería, oro y joyas. Si los árabes encuentran tantas riquezas, de seguro se apoderan de ellas.

Voy ahora á contarte, benévolo lector, la historia de un caravana, que podrá ofrecerte algun entretenimiento, haciéndote ver cómo es este modo de viajar y te dará alguna idea de los usos y costumbres del Levante. En Basora, gran ciudad que está en los límites occidentales de la Persia, vivia en un tiempo un hombre pobre, pero honrado, que se llamaba *Kedaya.* Era servidor del bajá ó gobernador, y vivia en su palacio. Llegó a ser su favorito y el gobernador lo hizo su consejero.

Kedaya tenia un hijo llamado Dairak, quien, al llegar á la juventud, era igualmente celebrado por la belleza de su persona, por su grande

instruccion y sus excelentes cualidades. El bajá tenia una hija encantadora que se llamaba Zulema, ó la Perla del Palacio.

Aunque Dairak y Zulema vivian en el mismo edificio, jamás se habian visto; pues allí á las mujeres no se les permite tratar con los hombres, á no ser que sean de su misma familia. Pero Dairak habia oido hablar á menudo de la amable Perla del Palacio, y Zulema tambien habia oido hablar del hermoso y gentil Dairak. Por extraño que parezca, se encuentraron, y segun la costumbre del país, se enviaron secretamente flores que expresaban sus afectos.

Al fin todo esto llegó á oidos del bajá, quien, muy encolerizado, encerró á su hija en un castillo de la ciudad, y dispuso que Dairak saliese con una caravana de mercaderes para Damasco, ciudad de la Siria que está á ocho cientos millas al Oeste de Basora. Entristecióse el jóven con la idea de su destierro, y de separarse del objeto amado que aun no habia visto. Pero llegó el momento de la partida, y viniéndose á la caravana, se puso en marcha.

La caravana se componia de cuatro cientas

personas con doscientos camellos. Las personas principales cabalgaban y las demás caminaban á pié. Unos eran comerciantes, otros viajeros, algunos sacerdotes y otros criados. Habia un grupo que constaba de un esclavo negro y de dos figuras cuyos rostros estaban velados, y por lo mismo era de suponerse que serian mujeres. Un dia, cuando Dairak iba caminando, por casualidad se encontró al lado de las dos mujeres, y una de ellas se alzó el velo y lo miró sonriéndose. Jamás habia visto un rostro tan bello, ni una expresion tan hechicera.

El corazon de Dairak palpitó violentamente, porque sabia que aquella accion de la dama era un gran favor, y además porque ella era linda como una hurí. Por algun tiempo, el jóven quedó encantado. Vió por los hilos de perlas y los diamantes que le adornaban el cabello que debia ser muy rica, y dijo para sí: "Seguramente es alguna princesa disfrazada, y, sin embargo, me favorece con sus miradas. Despues de todo, tal vez he nacido con buena suerte, aun cuando el viejo bajá me ha desterrado esperando que me maten los árabes ó una fiebre. ¡Quién

sabe! Han sucedido tantas cosas extrañas ántes de ahora. ¿No soy bien parecido? ¿no tengo buenas cualidades? ¿no estan enamoradas de mí la mitad de las jóvenes de Basora? ¿La misma Zulema no . . . ?" Aquí le faltó la voz y pensó en sus deberes para con ella, y se entristeció, recordando que ella estaba aprisionada por haberlo amado.

Continuó su camino durante dos dias con aire pensativo y evitando la presencia de la hermosa dama. Pero al fin, seguramente por casualidad, volvió á encontrarse junto á su camello. Esperaba ver que ella volviera á descubrirse el rostro, pero se engañó. Cuando iba á alejarse vió que algo se desprendió de la mano de la dama, y lo recogió. Era un retrato de una hermosa jóven que tenia aire de princesa. Estaba montado en oro y en piedras preciosas, y con estas estaba escrito un nombre. Dairak quedó asombrado al leer: *¡La Perla del Palacio!*

"Sí, ella debe ser," dijo el jóven entusiasmado, "se ha escapado de su prision y está resuelta á participar de los peligros de mi viage." Dairak sintió nueva vida desde aquel momento.

Encontró oportunidad de estar muy á menudo al lado de Zulema y aunque no se atrevia á hablarle, buscaba diversos modos para expresar sus sentimientos. Al fin, una de las veces que, por la tarde, se detenia la caravana, Dairak logró entrar á la tienda de Zulema, y los amantes se hicieron mil votos de amor y de fidelidad.

Habian trascurrido siete dias y la caravana estaba en medio de un inmenso desierto, tan plano como el mar, sin que hubiera en su superficie mas que una que otra planta de cardo, y á grandes distancias algunas palmas y un manantial. Durante el dia era intenso el calor, y por esto los viajeros caminaban de noche guiándolos las estrellas en aquel arenal sin veredas.

Estaban ya por donde andan los árabes errantes y sabian que estaban en riesgo de ser asaltados. Tenian mucha vigilancia y estaban despuestos á defenderse en caso de ataque. Dairak bien armado, lo mismo que el esclavo negro, estaba siempre cerca de Zulema y de su compañera. Los hechos probaron que no eran inútiles estas precauciones. Una mañana, poco ántes de la salida del sol, aparecieron á mucha distancia

algunos hombres á caballo. Desaparecieron instantáneamente; pero al cabo de media hora, por diferente rumbo se presentaron doscientos jinetes. Por algun tiempo parecian un enjambre de insectos vagando por el llano; pero gradualmente se fueron aproximando, y al fin, con un ímpetu terrible acometieron la línea de la caravana. En un momento todo fué terror y confusion. Brillaron espadas en el aire, se dispararon pistolas y se oyeron gritos y sollozos. Los muertos y los moribundos yacian tendidos en el suelo, y los salteadores con mano lista abrieron las cargas de los mercaderes.

Pero ¿en dónde estaban Zulema y Dairak durante este espantoso conflicto? Dairak defendió á Zulema valientemente, pero habia sido derribado de un pistoletazo y el esclavo negro habia muerto en la refriega. La dama habia sido arrebatada de su camello, puesta en un caballo ligerísimo y conducida entre los salteadores. En pocos momentos habian huido los ladrones, y poco á poco volvieron á reunirse los restos esparcidos de la caravana. Habian muerto veinte hombres, y otros tantos estaban heri-

dos. Varios camellos tambien habian muerto; y otros quedaban inutilizados.

Los viajeros caminaron con cuanta rapidez les era posible, y, al cabo de quince dias, llegaron á Damasco. En la última parte del camino Dairak habia sido llevado en litera, pues no podia andar ni á pié ni á caballo. En Damasco recobró la salud; pero le destrozaba el corazon la ansiedad por la suerte de Zulema. Pero ¿qué podia hacer? Inútil le parecia emprender buscarla, cuando podia haber sido llevada hasta los confines de la Arabia por los ladrones que de ella se habian apoderado. Miéntras deliberaba sobre esto, y aguzaba su ingenio, buscando un proyecto que diera un vislumbre de esperanza, encontró en las calles de Damasco á un hombre en traje de mercader armenio. Al fijarse en él, le pareció haberlo visto ántes, y despues de alguna reflexion, se persuadió de que era el árabe que se habia llevado á Zulema.

Con esta idea, siguió al hombre de léjos, y lo vió entrar en el palacio del gobernador. Esperó en la calle, y lo vió dirijirse á los suburbios de la ciudad, á una casa miserable. Despues de

media hora salió de allí; pero, en vez del traje de mercader armenio, llevaba el de árabe beduino. Se dirijió á una de las puertas de la ciudad, montó á caballo, y, á galope, tomó el camino del desierto.

Volviendo al palacio, el jóven cohechó á uno de los servidores, para que le proporcionara una entrevista con el consejero íntimo del gobernador. Era este un etíope, de piel tan negra como el azabache; pero tenia el rostro tan arrugado, que parecia un pedazo de tela de seda muy ajado. Servíale de turbante un rico chal de Cachemira, adornado con enormes perlas. Tenia una túnica escarlata, guarnecida de terciopelo y llena de diamantes, siendo muy notable el contraste entre la fealdad del primer ministro y la lujosa belleza de su traje.

Dairak se inclinó ante el grande hombre, y despues de regalarle una rica joya, le preguntó con qué motivo habia ido al palacio el mercader armenio. "Es tratante en esclavos," fué la respuesta, "y ha venido á ofrecer al bajá una mujer que, segun dice, excede en belleza y en gracia á las mas lindas huríes del paraíso."

"Y ¿qué ha resuelto el gobernador?" preguntó Dairak, con la mayor ansiedad. "Ha consentido en comprarla en veinte mil piastras," contestó el ministro. "Y ¿cuándo ha de estar allí?" preguntó el jóven. "Dentro de tres dias." —Dairak se inclinó de nuevo, y se retiró. Pronto combinó su plan: con cuatro personas escojidas, bien montadas y bien armadas, salió de la ciudad el tercer dia, siguiendo el mismo camino que habia tomado el pretendido mercader armenio, y, habiendo andado unas dos leguas, se ocultó entre un bosquecillo de palmas. Detúvose allí á esperar al árabe, no dudando que pasaria el llano al ir á cumplir al bajá su promesa. Pero los mejores proyectos suelen salir vanos. Terminó el dia y el árabe no pareció. Era ya de noche, y Dairak, cuya ansiedad rayaba en desesperacion, resolvió regresar á Damasco. Él y sus compañeros montaron á caballo y se pusieron en marcha. No habian andado mucho cuando vieron venir tres ginetes por el rumbo de la ciudad.

Brillaba la luna, y en medio de la claridad de la noche los objetos se distinguian tan bien

como si fuera de dia. En un momento Dairak reconoció al árabe, á quien habia estado aguardando. Era evidente que por otro camino habia llevado á Zulema á Damasco, y que habia consumado su designio de venderla al bajá. Dairak comprendió todo esto en un instante. Sin vacilar, mandó á los suyos que atacaran, y en un abrir y cerrar de ojos se encontraron en el aire las cimitarras de una y otra parte, en un conflicto mortal. Dos de los árabes cayeron y su jefe, no viendo otra esperanza, lanzó su caballo al desierto, y se puso en fuga. Los otros lo siguieron, pero solo Dairak podia alcanzar al ligero ginete. Como dos espectros el perseguidor y el perseguido parecian volar por el desierto conociendo que estaban entre la vida y la muerte.

Durante una hora continuaron corriendo; pero al fin Dairak llegó á acercarse tanto al árabe, que lo tenia á tiro de pistola. Sacó su arma y disparó; erró el golpe puesto que el árabe continuó huyendo. Dairak volvió á hacer fuego, pero sin ningun resultado. Un momento despues el árabe retrocedió y, esperando

que el jóven estuviera á muy pocos pasos, le disparó un pistoletazo. Dairak se deslizó del caballo y cayó al suelo. Su enemigo prorumpió en un alarido de triunfo, y refrenando á su enemigo. El jóven estaba tendido boca arriba, y la luna iluminándole el rostro le daba la lívida palidez de la muerte.

Muy habituado estaba el árabe á estas escenas de violencia para sentir alguna emocion. Doblando las rodillas, metió las manos en las faltriqueras del derribado jóven. Pero de repente cambió la escena. Dairak saltó con la furia del tigre, y en un momento echó garra al cuello del bedouino. Por un momento quedó este asombrado é inmóvil; pero, recobrando ánimo, asió á su antagonista con tal vigor que sus miembros parecian de acero. La lucha era como la de las panteras en medio del desierto, donde no hay mas testigos, ni mas árbitros que la fuerza. En la mortal contienda recurrian á las manos, á los brazos y á los dientes. Rugian, bramaban, se arrastraban por el suelo tan estrechamente unidos que parecian un solo ser en las angustias de la agonía.



El árabe era superior á Dairak en experiencia; pero muchas veces en el momento del peligro el instinto suple la práctica. El jóven no soltó ni un instante la garganta de su adversario, sino que lo apretaba mas y mas, hasta que el árabe parecia ya sofocarse. Buscó su puñal que llevaba oculto en el forro de la túnica. Lo encontró y lo empuñó haciéndolo brillar á la luz de la luna. Lo dejó caer, pero errando el golpe, lo dejó clavado en la arena. Un momento despues, el árabe se rendia, y Dairak, que le tenia puestas las rodillas en el pecho, era su vencedor.

Siguióse una explicacion. El árabe habia cumplido su pacto con el bajá, habia recibido el rescate, y tenia consigo las monedas de oro. ¡Zulema era esclava en el palacio del bajá!

"¡Perro! Descreido!" dijo Dairak; "debiera yo derramar tu venenosa sangre en estos matorrales, como quien aplasta una serpiente; pero mis planes requieren que te conserve yo vivo. Si es cierto lo que me has dicho, te dejaré libre, pero de otro modo, pagarás con la vida tus mentiras." Esto diciendo,

ató al árabe los brazos por detrás, lo hizo montar á caballo, y regresando á Damasco, condujo á su prisionero á la ciudad. Era ya tarde cuando llegó, y las puertas estaban cerradas; pero, con una moneda de oro, logró que le abriera el vigilante

Al dia siguiente, un personage con el aparato de un príncipe, y con un acompañamiento de doce individuos, se presentó en el palacio, pidiendo audiencia al bajá. Despues de mucho esperar y de varias ceremonias el príncipe fué admitido á la presencia del poderoso y magnífico gobernador. El príncipe, despues de saludarlo, anunció su comision, en estos términos:

"Vengo de parte de Geiber-el-Geiber, sublime señor de la rica y poderosa ciudad de Basora, á pedirle á su hermosa y amada hija, la princesa Zulema, la Perla del Palacio."

El bajá se mostró muy sorprendido.

"Majestuoso soberano de Damasco," añadió el fingido príncipe, con tono altanero y provocativo, "no afectes ignorar lo que pasa; bien sabes que has tratado con un salteador beduino

para comprar á Zulema como esclava, aunque ella misma te ha dicho su nombre y su orígen."

El bajá, muy turbado, vió si estaban cerca sus guardias. Vaciló por un momento, y despues contestó: "Me acusas sin razon. Es cierto que ayer compré á un árabe una esclava; pero es imposible que sea hija del poderoso Geiber-el-Geiber."

"¿No te lo ha dicho ella misma?" preguntó Dairak.

"Sí; pero creí que eran astucias y artificios de mujer."

El pretendido príncipe dió entónces á su rostro una expresion siniestra y sombría, y dijo: "Esto no puede sufrirse en paciencia, lo referiré en Basora, y ¡ay! de Damasco, le ha de pesar el dia en que su bajá cometió tan baja perfidia." Esto diciendo, el príncipe se acercó á la puerta.

"¡Aguarda!" dijo el gobernador, poniéndose pálido, "aguarda y arreglemos este asunto. ¿Quién eres tú?"

"El mensajero del bajá Geiber-el-Geiber."

"¿Qué prueba puedes darme de tu autoridad y de tu mision?"

"¡Esta!" y el príncipe presentó al gobernador un retrato, engastado en perlas y adornado de diamantes. El bajá examinó la pintura. "En efecto, es su retrato," dijo, "reconozco tu mision."

"Entónces, entrégame á la princesa, porque tengo órden de conducirla inmediatamente á Basora."

"Escucha," dijo el gobernador, "no te la lleves, déjala quedarse conmigo: tendrá el primer lugar en mi harem, pues ya le he dado mi corazon. Tendrá cien esclavos, será la reina del palacio, tendrá chales y joyas y riquezas para satisfacer todos sus caprichos."

"No puede ser."

"Daré á su padre cincuenta mil piastras, y otras tantas á tí. Yo te lo ruego, arreglémonos así."

El príncipe parecia vacilar.

"Arreglémonos," añadió el gobernador, "y no té daré cincuenta mil, sino ¡cien mil piastras!"

Despues de reflexionar un poco, dijo el prín-

cipe: "Voy á hacerte una proposicion: La dama irá libre al camino de Basora, á dos leguas de Damasco, tú le darás los regalos, si ella consiente en ser tu esposa, la harás volver á Basora; pero en caso contrario se irá conmigo."

"Acepto tu proposicion," dijo el gobernador; "y ¿cuándo se ha de ratificar este convenio?"

"Hoy."

"Muy pronto es," dijo el bajá;" pero hoy será. A las cuatro te espero en el Palacio de las Palmas, á una legua de la ciudad. Zulema me acompañará y yo me someteré á su decision."

Arreglado así el negocio, á la hora convenida llegó el gobernador con una escolta de veinte hombres al lugar de la cita. Dairak—pues él era el pretendido príncipe—estuvo puntual con sus doce compañeros. Apareció Zulema con el rostro cubierto con un denso velo. El bajá iba á comenzar la conferencia, cuando Dairak dijo: "Tu magnificencia parece haber olvidado ciertos preliminares importantes. Esta dama, hija del poderoso Geiber-El-Geiber, bajá de Basora, fué robada por un salteador árabe, que te la

vendió en veinte mil piastras. Yo vengo á reclamarla de parte de su padre. Has consentido en regalarle ricas alhajas, chales, turbanes, túnicas, sandalias, sortijas, brazaletes, cajas de ámbar y galas dignas de la reina del palacio de Damasco. Has consentido además en darme cien mil piastras para mí y cincuenta mil para el padre de Zulema, el esclarecido Geiber-El-Geiber. Has consentido, por último, en dejar á esta hermosa princesa en libertad de eligir entre volver á Damasco á ser tu esposa, ó marchar conmigo á Basora."

Dairak habló en voz muy clara y sonora, y aunque el rostro de Zulema estaba velado, pudo conocer que ella lo habia oido todo y que comprendia cuál era la situacion. Su corazon palpitaba de ansiedad, temiendo que ella aceptara la oferta del bajá, pero una mirada significativa de la dama, por entre la abertura del velo, calmó todos sus temores.

Cuando Dairak hubo concluido, espero que el bajá cumpliera su promesa. Este sin embargo vacilaba y no hacia mas que ver á sus guardias, que de repente se estrecharon en torno del

gobernador y de Zulema. Dairak hizo una seña y sus doce compañeros rodearon á las gentes del gobernador. El bajá estaba muy alarmado; Dairak echó mano á su cimitarra y lo mismo hicieron sus amigos. El gobernador quedó aterrado, y de mala gana ordenó que se dieran los regalos á Zulema. Eran magníficos, en verdad, y fueron recibidos por su doncella y por cinco esclavos.

El gobernador volvió á vacilar. "El tiempo es precioso," dijo Dairak enfáticamente. En el acto se entregaron á los servidores de Dairak las ciento cincuenta mil piastras en oro. Entónces se propuso la cuestion á Zulema. Siguió un silencio profundo, ansiando todos conocer su resolucion. La dama miró primero á Dairak y luego al bajá, movió entónces los lábios y dijo: "Me iré á mi padre!"

No es posible describir las distintas emociones del bajá. No podia imaginar que el corazon de una mujer resistiera á los regalos que le habia hecho y despreciara un destino como el que le ofrecia. Su asombro se convirtió en furor, y excitando á sus gentes á embestir, se precipitó

rabioso sobre Dairak. Tan repentina fué la defensa como el ataque. La espada del gobernador quedó desmontada de la empuñadura, y él bamboleando con el golpe, cayó en tierra. Sus guardias se desconcertaron, y Dairak y los suyos, aprovechando rápidamente la confusion, rodearon á Zulema y se la llevaron en triunfo.

Dairak tenia bien formado su plan, pero dejémoslo por un momento, y veamos lo que pasaba en Basora.

Viva agitacion experimentó el bajá al saber que Zulema se habia escapado de su prision. Mandó azotar á los criados de la princesa por haberse descuidado y por haber faltado á su deber. Envió mensageros en todas direcciones en pos de su hija; pero pasaron muchas semanas sin que pudiera adquirir noticia alguna, hasta que al fin, al llegar una caravana de Damasco, supo el bajá que Zulema habia torcido rumbo á aquella ciudad, pero que en el camino habia caido en poder de un famoso salteador árabe. No supo sin embargo lo que habia ocurrido despues.

El bajá estaba en la mayor afliccion: amaba

á su hija y su presencia era necesaria para su felicidad. Se echó en cara la dureza con que la habia tratado y creció su pena al conocer que él tenia la culpa de la desgracia que lo afligia. Pero ¿qué podia hacer? ¿era esclava del beduino ó habia sido llevada á algun remoto mercado para ser vendida?

Tristes eran estos pensamientos, y lo peor era que no se presentaba consuelo alguno. Todo lo que el bajá pudo hacer fué enviar mensageros á Draibekir, á Damasco, al Cairo y á otras grandes ciudades, esperando obtener algunos informes. Al fin se presentó en el palacio un mensagero, pidiendo una entrevista con el bajá, quien lo recibió desde luego. Llevaba el traje armenio; su cabello, que se desprendia de su turbante, era blanco como la nieve, lo mismo que su barba, que le llegaba á la cintura. Tenia la apariencia de la venerable ancianidad, aunque su andar era todavía firme y vigoroso.

Habia sabido la afliccion del bajá con motivo de la desaparicion de su hija, y como era hechicero iba á ofrecer sus servicios para ayudar á encontrarla.

"Y ¿por qué medios te propones auxiliar

me?" dijo el bajá, despues que el armenio hubo manifestado el objeto de su visita.

"Te haré yo otra pregunta ántes de contestarte," dijo el hichicero, "¿tienes fé en el poder de la magia?"

"No," dijo el gobernador, "pero la tendré si veo que me devuelves á mi hija."

"Eso es mas de lo que yo puedo prometer; pero puedo hacer una cosa, puedo hacer que la veas."

"¿Con qué condiciones?"

"Quinientas mil piastras."

"¡Impostor! bien sabes que esa suma es mayor que todos mis tesoros."

"Como quieras."

"Pero, propone términos mas razonables."

"No tengo otros que proponer."

"¡Quinientas mil piastras! ¡Eso es enorme! Pero escucha: devuélveme á mi hija y te daré cien mil."

"Y ¿si está muerta?"

"¿Muerta? Dímelo, cruel, ¿ha muerto mi hija? . . . Quiera saber la verdad; si ha muerto, dímelo, y déjame morir tambien."

"Me preguntas un secreto que está oculto en el fondo de mi misteriosa ciencia. Acepta mis condiciones y verás á tu hija, pero no prometo que esté viva."

"Sea enhorabuena, vea yo á mi hija y te daré cien mil piastras. No puedo soportar esta incertidumbre. Vamos, manos á la obra."

"No seas impaciente, nosotros los que hablamos con los astros, aprendemos á tener paciencia. Esta noche, á las doce, vendré por tí."

"Y ¿á dónde hemos de ir?

"A mi laboratorio, que está fuera de los muros de la ciudad."

"¿Solos?"

"Solos."

"Puedes traicionarme, puedes ser un impostor."

"Te he preguntado si tenias fé, si no la tienes, haz cuenta que no nos hemos visto. Decídete pronto, porque tengo que irme."

"Ven á las doce y te acompañaré."

A la hora convenida, llegó el armenio, y el bajá lo acompañó despues de alguna vacilacion. Salieron de la ciudad y llegaron á un pabellon

que estaba aislado entre un espeso grupo de palmas. No se veia ni una sola luz, y todo el sitio estaba envuelto en el silencio y en las tinieblas. Despues de algunas extrañas ceremonias, parecidas á las de los juglares, y hechas en la oscuridad, el armenio vendó los ojos al bajá, trémulo y agitado por un misterioso sentimiento de temor.

El mágico, despues de repetir algunas palabras en una lengua extraña, desató de repente la venda, y el espectáculo que entónces se ofreció á los ojos del bajá fué verdaderamente maravilloso. Se encontró en un salon espacioso de deslumbrante esplendor y belleza, iluminado por centenares de lámparas. El aire estaba impregnado de perfumes deliciosos y una música apacible alhagaba suavemente el oido. El bajá apénas pudo reprimir la expresion de su delicia, viendo que el hechicero tenia puesto el dedo en sus labios, en señal de silencio.

A pocos momentos un color de aurora se difundió por todo el salon. Perfumes mas suaves y música mas deliciosa regalaron los sentidos, y entónces apareció en el extremo del

aposento la figura de una muger encantadora, vestida de blanco. Fué acercándose lentamente hasta llegar al lado del bajá. Alzóse entónces el velo ¡era Zulema! En un instante cesó la música, se apagaron las luces, y la escena volvió á quedar envuelta entre tinieblas. El bajá, agobiado por la emocion, cayó al suelo y permaneció algun tiempo en completo estado de insensibilidad. Cuando volvió en sí, se encontró en su palacio. Poco á poco recordó lo que habia acontecido, y mandó llamar al armenio, quien se presentó inmediatamente.

"Estoy satisfecho," dijo el bajá, "de que no eres un impostor, ó al ménos de que tu poder es igual á tus pretensiones. Aquí estan las cien mil piastras, pues seguramente quien tanto puede, ha de poder algo mas. Ya que me has hecho ver á mi hija, devuélvemela ahora.

"¿Con qué condiciones?"

"Con las que querais."

"Solo pondré una. Vuelve conmigo esta noche al pabellon, hablarás con Zulema, y ella dirá lo que me has de dar."

El bajá aceptó esta condicion.

A media noche, él y el hechicero volvieron á la mansion solitaria rodeada de palmas. Se repitieron las mismas extrañas ceremonias, y el magnífico salon volvió á aparecer con sus lámparas, sus armas y sus armonías. Se presentó Zulema, se arrojó en brazos de su padre, y ámbos quedaron absortos en emociones tan profundas qne no pueden explicarse. Despues de algun tiempo se hablaron, y el bajá pidió á su hija la explicacion de tanto misterio.

"Voy á explicarlo todo, hasta donde me sea posible," dijo Zulema, "sabes que fuí robada por un beduino."

"Sí."

"Pues bien, despues fuí vendida como esclava al bajá de Damasco, y he sido libertada de la terrible servidumbre, por arte de un hechicero."

"¿Del armenio?"

"Del mismo, y en recompensa de este servicio me he casado con él."

"¿Eres su esposa?"

"Sí."

"Y él, ¿quién es?"

"Ya lo has visto."

"Si, pero está disfrazado. Dime, dime quién es."

"Que él sea quien hable. Aquí está."

El bajá encontró á su lado, no al armenio, sino á un jóven de distinguida apariencia. Era Dairak; el bajá pronto lo reconoció. Tomó un aire severo, pero luego la sonrisa asomó á sus labios. "Todo lo comprendo," dijo, "este es el hechicero, y dos niños se han burlado de un hombre de experiencia y del gobernador de Basora. Resignémonos, pues, á lo que ha sucedido. Dairak será reconocido como hijo mio, y ya que ha mostrado tanta habilidad para adquirir esposa, no dudo que sepa tener cuidado de ella. No soy rico, pero Zulema tendrá un buen dote.

"No," dijo Dairak, "me habeis dado la *Perla del Palacio* y no pido mas. He sido afortunado en mi expedicion á Damasco y tengo trescientas mil piastras."

Esto aumentó la satisfaccion del bajá, y todos regresaron al palacio.

EL CABALLO CON ALAS.

Un dia un pobre niño pasó por una hermosa casa y vió á otro niño de su misma edad montado en un magnífico caballo. El niño estaba ricamente vestido y el caballo se pavoneaba alegremente entre árboles altísimos y prados cubiertos de yerba.

El pobre niño suspiró y se dijo; "¿Porqué no he de tener yo un hermoso caballo y vestidos finos, y porqué no me he de pasear por campos deliciosos? ¡Cuán feliz debe ser ese niño, y yo qué miserable soy! No tiene nada que hacer sino gozar, y yo tengo que trabajar para vivir, y que vestirme con ropa ordinaria, y que comer pan moreno, y eso con bastante escasez." Y el niño pobre siguió su camino

pensando en el niño rico, y pensando en su miseria, se le entristeció el corazon. Despues de un rato, se sentó y lloró y como el tiempo estaba muy agradable se quedó dormido y tuvo un sueño.

Se le figuró que iba caminando, que entraba á un bosque y que oia una voz que lo llamaba. La siguió y llegó á una barranca agreste y solitaria. La voz era mas clara y estaba mas cerca. Poco despues vió la boca de una caverna y entró en ella. Todo estaba oscuro, pero poco á poco fue penetrando alguna luz. Entrando mas, vió un magnífico templo cuyas bóvedas se perdian en las nubes, y brillaban como si fueran de plata. Miéntras maravillado lo contemplaba, se le acercó una doncella vestida de verde, que tenia alas como lás de las aves, y que le preguntó qué queria.

El niño quedó confundido; pero volviendo en sí, dijo: "soy pobre y desgraciado. Hoy he visto á un niño rico, muy bien vestido, montado en un hermoso caballo, y me he preguntado, ¿por qué existe esta diferencia? ¿Por qué está en todo mucho mejor que yo? Estos pensa-

mientos me han entristecido y quiero morir."

"Haces mal y cometes una locura," replicó la doncella vestida de verde. Has nacido pobre y el otro niño ha nacido rico, pero la felicidad no consiste en la pobreza ni en las riquezas."

"Pues ¿en qué consiste?" preguntó el niño.

"El buen sentido y los buenos sentimientos son el orígen del contento del hombre, y el contento trae consigo la felicidad. El que es pobre puede tener buen sentido y buenos sentimientos, y por consiguiente ser feliz, miéntras que el que es rico puede carecer de estas dotes dotes y ser un miserable."

"Bien puede ser," dijo el niño, "pero lo que yo quiero es ser rico, tener un magnífico caballo y hermosos vestidos, y poder pasearme siempre que se me antoje. No me importa ser feliz ó infeliz, con tal de ser rico.

"Sea enhorabuena," dijo la doncella, "vas á hacer la prueba. Ven conmigo." Esto diciendo, condujo al niño á un espléndido edificio que parecia un palacio. Se abrió una puerta y

apareció un gran número de hermosísimos caballos. La doncella dijo al niño que escogiera uno: él los vió todos y al fin descubrió uno que tenia alas. Este animal era lindísimo, tenia la piel negra, tersa y relumbrosa, la crin y la cola largas y sedosas, y los ojos tan brillantes y expresivos que parecian los de un ser inteligente. El niño quedó encantado ánte aquel espectáculo. No se atrevia á pedir el sober-caballo, pero la doncella, adivinando su pensamiento, le dijo: "Puedes tomarlo si te gusta."

"¿De veras?" dijo el niño, "¿de veras lo puedo tomar?"

"Ciertamente, y para montar tan lindo caballo, necesitas hermosos vestidos. He aquí el trage de un caballero, es soberbio, ¿no es verdad?"

El niño se lo puso, é impaciente por probar su caballo saltó sobre la silla. Estaba á punto de partir cuando la doncella vestida de verde, haciéndole una seña con la cabeza, le dijo: "Acuérdate de que te he dicho que la felicidad no consiste en la riqueza, sino en el buen senti-

do y en los buenos sentimientos, que tanto puede tener el pobre como el rico. Pero tú has querido probar las riquezas y ya las tienes. Te he dado un caballo que te llevará de un lugar á otro con la rapidez del viento. Te doy ahora una bolsa llena de oro. Ve y prueba fortuna. Pero si no encuentras la felicidad, no me eches la culpa, pues te he advertido que no viene de las cosas exteriores, sino de la inteligencia y del corazon. Adios!"

Separáronse el niño y la doncella, y él comenzó á galopar verdaderamente extasiado. El caballo apénas tocaba el suelo, y avanzaba con un movimiento suave y agradable, y al fin desprendiéndose de la cima de una elevada colina, desplegó las alas y comenzó á volar como una águila que atraviesa los aires. Inmenso era el gozo del ginete al dejar atrás valles y montañas. "Esta es la verdadera felicidad," decia para sí, "qué necia es la jóven del vestido verde al pensar que uno puede ser feliz sin ser rico." Y pensando así, metió espuela á su caballo para que anduviera todavía mas á prisa.

Por algunas horas continuó volando, pero al

fin comenzó á cansarse y sintió hambre. "Supongo," pensó, "que puede uno cansarse y comer, aunque tenga un caballo con alas y una bolsa llena de oro." Buscó, entónces, un lugar en que detenerse. Muy abajo del valle vió una ciudad y resolvió entrar en ella. En esta direccion tiró de las riendas, pero el caballo no obedeció. El niño tiró con mas y mas fuerza, pero el caballo, léjos de detener su paso volaba con mas rapidez. Siguió volando, y á poco dejó la ciudad muy atrás. Horas tras horas el caballo continuaba su rápida carrera, y el ginete, al fin, cansado de sus esfuerzos, se entregó á la desesperacion. "¿En qué acabará esto?" decia en alta voz, "¿nunca se detendrá este animal? ¿volará hasta que yo caiga vencido por el hambre y el cansancio? ¿estoy condenado á estrellarme contra el suelo y á servir de pasto á los buitres y á los lobos? Verdaderamente esto es horrible. Tal vez la doncella del vestido verde tenia razon. Tengo un caballo que vuela, pero no sé cómo manejarlo. Tengo mucho oro, pero de nada me sirve, cuando me está llevando el demonio. ¿Qué haré? Por vida mia que de-

seo volver á la tierra con mis pobres vestidos y mis piés descalzos, y encontrarme como esta mañana. Era yo bastante feliz ántes de haber visto á aquel niño rico con su hermoso caballo. Debe ser cierto lo que me dijo la jóven. "La felicidad consiste en el contento del ánimo." Ay! lo he aprendido demasiado tarde. Veo que el poder que confieren las riquezas no solo es inútil, sino fatal para el que no sabe manejarlo. Si yo pudiera gobernar á este caballo, seria reamlente un tesoro, pero no sabiéndolo, él es quien me gobierna á mí, y yo voy á perecer en castigo de mi insensata ambicion."

Pensando así, el niño se cansó tanto que no pudo ya tenerse derecho. Se inclinó hácia adelante, y zafándose de la silla cayó, y fué bajando hasta dar en tierra, recibiendo un golpe terrible, pero afortunadamento todo habia sido un sueño. El niño despertó, se estregó los ojos y continuó su camino, pero despues, siempre que se acordaba del caballo con alas, conocia que es locura envidiar la condicion agena.

LA ENMIENDA.

A unas veinte y cinco millas al sud-este de Paris, la capital de Francia, está la antigua ciudad de Melun, situada en parte en una isleta del rio Marne y en parte en ámbas márgenes del mismo rio. Contiene ahora cerca de seis mil habitantes, pero lo que vamos á contar pasó hace mas de trescientos años, cuando la ciudad no era ni la mitad de lo que es hoy.

En 1513, un pobre curtidor llamado Amyot, tenia un hijo, á quien puso en la fuente bautismal el nombre de Santiago. Este niño llegó á la edad de nueve ó diez años, mostrando buena capacidad, pero un carácter desobediente y antojadizo. Su madre era una excelente mujer, y no solo dispensaba á su hijo el cariño y ter-

nura que debia, sino que se tomaba mucho trabajo para instruirlo en toda clase de conocimientos útiles.

Pero él no correspondia á estas bondades con su obediencia, ni con su sumision. Gustaba de hacer su voluntad y preferia perder el tiempo en subir y bajar el rio en un bote con compañeros tan descuidados é indolentes como él, á escuchar los consejos de su piadosa madre. Así por grados fué adquiriendo el hábito de resistir á las lecciones maternales y finalmente las despreció del todo, y empezó á obrar siguiendo los peligrosos impulsos de su propia voluntad. Esta mala conducta pronto le acarreó grandes embarazos. Un dia su padre lo mandó con un poco de dinero á pagar las cuentas de un hombre á quien habia comprado algunas mercancias. En lugar de desempeñar su comision, se unió á dos de sus compañeros y con ellos se fué á una excursion al rio. Llegaron á un pueblecito donde pasaron la noche entera bebiendo y jugando.

Regresaron á Melun al dia siguiente, pero Santiago habia gastado todo el dinero que le

habia dado su padre y no se atrevió á volver á su casa. Un error facilmente encuentra otro error. Santiago resolvió abandonar á sus padres y dirigirse á Paris. Salió, pues, de la ciudad; pero temiendo preguntar el camino, pronto se extravió. A los dos dias estaba agobiado de cansancio y casi exánime de hambre. Mendigó un pedazo de pan y pudo continuar algun tiempo, pero alejándose de Paris cada vez mas.

Encontróse, al fin, reducido á un estado de extrema miseria. Lo vencieron el cansancio, el hambre y el abatimiento de espíritu. Las buenas palabras de su madre no se habian perdido completamente para él. Aunque habia parecido no escucharlas, habian caido en su corazon, como semillas esparcidas en un terreno ingrato que solo necesita ser surcado para darles raíz y hacerles producir buenos frutos. La afliccion de Santiago que debia á su propia falta de juicio fué como el arado para el campo estéril: reflexionó en sus errores, conoció su desobediencia, se enterneció hasta el fondo del corazon y resolvió seguir los consejos de su madre si alguna vez se veia libre de sus miserias.

Pero ¿qué podia hacer? tenia muy pocos años; se encontraba en un lugar desconocido; habia caminado por una senda solitaria y extraviada; estaba aturdido y lo debilitaban el hambre y la fiebre. Se arrojó al suelo desesperado y deseando la muerte. Por fortuna la Providencia no lo habia abandonado. En aquel momento pasaba por allí un caballero que vió al jóven tendido en el suelo. Le habló, pero santiago no pudo responderle. El caballero se compadeció de él y lo hizo conducir á la ciudad de Orleans, que era la mas inmediata. Estuvo allí en un hospital, y á los pocos dias, pudo continuar su camino. Al despedirse, las buenas gentes del hospital le dieron doce sueldos, que equivalen á doce centavos, y además muy buenos consejos. Así pudo llegar á Paris.

En medio de la gran ciudad, sin amigos, sin profesion y sin trabajo, pronto se encontró en los mayores apuros. Un dia estando distraidamente en la puerta de un colegio, sin saber qué hacer, salió una persona y tomándolo por el mandadero le hizo algunos encargos. Santiago los desempeñó inmediatamente y así ganó dos

sueldos. De repente le asaltó un buen pensamiento. "Seré el mandadero del colegio," dijo para sí, y en breve logró serlo. Desempeñaba sus comisiones con mucha celeridad, y pronto se hizo estimar de los discípulos y de los profesores.

Escribió entónces á su madre confesando sus culpas, dándole las gracias por su bondad, y pidiéndole su perdon y el de su padre, por sus graves faltas. Al mismo tiempo le pedia permiso para permanecer en Paris donde creia poder adelantar en alguna carrera honrosa. La buena madre le contestó con mucha bondad y ternura. Lo perdonó, le dió buenos consejos y rogó á Dios que lo protegiera. Estando en buenas relaciones con sus padres Santiago, rápidamente fué mejorando su situacion. Su madre le mandaba de Melun algunas provisiones cada semana, ayudándolo en sus gastos y así pudo él comprar algunos libros. Los leyó con grande atencion y progresó de tal manera en el estudio que pronto llamó la atencion de una dama rica que vivia en las cercanías. Le dió algun dinero, y con él pudo dejar su ocupa-

cion de mandadero y entrar al colegio como estudiante. Rápidamente subió en el favor de cuantos lo conocian. Llegó á tener el primer lugar en su clase y despues de completar su educacion, se consagró á la enseñanza de la juventud. Su capacidad y su excelente carácter llegaron á noticia del rey Francisco I, quien era entusiasta admirador de los hombres de ciencia y de genio. Bajo su proteccion escribió muy buenos libros, y ocupó puestos muy importantes. Cuando llegó á adquirir fama y fortuna, parece que nunca olvidó la época de su juventud. Recordaba la caridad del hospital de Orleans, y el regalo de los doce sueldos, con que habia podido llegar á Paris, teatro de su gloria y de sus triunfos. En prueba de su gratitud dejó á aquel establecimiento un legado de *mil doscientas coronas*, es decir, cien coronas—que equivalen á cien pesos—por cada sueldo con que él habia sido socorrido.

EL ORGULLO.

Muy léjos de aquí, y hace muchísimo tiempo, vivia un hombre rico llamado Martin que tenia una hija única, cuyo nombre era Catarina. La amaba demasiado y la dejaba hacer cuanto queria. Desde muy niña se acostumbró á satisfacer todos sus antojos y caprichos.

Catarina era por naturaleza mas mala que otras muchas gentes, y la indulgencia con que era vista hacia que sus defectos llegaran á la exageracion, y que sus faltas fueran verdaderamente grandes. Entre otras cosas, Catarina era muy violenta si algo la desagradaba, se ponia colérica y hacia y decia cosas que indicaban mucha desesperacion. Tambien era muy orgullosa. Era bastante linda y tenia una

estatura alta y magestuosa. Llegó á envanecerse mucho de su buena apariencia y estaba acostumbrada á usar trages riquísimos de seda que le daban un aire noble y regio.

A pesar de todo esto, parecia que nadie amaba á Catarina. Muchas personas le tributaban una especie de respeto, y como era muy rica, estaba rodeada de muchas gentes, pero como he dicho, parecia que nadie la amaba. Esto la sorprendia mucho, pues á pesar de su orgullo, deseaba como todos hacerse amar. Al fin comenzó á sentirse infeliz y despues de mucho pensar resolvió preguntar qué debia hacer, á una buena anciana que la habia criado, y casi le servia de madre.

"Querida Juana," le dijo, "soy muy desgraciada."

"¿Vos desgraciada, señora, cuando teneis cuanto el corazon puede apetecer?" dijo Juana.

"No tengo nada de lo que apetece mi corazon," contestó Catarina, no tengo nada de lo que deseo. Soy rica, pero desprecio las riquezas. Ya me enfadan las sedas y los listones, las perlas y los diamantes.

"Qué es, pues, lo que deseais?"

"Ser amada."

"Y ¿no lo sois?"

"No, y me parece que todos me aborrecen. Es cierto que me rinden algun respecto, me saludan cortesmente y me preguntan por mi salud, pero se alejan de mí y me ven como un ente espantoso y terrible."

"Ah! señora, si yo pudiera deciros la verdad!"

"Y ¿porqué no me la dices?"

"Porque temo que os incomodeis."

"Y aún suponiendo que me incomode, ¿es esta razon para que me ocultes lo que interesa á mi felicidad?"

"¿Quereis realmente que os diga yo porqué no os aman las gentes?"

"Ciertamente."

"Bien, señora, pero sabed que lo que tengo que revelaros es verdaderamente espantoso."

"Sin embargo, dilo."

"Pues bien, mi querida señora—de veras no me atrevo."

"Dímelo, yo te lo mando."

"Os obedeceré: lo que hay es que siempre os acompaña un monstruo horroroso."

"¿Qué quieres decir?"

"La verdad, que siempre os acompaña un monstruo horroroso. Vos no lo veis, pero lo ven los demás, y de aquí proviene que les causeis miedo."

"Estás loca?"

"Nada de eso, vos sois la loca. Os persigue un monstruo que ven todos, ménos vos."

"Me agotas la paciencia. ¿En qué piensas, Juana, para burlarte así de mí?"

"Ah! señora, me lo mandasteis y debí obedeceros."

"Eres una impudente. Te pedí consejo y te has burlado de mí. Sal de mi presencia, sal inmediatamente y no me vuelvas á ver jamas.

Juana dejó á su señora, y esta se puso á llorar y sollozar. Era ya muy tarde cuando se retiró á su lecho. Al fin se quedó dormida y en sueños vió un horrible monstruo á su lado. Tenia orejas enormes, ojos saltones, lengua puntiaguda y dientes salidos y afilados. Es difícil imaginar algo mas espantoso. "Todo es ver-

dad," pensó Catarina, "he aquí el monstruo. ¡Qué criatura tan horrible! Con razon se asustan las gentes que me ven. ¡Qué orejas! ¡qué boca! ¡qué lengua! Es extraño que no lo hubiera yo visto ántes. Ay! ¡qué desgracia la mia! ¿qué haré?" Y entónces la dama en medio de su sueño enclavijó las manos, y gimió y se entregó á la desesperacion.

Cuando dispertó mandó llamar á Juana. "Perdóname," la dijo, en cuanto la vió, "todo es verdad, he visto al monstruo, lo he visto anoche y ya no me sorprende de que las gentes huyan de mí. Dime, cara amiga, dime ¿qué he de hacer?"

"Señora, cuando uno está enfermo, es una gran ventaja conocerlo. Ya que habeis visto al monstruo que os persigue y os priva del amor de los que pudieran ser vuestros amigos, tal vez podrémos encontrar medio de libraros de él."

"Habla, Juana, dime qué debo hacer."

"¿Sabeis cómo se llama ese monstruo, señora?"

"No."

"Se llama el *Orgullo*."

"¿Qué dices, Juana?"

"Digo que el monstruo se llama el *Orgullo*."

"Ay! querida Juana, ya te comprendo: quieres decir que soy orgullosa, que tengo un aire de vanidad que ofende á los demás. Este es el monstruo que me acompaña y el que ahuyenta á cuantos me conocen."

"Habeis acertado, señora, y ahora que conoceis perfectamente cuál es la dificultad, podréis removerla."

"Pero, de veras, Juana, ¿es tan ofensivo el orgullo? Yo no me lo figuraba así."

"Sí, el orgullo es muy desagradable, pero lo que os ha sucedido no es un caso raro. Muchas personas andan acompañadas del monstruo; miéntras que ellas no lo ven, lo ven los demás y procuran alejarse de él. Esto explica lo que se ve muy á menudo, que haya personas de buena apariencia, de buen talento, de buena educacion, de buena posicion en la sociedad, y que á pesar de todo nunca son amadas."

TIO TEMBLORIN.

Habia un hombre que se llamaba Timoteo, pero bebia tanto rom y tanto aguardiente que le temblaban los miembros y aun cuando no estaba tan borracho, andaba de un modo incierto y vacilante. Por esta razon adquirió el sobrenombre de *Tio Temblorin.*

Una noche de invierno, Temblorin fué á la taberna como solia, y bebió tanto que se sintió muy alegre. Era ya muy tarde, y el suelo estaba cubierto de nieve, pero él salió para irse á su casa, creyendo que de uno ú otro modo hallaria el camino como ántes

Pero cuando llegó á la callejuela que conducia á su casa, siguió adelante, levantó los ojos y quedó asombrado al ver que en lugar de su

casa habia dos enteramente iguales. "Cáspita!" dijo, "creia yo haber llegado á mi casa y solo estoy á la mitad del camino, que es donde se encuentran estas dos casas de maese Antonio y del capitan Ricardo. Hace bien frio, pero valor, Temblorin, valor, adelante, adelante que al fin has de llegar." Salió de la callejuela y siguió bamboleándose, esperando encontrar su casa á mucha distancia.

"Anduvo mas de media hora y al fin se encontró á campo raso, donde solo habia dos ó tres cedros. Estaba ya muy cansado, el licor le habia subido á la cabeza y estaba completamente embriagado. Se le figuraba que habia llegado al lugar en que habia estado su casa y que esta habia desaparecido. Mirando atónito á su derredor, le pareció oir un ruido terrible:

"Hut-tut-tut-huanac-huanac-cri-cri!" decia la voz.

"Por Dios santo! ¿qué es esto?" dijo Temblorin, estremeciéndose de piés á cabeza.

"Huanac-huanac-cri-cri!" fué la respuesta.

"Anda, anda, vete de aquí! ¿es esto lo que decis, señor?" dijo Temblorin y al mismo tiem-

po vió entre las ramas de los árboles un bulto blanco con los ojos muy saltones. Su imaginacion estaba tan exaltada que el bulto le pareció un hombre en mangas de camisa, despues lo tomó por un espíritu, aunque no era mas que una lechuza blanca.

El pájaro volvió á graznar, y Temblorin gritó muy asustado: "Ya me voy, ya me voy." Su perro lo habia seguido y estaba muy cerca de él. Viendo que su amo se dirigia á su casa, el perro se puso por delante, y Temblorin, segun su costumbre lo siguió. Ambos anduvieron ligeramente sobre la nieve, pues el susto de Temblorin lo habia curado de la embriaguez. Pronto llegaron á la callejuela que conducia á su casa; entónces Timoteo estaba en su completo juicio y resolvió volver á ir á la taberna. Pero no bien habia tomado aquella direccion, cuando oyó la misma voz que habia oido en el árbol: "Anda, anda, vete de aquí." Al mismo tiempo creyó ver los ojos saltones del bulto blanco.

"Temblorin se estremeció, pensó que realmente le hablaba un espíritu para hacerle una saludable advertencia, aconsejándole que regre-

sara á su casa. Así lo hizo, y fué tal el efecto que esta ocurrencia le causó que no volvió á probar una gota de licor. Cuatro dias despues lo juró solemnemente y cuando le preguntaron la causa, dijo que en los bosques habia oido el sermon de un predicador que aconsejaba la sobriedad, y que le habia recomendado que no volviera á la taberna.

NO PUEDO HACER ESO.

HAY una bella historia en el capítulo V. del libro II. de los Reyes, acerca de un famoso personage llamado Naaman. Era capitan del ejército del rey de Siria, y gozaba de riqueza y de poder.

Pero padecia de una enfermedad muy incómoda, la lepra, que es comun en los países orientales. Habiendo ido los sirios á la guerra, se llevaron cautivos de la tierra de Israel á una doncella que fué destinada al servicio de la esposa de Naaman.

Y ella dijo á su señora: "Quiera Dios que mi señor fuera á ver al profeta que está en Samaria, porque lo curaria de la lepra." Y uno entró y dijo á su señor: Esto y esto dice la

doncella que es de la tierra de Israel. Y el rey de Siria le dijo: "Anda, anda y te daré una carta para el rey de Israel." Y él partió llevando consigo diez talentos de plata y seis mil monedas de oro y diez mudas de ropa. Y llevó la carta al rey de Israel, diciendo: Cuando recibas esta carta, mira, te la envio con Naaman, mi servidor, para que hagas que sane de la lepra. Y sucedió que cuando el rey de Israel hubo leido la carta desgarró sus vestiduras y dijo: "¿Soy yo acaso Dios para dar la muerte ó la vida? ¿porqué me manda ese hombre á otro hombre para que sane de la lepra? Te ruego que consideres, y que veas que no me busque una querella."

Y aconteció que Elias, el hombre de Dios, supo que el rey de Israel habia desgarrado sus vestiduras, y fué á ver al rey y le dijo: "¿Porqué has desgarrado tus vestiduras? que venga á mí y sabrá que hay un profeta en Israel. Naaman fué con sus caballos y con su carro y se apeó en la casa de Elias. Y Elias le envió un mensagero diciéndole: Anda y lávate en el Jordan siete veces, y te volverá la carne

y quedarás limpio. Pero Naaman se enojó y se fué y dijo: "Mirad, yo creia que saldria á recibirme, y que invocando el nombre del Señor su Dios, extenderia la mano sobre mí y me sanaria de la lepra. ¿No son mejores los rios de Damasco, el Arana y el Pharpar, que todas las aguas de Israel? ¿Porqué lavándome en ellos, no he de quedar limpio? Dijo y se fué lleno de ira."

Así es como la Biblia refiere esta historia, que á pesar de ser de un gran personage de la antigüedad puede servir de enseñanza á los jóvenes de nuestra época, porque del mismo modo que el capitan sirio, todos nosotros gustamos de hacer las cosas como mejor nos parece, y además preferimos cumplir ciertos deberes con perjuicio de otros.

La verdad es que en casi toda nuestra conducta dejamos que nuestro orgullo, nuestros gustos y nuestras repugnancias se sobrepongan á la conciencia de nuestro deber. Rara vez nos preguntamos ¿qué debemos hacer y cómo debemos hacerlo? y rara vez obramos, segun la respuesta que nos diera la conciencia. Los que

creen que no tienen mas guia que el deber, generalmente examinan todas su obligaciones, escogen aquellas que les son mas agradables, cumplen con ellas y descuidan las demás, y aun para cumplir con nuestros deberes buscamos el modo mas agradable para nosotros, aunque no sea el mejor.

Toda esta debilidad es locura, es una verdadera desobediencia, demuestra que el corazon no está bien formado, que somos egoistas, voluntariosos y complacientes con nosotros mismos, en vez de procurar cumplir nuestros deberes honrada, fiel y sinceramente.

"Supongamos un ejemplo. Ana está enferma y su madre quiere que se cure y le propone que tome aceite de ricino.

"Oh! madre," dice Ana, "yo aborrezco el aceite de ricino."

"A nadie le gusta," dice la madre, "pero ¿no es mejor, hija mia, tomar una medicina desagradable que seguir enferma y correr el riesgo de entrar en una fiebre?"

"Pero, madre, ¿qué no hay otra cosa que haga el mismo provecho?"


ALEXANDRE DAVID

"No, hija mia," dice la madre, "lo mejor es el aceite de ricino, y enferma ó aliviada siempre debes hacer lo que se te aconseja."

"Oh! madre," replica la niña irreflexiva, "no puedo tomar el aceite de ricino, de veras, no lo puedo tomar!"

Esta niña se parece mucho á Naaman. Quiere aliviarse, pero quiere tambien hacer su voluntad. Le disgusta el aceite de castor y realmente está dispuesta á correr el riesgo de enfermarse mas, ántes que tomar una medicina que no le agrada. Así obró Naaman: queria aliviarse y tomar un baño; pero era muy orgulloso y le disgustó la idea de dar preferencia á un rio de Judea, reconociendo la inferioridad de los hermosos rios de Damasco; se negó á hacer lo que se le aconsejaba y se marchó encolerizado.

Consiste esto en que los pequeños, lo mismo que los grandes, generalmente encuentran dificultades en el cumplimiento de sus deberes, aunque de cumplirlos les resulte positivo beneficio. Casi todas las personas encuentran algo, en cada dia de su vida, que no pueden, ó mas

bien, que no quieren hacer, pero que al mismo tiempo tienen el deber de hacer.

Materia es esta muy digna de atencion, porque si no podemos hacer las cosas que debemos, en tiempo oportuno, y de la manera conveniente, aunque seamos muy activos, muy industriosos y muy enérgicos, llegarémos á encontrarnos en la vida débiles, impotentes y desgraciados.

Pero ¿cómo hemos de corregirnos de este defecto, si realmente lo tenemos? Voy á decíroslo: examinaos cuidadosamente, y cuando os encontreis con que decis interiormente: "No puedo hacer eso," considerad si se trata de un deber, y si así fuere, hacedlo inmediatamente y de la mejor manera posible. Recordad que hasta Naaman se arrepintió de su locura, se bañó en en el Jordan y sanó de sus enfermedades.

LAS LUCIERNAGAS.

DIÁLOGO.

Santiago. Mirad! mirad esas chispas que van volando!

Ana. Ah! ¿qué son?

Santiago. Parecen chispas de fuego.

Ana. Si ¿pero qué no son de fuego? Madre, decidnos, qué es lo que son.

La madre. Se llaman luciérnagas.

Santiago. ¿Son moscas ó mariposas? ¿son de fuego ó de luz?

La madre. Son pequeños insectos, y una parte de su cuerpo tiene la facultad de despedir esa luz que brilla en la oscuridad. Acaba de ponerse el sol y todavía no entra la noche. Dentro de media hora veréis volar centenares

de esos insectos que presentan un hermoso espectáculo.

Santiago. Habia yo oido hablar de las luciérnagas y habia visto ántes una ó dos, pero nunca tantas á un tiempo.

La madre. Eso consiste en que no habias estado de noche en uno de los lugares que ellos frecuentan. Les agradan los sitios húmedos como las orillas de los rios, los pantanos y los estanques. Allí las veréis volar á millares, como si anduvieran bailando, asemejándose á hadas brillantes que se entregan á juegos placenteros.

Ana. Ah! esto es maravilloso y muy agradable. Qué criaturas tan felices deben ser pudiendo volar y despedir una luz tan hermosa! Yo quisiera que no fueran insectos, sino hadas, y entónces yo tambien querria ser luciérnaga, aunque fuera por poco tiempo.

Santiago. Y ¿qué harias?

Ana. Ya sabes que no me gusta decir lo que pienso.

Santiago. Pero házme el favor de decirme qué harias si te convirtieras en luciérnaga?



Ana. De veras no sé. Pero haria yo muchas travesuras.

Santiago. ¿A quiénes?

Ana. A las otras hadas.

La madre. Ven, Ana, tengo curiosidad de saber lo que harias si te convirtieras en hada con alas y con un traje de fuego.

Ana. Pues bien, creo, creo, realmente no sé lo que creo, pero me parece una lástima que estas criaturas no sean hadas: la idea es tan agradable.

La madre. Querida Ana, tu no puedes cambiar su naturaleza. Son insectos, insectos serán siempre, pero tú, sin embargo, puedes figurártelos como mas te agrade. Yo sé una historia de una luciérnaga que se volvió hada, y vosotros con solo un esfuerzo de la imaginacion podeis convertir esos millares de insectos en esos otros lindos seres de quienes se cuentan tantas maravillas.

Santiago. Madre, contadnos, contadnos la historia.

Ana. Si, madre, contádnosla, por favor.

La madre. Es una especie de fábula. En

otro tiempo una hormiga andaba arrastrándose por entre las yerbas, cuando encontró á una luciérnaga. "Oh! oh! Señorita luciérnaga," dijo la hormiga, "¿qué andas haciendo por aquí?"

"Señora hormiga," respondió la luciérnaga, "he venido á cenar, voy á tomar un poco de esta esencia de lirio, y cuando oscurezca me reuniré con mis amigas. Tenemos esta noche un baile en el estanque vecino, y espero que nos acompañaréis un rato."

"Bien, señorita, tomad para vuestra cena un pedazo de este escarabajo, es de mucha mas sustancia que la esencia de lirio."

"Oh! señora hormiga, ¿qué decis? ¿No veis que daria mal olor á mi aliento?"

"Os pido mil perdones, no habia yo pensado en ello; pero, decidme, ¿qué haceis cuando teneis un baile?"

"Nos reunimos todas, volamos, y cada cual procura brillar con mayor esplendor.?"

"Y ¿qué mas?"

"Nada mas. Eso es todo."

"¿De veras?"

"De veras."

"Pues á mí eso me parece un poco insulso."

"¿Por qué?"

"Todo eso de nada sirve. Supongamos que sois la que mas brilla, ¿eso qué importa?"

"¿Como qué importa? Que soy la mas hermosa."

"Sí, pero todas las demás son menos hermosas. Vos podréis ser feliz sintiendo que sois la luciérnaga mas brillante del estanque, pero las otras serán infelices al sentirse eclipsadas por vos. Vuestro placer, pues, consiste en el sufrimiento de las demás."

"Sí, todo eso es verdad, pero es tan delicioso provocar la envidia de todo el mundo!"

"¿Es esto lo que os hace feliz?"

"Ciertamente." Y esto diciendo, la señorita luciérnaga tendió sus alas al viento, brillando al volar, hasta mas no poder y figurándose que con su belleza cautivaba á la hormiga. Pero la necia se equivocaba. La hormiga era sobria, pensativa, benévola, y el egoismo de la luciérnaga le habia chocado. Habiendo concluido su comida, hizo las siguientes reflexiones:

"Me alegro de haber encontrado á esta ociosa, á esta aturdida, porque me ha enseñado á resignarme á mi suerte. Muchas veces al ver á estos insectos bailando por el aire, pensé que seria glorioso brillar como ellos, y me quejé de no tener alas y de estar condenada á arrastrarme por la tierra. Pero ahora veo que mas vale así. Mi vida puede ser humilde, pero es útil. Vivo en una sociedad en que no hay envidias, ni competencias. Cada cnal en nuestra familia trabaja tanto para los demás como para sí. ¡Cuánto mejor es esto que vivir pensando solo en la ostentacion, y fundar nuestra principal delicia en hacer á otros desgraciados."

Haciendo tan prudentes reflexiones, la hormiga volvió á su agujero, se puso su gorro de dormir y se entregó al descanso. En cuanto amaneció salió á sus negocios y al irse arrastrando tropezó con un insecto muy miserable que estaba tendido en tierra. "¡Es posible!" exclamó, "¿sois vos, señorita luciérnaga?"

. "Sí, yo soy," respondió con voz desfallecida.

"Y ¿qué os ha sucedido?"

"Oh! ya no puedo mas, estoy helada hasta la muerte."

"Pero, ¿cómo ha sido eso?"

"Bailé toda la noche."

"Y estais un poco cansada, pero supongo que fuisteis la mas linda de todas las luciérnagas, y que excitasteis la envidia general, ¿no fué así?"

"Sí, así fué."

"Y por supuesto, sois muy feliz."

"Al contrario, soy muy desdichada."

"¿Por qué?"

"Voy á decíroslo. Por primera vez, fuí declarada anoche reina de las luciérnagas. La vanidad me trastornó el juicio. Seguí bailando, para deslumbrar á todos con mi brillo. Pero pronto conocí que aunque todos admiraban mi belleza, en secreto todos me aborrecian. Antes todos me amaban. Era yo querida, porque no no tenia pretensiones, pero cuando me declararon la mas linda de la fiesta me envanecí, y mi orgullo hizo que el amor que inspiraba se convirtiera en odio. Ya lo veis, mi único triunfo me ha traido el desengaño y la miseria."

Diciendo estas palabras, la luciérnaga plegó las alas y lanzó el último aliento.

"Pobrecilla!" dijo la hormiga. "Lo siento por tí, pero era demasiado tarde para el arrepentimiento. Una vida de deleites es vida de locuras y generalmente termina de esta manera. No solo es corta, sino que rara vez se encuentra el placer que se busca, y aun hallándolo, trae consigo amargos desengaños. ¡Cuánto mejor es conformarse con una existencia tranquila y útil, en que cada dia trae algo de felicidad que se aumenta con la idea de que al hacer bien á los demás, nos lo hacemos igualmente á nosotros mismos!"

Santiago. Triste es la historia, madre, y me alegro de que no sea cierta.

La madre. La historia no es cierta, pero enseña la verdad. Muchos necios son como la mariposa, y se imaginan que la felicidad consiste en el lujo y en la ostentacion. No saben que el mayor placer consiste en ser útil y en hacer el bien.

VIAJES DEL PRINCIPE POPINJAY.

El padre de este príncipe era un gran rey que vivia en Asia mil años ha, y á una distancia, cuando ménos de cuatro mil millas. Su palacio era de grande extension y sus torres estaban cubiertas de oro. Muchos de sus aposentos estaban ricamente adornados de plata y oro y de cuantas bellezas podia producir el ingenio humano. En la noche mil lámparas lo iluminaban, la música llenaba el aire y los mas deliciosos aromas se difundian en alas de la brisa. Los parques que circundaban el palacio eran inmensos y abundaban en todo género de maravillas del arte y de la naturaleza. Habia muchos jardines, unos de frutas y otros de flores. En muchos acres solo se encontraban rosas. Se

reunian las variedades mas lindas de todos los climas, las blancas, las rojas, las disciplinadas. Durante horas enteras se podia andar sin ver mas que rosas y respirar su blando perfume. Seguia el jardin de los lirios, poco ménos hermoso que el de las rosos. Habia tambien jardines de tulipanes, y de toda clase de flores bellas, gentiles y fragantes. Habia bosques de árboles que se encorvaban bajo el peso de los higos y de las naranjas, parras cargadas de racimos y abundancia de las frutas mas deliciosas. Habia bosquecillos llenos de verdura, y glorietas cubiertas de sombra y calles prolongadas y encantadoras.

Habia lagos cristalinos en que los cisnes blancos como la nieve y graciosos como las flores parecian deslizarse como puros pensamientos por una mente tranquila. Habia arroyuelos brillantes y murmuradores que jugueteando saltaban de elevadas colinas, felices imágenes de los juegos de la feliz infancia, Habia grutas escondidas, incrustadas de piedras resplandecientes, tan frescas, tan tranquilas que parecian la morada de la ninfa Eco.

En este palacio y en medio de escenas tan pintorescas pasaron los primeros años del príncipe Popinjay. Su padre le prodigaba las mayores atenciones y cuidaba de que tuviera cuanto podiese apetecer. Usaba vestidos de seda adornados con alhajas. En la mesa le servian los manjares mas delicados. Lo rodeaban criados ansiosos de satisfacer todos sus deseos.

Pero al cabo de algun tiempo, Popinjay no se sentia feliz. Llegó á cansarse del jardin de rosas, y de los lagos, y de los cisnes, y de los bosques y de los perfumes, y de los paseos y del palacio, en fin, donde ya nada le agradaba. Le aburrian los espléndidos salones, la música, las iluminaciones, los bailes, los cantos y las fiestas. Poco á poco se fué retirando de la sociedad, se alejaba de los criados que lo servian y vagaba solo por los bosques. En medio de tantos placeres, el príncipe era infeliz. Su mayor placer consistia en seguir la corriente de los rios, en meditar debajo de las sombras de los árboles y en pasar horas enteras sentado en lo mas profundo de las grutas. Este llegó á ser su retiro favorito. Entraba en una gruta

por la mañana y recorriendo sus divisiones, pasaba el dia en medio de su sombrío y maravilloso laberinto.

Aunque encontraba alguna calma en la soledad, volvia á sentirse inquieto y desasosegado. Una vez, con el corazon oprimido, pronunció claramente estas palabras: "Soy muy infeliz!" En el antro de la gruta pareció oirse una voz que le respondió: "Infeliz!" El príncipe que se creia solo, quedó asombrado al oir esta voz. "¿Quién sois?" preguntó. "¿Quién sois?" le contestaron. "Venid acá!" dijo el príncipe en tono de mando. "Venid acá, venid acá, venid acá," se oyó decir tres veces en el fondo de la gruta. Estas palabras conmovieron el corazon del jóven, le parecieron una órden, y se levantó para seguir la direccion en que venian. Pasó de un salon de la gruta á otro, y parecia que aun se oia la voz, diciendo: "Venid acá! venid acá!" Al avanzar descubrió nuevas grutas mas brillante que las primeras; parecian como el palacio de su padre, iluminadas por millares de lámparas de plata y oro.

Deleitado con el esplendor de aquel espec-

táculo y atraido por la dulce voz que lo llamaba á lo léjos, el príncipe seguia andando, y solo se detenia para contemplar los diamantes, las esmeraldas y los rubíes que esmaltaban las bóvedas de las grutas, ó para alzar las joyas que brillaban en el suelo como si una estrella se hubiera hecho pedazos, esparciendo sus fragmentos, ó para contemplar en el fondo lo que parecia un lago de diamantes fundidos, que reflejaban los objetos en su superficie. Siguió adelante, el espectáculo era mas y mas espléndido y los ecos tan suaves que parecian producir una especie de música. El aire estaba impregnado de perfumes y el soplo del estío parecia besar las mejillas dej jóven príncipe. Habia delicias para todos los sentidos. "¡Esto es encantador!" decia el príncipe, y con este pensamiento aumentaba sus goces. Anduvo mas despacio y creyó que en tal situacion podia vivir para siempre.

Transcurrieron horas tras horas y el príncipe aun se creia feliz, pero gradualmente la escena que lo rodeaba comenzó á perder su encanto. Se cansó de tanto esplendor, y la misma luz le

lastimaba los ojos. Ya no le gustaban los diamantes, los rubíes y los záfiros. "Ay!" dijo para sí, "no es esta la felicidad. Ya sabia yo ántes que el brillo no asegura la paz del alma. Estos objetos pueden fascinar los sentidos, pero hay algo dentro de mí que no queda satisfecho. Siento en el alma como hambre y sed de algo que no sea alhajas y riquezas. La felicidad debe estar en otra parte, de otro modo ¿cómo habia yo de estar anhelando por ella? El cielo que ha dispuesto el hambre y la sed del cuerpo ha llenado la tierra de alimentos y ha hecho brotar el agua de las fuentes para satisfacer estas necesidades. El cielo que ha dotado el alma de altos y nobles deseos, debe haber provisto los medios de saciarlos. ¿En dónde, en dónde encontraré los frutos inmortales que calmen mis afanes?" Quedó el jóven muy pensativo, y en tanto que meditaba lo que habia de hacer, la música cesó, y en uno de los mas recónditos antros de la caverna, apareció una leve forma que fué aproximándose al príncipe. Parecia un jóven de su edad, cubierto con una sencilla túnica de lino. Cuando estuvo muy

cerca, Popinjay le dijo: "Amable jóven, ¿quién sois y de dónde venis?"

"Me está prohibido decir mi nombre," contestó. "Básteos saber que vengo á preguntaros cuáles son vuestros deseos y á satisfaceros. Decidme qué es lo que quereis."

"Mostradme la felicidad," dijo el príncipe, "y enseñadme el modo de asegurarla."

"¿Queréis venir conmigo?" preguntó el misterioso mensagero. "Visitarémos distintos países y diversos climas, verémos á los ricos y á los pobres, á los jóvenes y á los viejos, á los alegres y á los austeros. Si podemos descubrir la felicidad, sabréis dónde existe y conoceréis el medio de alcanzarla."

Encantado quedó el príncipe con esta proposicion, y desde luego quiso realizar el proyecto que el encantador le sometia. Recibió inmediatamente un par de alas y la facultad de elevarse en el aire con solo querer. Las altas bóvedas de la caverna se abrieron para dejar pasar á los alados viajeros, quienes pronto se encontraron volando sobre un paisaje delicioso iluminado por el sol de la mañana.

El príncipe experimentó verdadero deleite ánte el espectáculo que se le ofrecia y quiso observarlo mas de cerca. Los viajeros se aproximaron á la tierra, de modo que podian distinguir claramente los objetos. En la falda de una placentera colina vieron á un pastor apacentando su ganado. Estaba sentado sobre la yerba y parecia muy pensativo; su vestido era muy tosco, pero limpio y cómodo. Las ovejas, que serian unas mil, estaban paciendo al rededor. Los corderillos saltaban y retozaban en el campo. Agradable era la escena, y el encantador proponia detenerse para ir á preguntar al pastor si era feliz. "No, no," dijo el príncipe Popinjay," yo soy príncipe y seria degradante para mí tomar consejo de un viejo y miserable pastor."

Los viajeros continuaron su vuelo. Vieron á un labrador arando su campo. A un lado estaba su casa, era de un color oscuro, pero parecia aseada y cómoda. Al rededor de la cerca habia algun ganado y grandes siembras de cebada. Varias niñas estaban jugando junto á la puerta de la casa, las mujeres estaban ordeñan-

do las vacas y las gallinas cacareando en el corral.

"¿Nos detendrémos á conversar con este labrador?" preguntó el viagero, pero el príncipe movió la cabeza y siguieron adelante. En breve llegaron á un pequeño edificio oscuro. Los viajeros bajaron y se asomaron por la ventana. Esto no es, en verdad, muy cortés, pero los príncipes y los encantadores hacen cosas muy extrañas. Vieron á una anciana sentada en una silla. Tenia los cabellos blancos y el rostro muy arrugado. A su rededor habia una docena de niños de ambos séxos. La anciana estaba enseñando á leer á uno de ellos. El niño era era de muy corta edad y apénas podia decir el abecedario. La mujer se sonreia cada vez que el niño equivocaba el nombre de las letras. "¿Entramos?" dijo el encantador. "No, no," contestó el príncipe, "ya yo aprendí las letras, y nada tiene que enseñarme esa vieja."

Los viajeros volvieron á alzar el vuelo y rápidos como las aves, continuaron su camino. Vieron á un muchacho que iba á la escuela, llevando á la espalda una bolsa de libros. Vieron

á muchos artesanos en sus talleres, á unos hilando, á otros tejiendo. Pero ninguno de ellos excitó la curiosidad del príncipe, pues le parecia que él no era de la misma raza que aquellas pobres gentes. Como era príncipe, tenia demasiado orgullo para ir á tomar consejo de los que eran sus inferiores.

Al fin llegó á impacientarse y dijo al encantador: "¿No podeis llevarme á los alcázares de los reyes?" "Muy fácilmente," contestó el encantador, y apénas hubo dicho estas palabras, cuando descubrieron á alguna distancia una magnífica ciudad. En pocos momentos la tuvieron debajo y pudieron verla, como quien examina á un mapa. Vieron sus espléndidas calles, sus lujosos edificios, sus arcos, sus estátuas y sus fuentes. En medio habia un hermoso palacio, rodeado de fértiles jardines.

El encantador tocó tres veces al príncipe con una varita de virtud, y le dijo: "Vamos á entrar al palacio: verás al rey y á su corte, estarás en su presencia, lo oirás hablar y leerás sus pensamientos; pero al propio tiempo serás invisible para él." En el acto el príncipe y su guia

se entraron en uno de los amplios aposentos del palacio. Vieron allí á un anciano con la frente surcada por la inquietud y la zozobra. El príncipe podia comprender sus pensamientos, como si pensara en voz alta. "En verdad que es pesada mi existencia," decia el monarca. "Tengo muchos palacios; pero me agobia el tener que cuidarlos. Mis rentas llegan á millones; pero son mayores los gastos de mi ejército, de mi escuadra, de mis castillos y de mi corte, y constantemente tengo deudas que no puedo pagar. Domino á treinta millones de hombres; pero me veo obligado á empobrecerlos á fuerza de impuestos y siempre estan quejándose, murmurando y procurando derrocar mi gobierno. Estoy rodeado de soldados; pero mi vida está en perpetuo peligro. Tengo lechos de pluma; pero no puedo dormir por miedo á una insurrecion.

"Tengo espléndidos carruajes, magníficos caballos y muchos servidores; pero ya una vez he sido herido y siempre que salgo temo por mi vida. Soy envidiado en el mundo entero por el esplendor que me rodea y por el poder que ejerzo; pero con gusto trocaria mi situacion por

la del mas humilde labrador entre mis vasallos. Aun cuando contemplo con orgullo la gloria que me circunda, viene á atormentarme la idea de que en breve tendré que dejarla. Ya estoy viejo, la vista se me anubla, las manos me tiemblan, me falta el apetito, me abandonan las fuerzas.

"Con todo el poder que tengo, no puedo añadir ni un año á mi vida. En este respecto no tengo ventaja alguna sobre el mas miserable de mis súbditos. Pronto descenderé al sepulcro, y entónces el rey se convertirá en polvo, lo mismo que el mendigo. ¡Ay! ay! la desgracia y la miseria invaden los palacios, lo mismo que las cabañas. Bien puedo llamarme rey, y hablar de mi sangre real y llamar á mis hijos duques y príncipes; pero no dejo de ser hombre, y en breve, lo mismo que todos mis semejantes, volveré al polvo y á la nada.

"¿No hay remedio para esto? ¿No puedo librarme de la muerte? ¿No puede todo mi oro salvarme de la tumba? No, no puede ser. Y ¿qué será de mi trono que he levantado á costa de tanto trabajo? ¿Pasará mi corona á

mis hijos? ¿Heredará mi nombre y mi fama un linage de príncipes? ¿Llegarán así hasta las futuras generaciones, para que la luz de la gloria brille sobre mi memoria? Me consolaria poder estar seguro de este resultado. Pero ¡ay! mis hijos no tienen la sabiduria de su padre. Estan llenos de orgullo y de vanidad y puedo prever que su reinado será corto é ignominioso." Levantóse el rey y se paseó con la mayor agitacion.

El príncipe quedó contristado por esta escena porque le pareció muy semejante á lo que habia visto en su país. El anciano monarca le representó á su padre inquieto y desgraciado en medio de grandes pompas é ilimitado poderío. El príncipe le hizo una seña al encantador y ámbos partieron. "Me basta con lo que he visto del poder de los reyes," dijo, "volvamos á visitar al pastor que vimos en la colina." A los pocos instantes estaban á su lado. Presentándosele como viajeros, le preguntaron si era feliz.

"La perfecta felicidad," contestó el encanecido anciano, "no es el lote de la humanidad.

Esta vida no es mas que la preparacion para la otra vida, y no puede estar libre de duras pruebas. Sin embargo, yo gozo de contento y de tranquilidad." "Y, ¿cómo asegurais estos bienes?" preguntó el príncipe. "Cumpliendo mis deberes para con Dios y los hombres," fué la respuesta. "¿No hay otro medio de ser dichoso?" dijo el príncipe. "Ningun otro," contestó el pastor, "en mi juventud recorrí muchos países y ví á los hombres en todos los climas y en todas las condiciones. He estudiado á todo el género humano desde el rey hasta el mendigo. No hay mas que una medida para todos; todos son iguales ante Dios y ante la Providencia. Cumple con tu deber y serás feliz, esta es la ley universal. Todos pueden observarla y gozar de sus beneficios; pero no hay quien pueda evadirla y asegurar su felicidad."

Los viajeros partieron. "He recibido la leccion que buscaba," dijo el príncipe. "Hasta ahora habia yo vivido en un error. Habia creido que siendo príncipe y siendo dueño de ilimitadas riquezas, podia comprar la verdadera felicidad como se compran las mercancías, con

dinero. Ahora veo que la dicha no está en las cosas exteriores, sino en el espíritu. Ahora comprendo que solo podemos ser felices, en la misma proporcion que seamos buenos." Despues de unas cuantas palabras mas, el príncipe expresó su reconocimiento á su guia, y diciéndole adios, volvió al palacio de su padre.

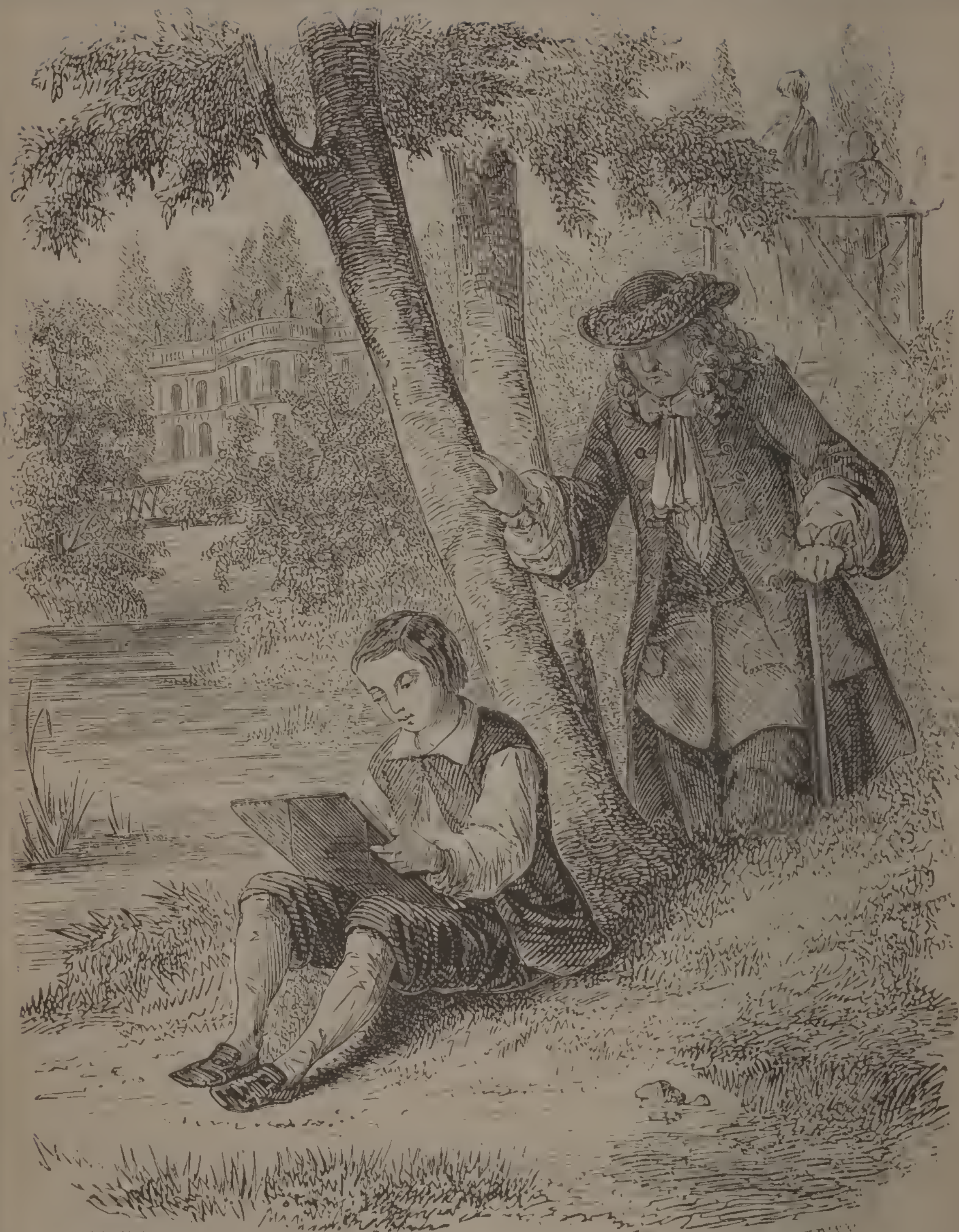
Ya no se recreaba en la vana ostentacion del poder y la riqueza, ni en las lisonjas de sus servidores. Estudió las ciencias y la historia para prepararse á desempeñar los deberes de su situacion. Despues de algunos años murió su padre y llegó á ser rey. No olvidó la leccion que le habia dado el pastor. "Procuraré cumplir mis deberes para con Dios y los hombres," decia, "porque he aprendido que este es el único medio de ser feliz, aun siendo rey." Siguió, esta saludable máxima y aun dura su fama en los países del Oriente como uno de los monarcas mas sabios y benéficos que recuerda la historia.

TOMAS CACHIVACHE.

Este era un muchacho que se llamaba Tomás, que andando el tiempo adquirió el mal nombre de Cachivache. No es difícil de contar cómo sucedió esto.

No vayas á pensar amigo lector, que Tomás era un mal muchacho; no era perverso ni de mal carácter, ni embustero, ni mal intencionado. Por el contrario, era mas bien de buena índole, honrado y de buen corazon. Pero á pesar de esto, le sucedian muchos accidentes y era para sus amigos un continuo motivo de alarmas é inquietudes.

Todo esto venia de lo que se llama *distraccion* ó *descuido.* Dos dias despues de que empezó á andar solo, se sentó en una bandeja de



jabon que estaba en el suelo, y al pararse hizo la figura mas ridícula. Exactamente una semana despues, se cayó en una tina de baño llena de ropa sucia, y de lejía. El agua estaba muy caliente y es de suponerse que cuidaria de que esto no se repitiera; pero precisamente en la misma semana le volvió á suceder lo mismo. Por ese tiempo rodó las escaleras, abollándose la cabeza en cada escalon. Cuando ménos una vez á la semana se caia de la cama, generalmente á media noche, y siempre gritando y asustándose. Un dia se echó encima una jarra de miel que estaba sobre la mesa, y el contenido le cayó en el cabello y en toda la ropa. Verdaderamente dulce estuvo Tomasillo en aquella memorable ocasion.

Cuando creció un poco mas y llegó á salir de su casa, constantemente le acontecian algunos percances. Un dia su madre lo encontró sumido en un lodazal con solo la cabeza y los brazos de fuera. Otra vez lo halló en la zahurda, donde se habia caido al saltar la cerca. Sus vestidos estaban en el mas triste estado, como es de suponerse. Por ese tiempo cogió á un

ganso y el ánsar padre le hizo un chinchon en la frente dándole un aletazo. Una semana despues quiso coger á un borrego y este lo derribó de un fuerte tope.

Seria cuento de nunca acabar, si hubiera yo de referiros todos los accidentes que por entónces le sucedieron. Nada detenia esta corriente de pequeñas desgracias. Sus padres le hacian mil advertencias que de nada le servian. Recibia golpes muy fuertes; pero la experiencia no lo curaba de su descuido habitual. Cuando queria hacer algo, no se detenia en considerar las consecuencias; iba adelante y casi siempre le costaban caras su obstinacion y su falta de reflexion.

Cuando tuvo mas años comenzó á treparse á los árboles, á saltar las cercas, á brincar de las ventanas y entónces recibió muy dolorosos porrazos. No tenia las alas ligeras de las aves, ni las agudas garras de la ardilla para librarse de las caidas. Era gordo y rollizo y cuando caia era de largo á largo. Casi todos los dias volvia á su casa con los vestidos destrozados, sin sombrero, con un zapato de ménos y con algun nuevo moreton en el cuerpo.

No es posible decir las penas que á sus padres causaba Tomás. Temian que el dia ménos pensado se rompiera la crisma, y un dia por poco se realizó este temor. Debo deciros que era muy aficionado á coger nidos de pájaros. Sus padres frecuentemente le prohibian que hiciera tal cosa; pero Tomás perseveraba en sus caprichos. Cuando le preguntaban porqué desobedecia á sus padres, siempre respondia: "¡Oh! se me olvidó!" Lo castigaban á menudo; pero nunca se enmendaba.

Al fin le sucedió un accidente muy serio. Cerca de la casa de su padre habia un olmo muy elevado, y casi de la extremidad de una de sus ramas pendia un nido de pájaros. Tomás fijó sus ansiosas miradas en este objeto, y cuando sus padres se hubieron alejado, se lanzó á cogerlo. Se trepó al árbol y subió á considerable altura hácia la parte en que estaba el nido. Ya casi lo alcanzaba y estaba á punto de alargar la mano, cuando se dobló la débil rama que lo sostenia, y él rodando por entre la parte inferior del árbol llegó hasta el suelo. Recibió muchos arañazos, y fué tal la

fuerza del golpe que lo dejó medio desmayado. Lo alzaron sus amigos y lo llevaron á su casa. Estuvo en cama cinco semanas, y uno de sus piés estaba tan lastimado que no pudo volver á estar bueno. Hubo de cojear toda su vida; pero esta triste leccion le fué provechosa. Quedó incapaz de travesuras peligrosas, llegó á conocer sus defectos, y desde entónces, en vez de gastar el tiempo en juegos peligrosos, se dedicó á los libros, fué aplicado estudiante y mas tarde llegó á ser hombre útil y respetable.

EL PRINCIPE DISFRAZADO.

HACE setecientos años el emperador de la China Chan-Kang fué destronado y asesinado por el ambicioso general Han-Tsee, quien consumó su traicion usurpando el trono imperial. La emperatriz viuda y su hijo, que era el heredero legítimo de la corona, lograron burlar las asechanzas del usurpador que deseaba apoderarse de ellos y quitarles la vida para impedir que pudieran perturbarlo en su mal adquirida dominacion.

La emperatriz y el príncipe, despues de correr muchos riesgos, llegaron á las montañas, donde encontraron la mas cordial y benévola acogida de parte de los sencillos y leales pastores. La viuda pasó allí varios años consagrán-

dose á la educacion de su hijo que se llamaba Shan-han. Se alimentaba con el tosco pan de sus pobres amigos, y privada de joyas y de sedas, se resignaba á cubrirse con las pieles de las cabras del monte. Su hijo, que habia nacido y crecido en un palacio, y habia usado las telas mas finas, se vestia con pieles de oveja ó con las mas agrestes de lobo ó de oso.

Este género de vida era provechoso para el jóven: fortalecia su constitucion, le enseñaba á contentarse con placeres sencillos; le inspiraba respeto y simpatía hácia las gentes que viven humildemente; y lo libraba de la lisonja, de los vicios y de la corrupcion de la corte. Muchas veces los príncipes son inferiores al resto de los hombres en virtudes y buenas calidades; generalmente no hay quien les exija que sean honrados, justos y sinceros, y de aquí proviene que rara vez formen parte de su carácter la probidad, la justicia y la buena fé. Pero en las montañas, el jóven Shan-han aprendia estas virtudes sencillas y varoniles.

El emperador reinante no era feliz; lo afligia el temor de que este jóven, en llegando á

ser hombre, volviera á Pekin, recobrara el cetro de sus antepasados y vengara el asesinato de su padre y la usurpacion del trono. Enviaba por tanto espías en todas direcciones en busca de los fugitivos, y cuando llegó á saber que vivian con los pastores en las montañas, despachó emisarios que á fuerza de promesas y amenazas procuraron inducir á aquellas gentes á traicionar á la emperatriz y á su hijo.

Por algun tiempo estos agentes no pudieron encontrar quien les dijera dónde estaban ocultos el príncipe y su madre; pero al cabo hallaron un hombre que convino en señalar el sitio con tal de recibir una suma equivalente á cien pesos, que pareció mucho dinero al pobre pastor. Una noche condujo á los agentes del gobierno á la choza en que estaban los fugitivos. Entraron y encontraron á las personas que buscaban. Pero era tal la miseria del espectáculo, tan pobre el trage de los regios personages, que los emisarios del gobierno se retiraron creyendo que el espía los habia engañado. No podian concebir que una mujer vestida de pieles pudiera ser la empera-

triz, y que un jóven pobre y desvalido fuera hijo de un emperador. Buscaron al hombre que, segun creian, se habia burlado de ellos, y cuando lo encontraron, le echaron una soga al cuello y lo colgaron de un árbol, donde quedó su cuerpo hasta que los cuervos separaron la carne de los huesos.

El príncipe Shan-han habia llegado á la edad de diez y ocho años. Era amado y respetado por los pastores de las montañas, y su fama de valor, de prudencia y de virtud se habia extendido tanto que habia llegado hasta el palacio. El feroz y sanguinario Han-tsee se puso furioso cuando supo que todo el pueblo hablaba del desterrado príncipe, elogiando sus cualidades. Despachó nuevos agentes á buscarlo y los amenazó con terribles castigos, si regresaban sin encontrarlo. Prometió enormes sumas de dinero á los que guiaran á sus emisarios al escondite del príncipe, y mucho mayores á los que directamente contribuyeran á su captura ó á su muerte.

Emprendióse, pues, la caza de los fugitivos, como si se tratara de fieras de los bosques. Tu-

vieron que huir de monte en monte y de cabaña en cabaña, librándose á veces por mera casualidad de ser aprehendidos, ó salvándose por circunstancias felices é inesperadas que los favorecian. Se refugiaron en una apartada caverna, cuya entrada caia á uno de los pasos de las montañas que coronan los confines de la Cambodia, y que se llamaba la Boca de la Pantera. Allí permanecieron ocultos algunas semanas llevándoles de noche qué comer el pastor que vivia en la altura mas inaccesible del monte.

Aconteció un dia que el jóven príncipe, con su maestro, que se llamaba Kaad, estaba oculto en el bosque cerca de la senda que atravesaba la hondonada de que acabamos de hablar. De repente oyeron el penetrante grito de una mujer, y Shan-han, olvidando toda precaucion, se precipitó al sitio donde se oia el acento de la aflicion. ¡Cuál seria su sorpresa y su horror al ver á una hermosa dama á punto de ser atacada por un leopardo! La fiera estaba ya armando el salto fatal sobre su presa. El jóven tenia en la mano un palo, y rápido como el pensamiento

se colocó entre el leopardo y la dama. Al saltar la fiera recibió el golpe del príncipe; quedó aturdida; pero volvió á acometer, y entónces se trabó una lucha terrible. Triunfó el jóven sin recibir mas que un araño en un brazo, y dejando al leopardo muerto á sus piés.

La jóven dama recobró el sentido, dió gracias á su libertador y partió, uniéndose á sus dos compañeras, que estaban á alguna distancia. El príncipe, seguido de su maestro, volvió á la caverna. El incidente llamó la atencion hácia aquel lugar, y los fugitivos creyeron prudente abandonar su escondite. La persecucion fué tan tenaz que Shan-han tuvo que separarse de su madre y de su maestro, y que vagar solo por remotos lugares, sin atreverse á darse á conocer á persona alguna. Habiendo llegado á una parte muy distante del país, sus circunstancias fueron tan apremiantes que se ofreció como labrador en el mercado de Kay-hong.

Un servidor de la casa de Hyan-hyn—el príncipe de aquella ciudad y de sus cercanías—fué al mercado á buscar un hombre que ayudara á conducir el palanquin de la princesa Shee-

me, hija única de Hyan-hyn. Al ver á Shan-han, le gustó su aspecto y pronto lo ajustó para el servicio de su amo. El jóven fué al palacio, y desde luego se ocupó en conducir el palanquin. Deseando la princesa tomar el aire, fué llevada por dos hombres á los magníficos jardines de su palacio, y allí se apeó del palanquin. ¡Cuál seria el asombro del príncipe al descubrir que la princesa era la dama cuya vida habia salvado del ataque del leopardo en la Boca de la Pantera!

La sorpresa del jóven fué notada por la princesa, que estaba en la flor de sus diez y siete años. A esta edad la curiosidad es muy activa, y así es de perdonársele que mirara con la mayor atencion al disfrazado príncipe. Parecia conmovida y creia reconocerlo: sin embargo, pocos momentos despues recobró su indiferencia y continuó su paseo. Volvió despues de un rato, buscando su chal. "Ya me acuerdo," dijo, "lo dejé allí en la enramada; anda, Lin, ve á buscarlo." El criado obedeció, y cuando la princesa se quedó sola con Shan-han, le dijo: "¿Os he visto ántes de ahora?"

"Sí, señora, en la Boca de la Pantera," respondió el príncipe.

"Sí, ya lo sé, bien lo recuerdo. Me salvasteis la vida, se lo contaré á mi padre y tendrá mucho gusto en recompensaros."

"Bastante recompensa es el serviros, señora."

"No hablais como un criado. Contadme vuestra historia."

"No, porque temeria perder vuestra benevolencia y quedar privado del placer de serviros."

"Os mando que hableis y me digais quién sois."

"Soy vuestro servidor, vuestro esclavo, si así lo quereis; pero mi sangre no es ménos noble que la vuestra."

"En nombre del cielo no hableis en enigmas. ¿Qué es lo que ocultais bajo tan misteriosas palabras?"

"Mi nombre inspira terror y sobresalto, si yo lo pronunciara las gentes huirian horrorizadas. Vos tambien me abandonariais me denunciariais, y tal vez me entregariais al tormento y á la muerte!"



"Entónces sois el hijo de Chan-kang, ¡sois el príncipe Shan-han!"

"Es verdad."

"Esto es terrible: ya los emisarios del emperador os andan buscando en Kay-hong. Hoy mismo he oido decir que vagabais por estos rumbos, disfrazado de labrador. ¿Qué será bueno hacer? Pero silencio, que vuelve Lin y es menester que nada sospeche. Disimulad y confiad en mí!"

La dama fué llevada al palacio, y, sin esperar á sus criadas, salió del palanquin y desapareció. Buscó á su padre y le contó lo que habia sucedido. Quedó ya admirada al ver que sus palabras eran oidas con las mas vivas señales de alegría.

"¿Qué significa esto?" preguntó.

"Voy á decírtelo, hija mia," contestó Hyan-hyn, "todo el imperio gime bajo la tiranía del monstruo Han-tsee. Está preparado un plan para destronarlo y devolver á Shan-han sus legítimos derechos. Habia yo enviado mensageros á buscarlo, y lo tengo aquí. Este es un agüero mandado por Fo, pues, como dice el

buen Confucio: "La mejor fruta es la que cae madura á nuestros piés." Y además el jóven príncipe viene recomendado por una buena accion: tiene derecho á mis servicios porque ha salvado la vida de mi hija."

"Precipitáronse los acontecimientos. Shan-han fué proclamado por el príncipe Hyan-hyn, como emperador legítimo, y la noticia voló como el viento de ciudad en ciudad y de provincia en provincia. En breve se levantó un numeroso ejército, y marchando á su cabeza el jóven emperador, llegó á los fuertes de Pekin. Detestado por los habitantes el tirano Han-tsee, no pudo ofrecer resistencia, fué alcanzado por los soldados de Shan-han en una de las mas elevadas murallas y precipitado desde allí, quedando muerto en la caida. El jóven emperador tomó posesion del palacio de sus antepasados en medio de los regocijos de su pueblo, que crecieron todavía mas al saberse que habia escogido á la bella y virtuosa Shee-me para que lo acompañara en el trono.

MORDISCO Y ALHAGO.

Estos eran dos perros que en muy poco se parecian. Mordisco era de la raza que se llama de presa; fuerte, altivo, feroz y muy orgulloso, porque el orgullo es compañero de la fuerza. No era, sin embargo, un perro malo, jamás buscaba, ni provocaba camorras; pero su vanidad lo habia hecho decir: "Nadie me insultará impunemente, daré golpe por golpe, mordida por mordida, sangre por sangre. ¡Ningun perro sacará los dientes, ni alzará la cola en mi presencia!" Así era Mordisco.

Alhago era muy diferente. Era de la raza de los mastines. En tamaño era igual á su compañero; pero tenia un aspecto mas franco, mas blando y mucho mejor carácter. Habia

algo de probidad y de buen corazon en la expresion de su cara, que le ganaba la amistad y la simpatía de cuantos lo conocian.

Los dos perros hicieron un viaje juntos. Al atravesar un bosque vieron á un cuadrúpedo, como del tamaño de un gato, que iba trotando por una de las veredas. "¿Qué es eso?" preguntó Mordisco. "No sé exactamente," contestó Alhago, aguzando las narices como si esperara una respuesta del viento. "Sea como fuere," dijo Mordisco, "es un baladron insolente, mira como va alzando la cola, como si quisiera desafiarnos. Voy á darle una leccion."

"Mejor será que tengas cuidado," dijo Alhago, "porque es un zorrillo."

"No me importa que sea tigre," dijo Mordisco, ya muy encolerizado. Se precipitó sobre el zorrillo y estaba á punto de alcanzarlo, cuando el perseguido le lanzó á la cara algo que le cegó los ojos y llenó el aire de un hedor de todos los diablos. Protegido por esta descarga, el zorrillo se retiró dejando al pobre Mordisco en la mas triste situacion. Despues de revol-

carse mucho en la yerba, se limpió un poco, aunque conservando siempre malísimo olor.

Ambos perros continuaron su camino: Mordisco mohino é impertinente, y Alhago, como siempre, alegre y de buen humor. Los perros del campo salian á encontrarlos y era curioso ver como los trataban: Alhago era siempre recibido con muchas atenciones y cortesías, miéntras Mordisco siempre andaba envuelto en una serie constante de disputas y pendencias. Alhago mostraba tan buen genio, que era difícil disgustarse con él. Cada perro que salia á saludarlo encontraba la mas cordial acogida. Alhago levantaba las orejas, movia la cola y parecia decir: "¡Buenos dias, amigo mio! qué buen tiempo hace! en qué hermoso país vivis! ¿qué tal está vuestra salud? Venid conmigo á tomar un paseo." Y así los perros lo acompañaban y le hacian fiestas y le prodigaban su amabilidad. Y aún cuando algun perrazo ladrara, y sacara los dientes, y mirara con insolencia á Alhago, él tomaba las cosas á la buena, y movia la cola de una manera tan insinuante, que nunca llegaba á armarse camorra.

Lo contrario sucedia siempre con Mordisco. Por buenos y atentos que fueran los otros perros, les encontraba algo ofensivo. Cuando alguno salia á encôntrarlo se ponia altivo y erguido, dejaba caer las orejas y levantaba la cola entiesándola como si fuera de hierro. Al mismo tiempo daba á su boca y á su nariz un aire amenazador. Sabia que aun conservaba el olor del zorrillo, y esto lo hacia tan receloso, que no bien lo olfateaba algun perro se daba por ofendido y se encolerizaba. Las mas veces resultaba de aquí una riña. Mordisco tenia tal costumbre de pelear que casi siempre salia victorioso, pero de cuando en cuando recibia terribles heridas. Ya tenia en la oreja una herida de dos pulgadas le largo, ya una docena de mordidas en el pescuezo, ya una pata tan estropeada que tenia que cojear en el camino. Además tenia la piel ensangrentada y cubierta de polvo, y con todo su orgullo, no podia á veces ni levantar la cabeza.

Se acercaba la noche cuando los viajeros llegaron á una granja solitaria. Salió á su encuentro un gran perro de Terranova. Alhago

lo recibió cordialmente y pasó adelante. Mordisco no hizo lo mismo. No bien lo olió el gran perro, cuando se alejó con aire de mucho disgusto y se volvió á la casa. Esto picó el orgullo de Mordisco, quien al instante corrió á alcanzarlo y lo atacó por detrás. El de Terranova lo rechazó con facilidad y agarrándolo del pescuezo, lo golpeó contra el suelo hasta hacerle salir sangre por la boca y por las narices. Mordisco estaba dando las últimas boqueadas, cuando Alhago, que habia oido los gemidos de su compañero, retrocedió, y poniéndose de un salto entre los combatientes logró separarlos en un instante. El perrazo se volvió tranquilamente á su jauria y despues de algun tiempo, Mordisco, ayudado por su amigo pudo levantarse con gran dificultad y continuó su camino. Como á media noche los aventureros llegaron á su casa; pero mordisco quedó estropeado para toda su vida. No podia andar bien y tenia una fea cicatriz en el labio inferior: era además una de esas criaturas que encuentran la vida llena de disgustos, que piensan que los perros nacieron para padecer, y que el dia mas feliz de la vida es

aquel en que se acaba. Por el contrario, Alhago conservó siempre su buen humor, era feliz, amaba á todos y de todos era amado. Tal era la suerte de los dos perros: uno era miserable porque tenia mal carácter, el otro era feliz porque lo tenia bueno.

Y ahora, niños y niñas no olvideis esta historia, y aprovechad la leccion que encierra. Estad seguros de que el buen humor, el buen carácter, la bondad, la amabilidad, harán la vida agradable, derramarán flores en vuestro camino; miéntras que la envidia, el despecho, la ira, la vanidad y el orgullo, producirán disgustos y zozobras, y traerán consigo las espinas de las molestias y los desengaños. De un modo conquistareis amigos, del otro no tendreis mas que enemigos.

HEIDELBERG.

Esta ciudad, famosa por su historia, por su antiguo castillo, por sus bellas cercanías, por su colegio y por un tonel que puede contener seis cientos barriles, está situada al norte del rio Neckar, en la parte de Alemania que se llama Baden. Tal vez nuestros lectores verán con gusto una corta descripcion de un lugar tan celebrado.

La ciudad está á la entrada de un tortuoso valle. Detrás hay cadenas de elevadas montañas y en frente, al otro lado del rio, campos ondulantes cubiertos de viñas, y bosques, y casas de campo.

La poblacion está inmediata al rio, y la calle principal que está inmediata tiene una milla

de largo, pero es angosta y sombría. En la plaza hay muchas iglesias y una sinagoga; la universidad en que se han educado jóvenes de diferentes países es un edificio sencillo y cuadrado que está cerca del centro de la ciudad. A poca distancia están las bibliotecas, que son muy ricas y los museos de anatomía y de zoología.

El castillo ó palacio electoral está al sur y tiene una imponente apariencia, aunque no es mas que un monton de ruinas. En parte fué quemado por los turcos en 1593, en parte derribado por el rayo en 1764, y desde entónces ha estado completamente inhabitado. No tiene techos y en medio de sus masas de piedras enmohecidas, pueden verse varios estilos de arquitectura que dan á conocer su antigüedad y las muchas vicisitudes por qué ha pasado. En el salon arruinado el pueblo tenia nn concierto sagrado cada tres años. En la bodega está el enorme tonel de que hemos hablado. Esta bodega es muy extensa y se dice que tenia avenidas y pasos subterráneos, para comunicarse con la ciudad.

Para los americanos que no tienen en su país edificios muy antiguos, es de mucho interés este castillo. Los alemanes que son muy fantásticos y se recrean con historias de paladines, de gigantes y de hadas tienen muchos monumentos derruidos por el tiempo. Todos ellos tienen su historia, pues en remotos tiempos fueron habitados por barones, por caballeros, por guerreros, por hombres feroces que pasaban la vida en cacerías, fiestas y combates. Estas historias han degenerado en fábulas á veces divertidas y que suelen ser instructivas.

Una de estas historias que tanto puede convenir al castillo de Heidelberg, como á cualquier otro, es como sigue:

Hace mucho, muchísimo tiempo vivia en el gran *Schloss* ó castillo, un gefe que se llamaba Guzzle. No se sabe si él fué quien construyó el gran tonel para guardar su vino, pero era un terrible bebedor, á pesar de ser noble. Segun la costumbre de la época, no solo bebia hasta el exceso, sino que obligaba á los que lo visitaban á que bebieran del mismo modo.

El castillo estaba lleno de extraños apo-

sentos, de oscuras escaleras, de bodegas escondidas, y de callejones tortuosos, y una noche en que Guzzle estaba muy ebrio, se perdió en medio de aquel laberinto. Reinaba la mas profunda oscuridad, y él andaba vacilando, y tropezando con piedras y escombros. Al fin cayó en un pozo profundo con un impulso terrible, lastimándose y rompiéndose la cabeza. Gimió y gritó llamandō á alguien que fuera á socorrerlo, pero no hubo quien lo oyera y nadie acudió en su auxilio. Al fin pudo ponerse en pié y el agua le subia hasta la barba. Parándose de puntillas solo podia sacar la boca y la nariz. Terrible apuro para un gran señor. En vano gritaba con todas sus fuerzas. La voz llegaba hasta el borde del pozo, pero se perdia en los oscuros y vastos aposentos del castillo.

No fué esto lo peor: á poco bajó al pozo un terrible enano de ojos verdes y saltones. Cuando Guzzle lo vió, tembló como la hoja en el árbol. El enano guardó silencio, se puso á mirar al jefe y le hizo unos gestos espantosos. El pobre hombre comenzó á darse diente con diente, quiso hablar, pero no pudo pronunciar

ni una sola palabra. Al fin llegó á decir con voz debilísima: "Socorro! socorro! ó voy á perecer!"

"Bah!" dijo el enano de los ojos verdes, "debes alegrarte de tu buena fortuna!"

"Cómo!" dijo Guzzle, atorándosele la voz en la garganta,

"Pues ¿qué? no ves que estás en una fuente de vino?" dijo el mónstruo.

"¿Es esto vino?" preguntó Guzzle algo consolado, "yo creia que era agua."

"Es el mejor vino de cuantos producen las viñas de Alemania."

"¿Eres tú su dueño?"

"Sí, y tu permanecerás aquí conmigo."

"¿Para siempre?"

"Para siempre."

"Mejor quisiera yo salir de aquí, el vino es bueno de ver de cuando en cuando; pero no me gusta remojarme en él como si fuera rata."

"Sin embargo, así lo has querido. Hace mucho tiempo que te ando vigilando. He asistido á tus festines. Te he visto de dia en dia preparándote á caer en mi poder, y ahora te he

atrapado. Yo soy el dios del vino, el espíritu de la embriaguez, el genio de la borrachera. El que una vez es mio, lo es para siempre. Crees que has caido aquí por un accidente y te equivocas. Tu conducta te ha traido de una manera inevitable, y ahora no puedes salir. Procura gozar, mantente de puntillas para no ahogarte, y con solo abrir la boca disfrutarás el placer que tanto has amado y al que te has entregado cuerpo y alma.

Habeis de saber que Guzzle era valiente y que á pesar del estrago de la embriaguez, aun conservaba mucha fuerza. Dijo al monstruo las palabras mas duras é insultantes y comenzó á procurar salir del pozo. Poniendo los piés y las manos en las hendiduras de las piedras subió hasta encontrar al enano. Tuvo con él una lucha terrible y ámbos se tiraron del cabello, se arañaron y se mordieron como mastines. Pronto el monstruo sacó la peor parte y se puso en fuga. Guzzle lo persiguió tenazmente, y estando ámbos fuera del pozo, continuaron riñendo. Empezaba á amanecer y algunos rayos de luz penetraron hasta el sombrío aposento. Guzzle

se encontró libre del monstruo y desde entónces fué tan sobrio como si hubiera jurarado no volver á beber.

Sus amigos le preguntaron la causa de su conversion, y un dia estando reunida toda su corte, contó la historia que acabamos de referir. Notó que todos sus oyentes se hacian señas y se sonreian. Poco despues apareció un enano que vivia en el palacio, y el jefe halló en él una notable semejanza con el monstruo que habia encontrado en el pozo. Nada dijo; pero sospechó que le habian hecho alguna burla, y que el enano y el monstruo eran uno mismo. Yo no he podido averiguar la verdad, pero la leccion fué buena y la historia puede contar á Guzzle entre los hombres mas sobrios, una vez que no volvió á beber mas que agua.

EL ARTISTA LEBRUN.

Es bien sabido que hay personas que desde sus primeros años muestran gusto y disposicion particular para las artes. De esto ofrece un notable ejemplo el famoso pintor Cárlos Lebrun.

Nació en Paris en 1618, siendo su padre escultor de humildes circunstancias y de escasa capacidad. Cuando Cárlos tenia apénas tres años, sus padres se admiraron viéndolo dibujar con pedazos de carbon las figuras de diferentes objetos. Estos ensayos indicaban bastante talento en el niño, y de aquí vino que lo estimularan á dar vuelo á su aficion. Adelantó muy rápidamente y fue muy interesante observar sus progresos.

Aconteció un dia, cuando sin dejar de ser niño tenia ya mas años, que su padre fué ocupado en limpiar y retocar algunas esculturas en el jardin de Seguier, uno de los grandes dignatarios de la corte. Cárlos lo acompañó y como solia, llevó consigo su lápiz y su álbum. Despues de un rato, se sentó en un rincon del jardin y comenzó á dibujar lo primero que le ocurrió. Creia estar solo, y poco á poco se fué entreteniendo tanto en su obra que no pensó en otra cosa.

Pero el dueño del jardin andaba paseándose y vió al jóven artista. Se le acercó por detrás y pudo examinar lo que estaba haciendo. Seguier era inteligente en el arte y á primera vista descubrió que el niño manejaba diestramente su lápiz. Permaneció algun tiempo admirando el dibujo que estaba haciendo, aunque el artista no sospechaba su propio mérito.

Seguier averiguó el nombre del niño y lo hizo ir á la escuela del famoso pintor Vernet. Allí el jóven aventajó á sus condiscípulos y llegó á ser superior á su mismo maestro. Fué empleado por los ministros de Estado y aun

por el célebre rey Luis XIV. Le pagaron grandes sumas de dinero y recibió de sus soberanos otras pruebas de favor. Los palacios de Versalles y de Fontaineblean contienen muchos de sus cuadros que son generalmente admirados. Sus batallas de Alejandro, abundan en grandes ideas: nadie puede contemplarlas sin sentir el gran poder del arte de la pintura y sin conmoverse ante la maravillosa fuerza de imaginacion, y los vastos conocimientos que poseia el artista.

LAS FLORES.

AUNQUE en los países del norte el mes de abril tiene muchos dias frios y desagradables, tiene algunos calientes y brillantes. Abril trae buen sol, lluvias refsescantes, brisas embalsamadas, noches encantadoras y mañanas deliciosas.

En una de esas mañanas, una niña amiga nuestra que se llamaba Catarina salió á buscar flores. La acompañaba su hermanita, y alegres con la espléndida luz del sol, anduvieron recorriendo el valle y la colina, llenas de placer. Habia pocas flores en verdad, en una que otra parte habia algunas violetas, ó una anémona tímida y entreabierta. Las dos niñas se contentaban con estas humildes recompensas de sus afanes. Si quereis saber porqué, es fácil

la respuesta. En primer lugar las niñas estaban en una alegre disposicion de ánimo, y por lo mismo dispuestas á que todo les agradara. En segundo lugar habia moderacion en sus deseos y en sus esperanzas, y por tanto eran fáciles de satisfacer. Mis jóvenes lectores, y aun los que ya no son jóvenes, si algunos no están en este caso, harán bien en recordar estas observaciones, pues envuelven una relacion de mas valor que la plata, el oro y las piedras preciosas. Nos enseñan que un espíritu tranquilo y la moderacion en los deseos nos aseguran la paz y la felicidad, sin necesidad de riquezas, de gloria ni de poder.

Catarina y su hermana continuaron su excursion contemplando con delicia el aire y la luz, la tierra y el cielo, el llano distante y el escondido valle, el bosquecillo en que cantaban las aves y la sombria soledad en que reinaba el mas completo silencio. Se sentian llenas de gusto y de esperanza. Cuanto veian era hermoso y seguian cortando flores.

Pero ¡ ay ! la senda del placer nos conduce á veces á la tumba. Así sucedió á nuestras

paseadoras. Catarina vió un magnífico grupo de flores y se detuvo para cogerlas, crecian sobre una pequeña elevacion del terreno, y estando mas expuestas al sol su color era mas vivo y sus hojas mas anchas que las de las otras. Catarina, como he dicho, se detuvo para cogerlas, tenia ya la mano encima de ellas y parecia dispuesta á llevárselas al seno, cuando repentinamente le llamó la atencion una piedra que se levantaba entre la yerba. Estaba tallada por mano del arte; tenia grabado un nombre, era una lápida sepulcral y señalaba la última morada de una persona que se habia llamado Maria.

Catarina retrocedió y muchos pensamientos le asaltaron de repente el espíritu. Le pareció que habia robado las ofrendas llevadas á la tumba por la amistad ó por el amor. Su corazon se entristeció tambien con la idea de que buscando flores habia llegado á la mansion de la muerte. Este accidente parecia advertirle que en medio de la vida estamos en presencia de la eternidad y que el sueño de la tumba es en este mundo una realidad

tan palpable como los juegos y los pasatiempos de la vida.

Ocupada con estas reflexiones, Catarina permaneció en pié al lado del sepulcro, olvidándose de su hermana. Esta la contempló algun tiempo, se le acercó, y tocándola con la mano, le dijo con voz conmovida: "Catarina, ¿porqué te has entristecido?" Catarina le explicó lo que significaban aquella elevacion del terreno, aquella piedra y aquellas violetas, y la niña hizo entónces muchas preguntas.

"Dices, Catarina, que una niña está en esta tumba?"

"Sí."

"Y ¿quién la ha puesto ahí?"

"Sus padres."

"Y ¿porqué?"

"Porque estaba muerta: no podia andar, ni hablar; tenia los labios frios, los ojos cerrados, los piés helados é inmóviles; estaba como quien duerme y ya no puede dispertar."

"Y ahora, ¿está aquí esa pobre niña?"

"Está su cuerpo, es decir, sus piés, sus manos, su cabeza, pero su alma está en el cielo."



"¿Qué es el alma?"

"Es lo que nos da la vida, lo que nos hace amar, lo que nos hace pensar. Tu alma, hermana, es lo que te hace conocer lo que es bueno y lo que es malo, lo que te hace amar á tus amigos, lo que te enseña á amar á Dios, á obedecer á nuestros padres."

"No te entiendo muy bien, Catarina."

"Cuando digo que el alma de la niña se ha ido al cielo, quiero decir que se ha ido ella misma. Ha dejado aquí sus manos y sus piés, su cuerpo terrenal, porque no necesita de él en una region tan hermosa cemo el cielo, y donde el alma es como un ángel revestido de luz."

"Y ¿á quién habrá encontrado allí?"

"Creemos y esperamos que á Jesucristo, nuestro salvador."

"¿Quién es nuestro salvador?"

"¿No has leido su historia en el Nuevo Testamento?"

"Sí, pero me pareció que era tan grande, ton glorioso, que una niña no podia comprenderlo."

"Es, en verdad, grande y glorioso; pero

¿no te acuerdas de que hay una bella narracion en el capítulo décimo de San Márcos?"

"No, cuéntamela, Catarina."

"Hace muchísimos años que nuestro Salvador vino al mundo, vivió en la remota tierra de Judea y empleaba el tiempo en curar á los enfermos, en socorrer á los desvalidos, en instruir á los ignorantes. El pueblo acudia á verlo y á recibir sus bendiciones. Un dia se le presentaron niños, seguramente sus madres querian que él los bendijera. Pero los discípulos de Cristo los empujaron y dijeron que se fueran los niños, cuando nuestro Salvador dijo: "Dejad que esos pequeñitos vengan á mí, y no los detengais porque de ellos es el reino de los cielos." Entónces abrazó tiernamente á los niños y les dió su bendicion. Así vemos que Cristo amaba á los niños. Los abrazó, les habló tiernamente, los instruyó y los bendijo. ¿Quién puede poner en duda que nuestro Salvador ha de recibir á á los niños en el cielo."

Catarina y su hermana siguieron conversando y desprendieron algunas flores de la tumba. Volvieron á su casa mas meditabundas de lo

que estaban cuando salieron á dar su paseo. Cuando llegaron á su casa pusieron el ramo de violetas que habian cogido de la tumba, en una jarra con agua, y así conservaron su frescura por algunos dias. Las dos niñas se complacian en hablar de las flores y la mas pequeña seguia haciendo preguntas acerca de las tumbas, de la muerte y del cielo, y así las violetas iban siendo mas y mas interesantes, y cuando se marchitaron, Catarina las copió en un dibujo, que iluminó y regaló á su hermana. Esta lo guardó con mucho cuidado y aunque el asunto parecia triste, envolvia muchas memorias placenteras, asemejándose á las puras violetas que nacen y florecen en la tumba de un niño.

LA POLILLA AMBICIOSA.

Esta era una polilla que vivia en un jardin entre las plantas y las flores. Una noche andaba revoleteando con sus compañeras, ya parándose en una rosa, ya chupando la miel de algun mirto. Así pasaba su vida alegremente hasta que llegó á estar envidiosa de un águila que vió cernirse en los aires en la mitad del dia. Desde entónces la polilla se sentia muy desgraciada. "¡Ay, qué infeliz es mi suerte!" decia, "¿porqué he nacido con ojos que solo ven á la hora del crepúsculo? ¿porqué tengo alas tan deleznables? ¿porqué no nací águila? Yo no puedo responder á estas preguntas; pero puedo hacer una cosa, puedo al ménos imitar al águila, puedo volar

y remontarme en los aires al medio dia; puedo tender mis alas á los rayos del sol y así llegaré á ser la envidia de las mariposas, de las polillas, de las hormigas, de las abejas y de las avispas del jardin. ¡Ea! Sus! manos á la obra!"

Esto diciendo, la polilla desplegó las alas y tendió el vuelo. Grande fué el asombro de las otras polillas al ver conducta tan extraordinaria. La ambiciosa criatura, mirando hácia abajo, se recreaba grandemente en observar la admiracion de sus semejantes. Siguió subiendo mas y mas durante media hora, al cabo de la cual llegó á la cima de una lomita, pero faltándole las fuerzas cayó al suelo. Perdióse en un espeso matorral, muy léjos de sus amigas, y donde no halló flores que le proporcionaran el sustento. Golpeó unas cuantas veces la tierra con sus alas y exhaló el último aliento.

La ambicion que nos hace descontentadizos con la suerte que nos ha deparado la Providencia, puede conducirnos á nuestra perdicion, si por ella nos dejamos dominar. Bueno y justo

es procurar mejorar de condicion por medios discretos y legítimos, pero es fatal locura recurrir á arbitrios temerarios é imprudentes para adquirir poder y riquezas, placeres y honores.

LOS TRES PRETENDIENTES.

Hara unos seis cientos años, en tiempo del famoso conquistador Gengis-kan, vivia en la costade la Tartaria oriental un potentado que se llamaba Ninganoo. Habia servido en el ejército y en la corte de Gengis, y habia logrado acumular grandes riquezas. Al fin su soberano le habia concedido el principado de la Manchooria oriental, y desde luego habia marchado á encargarse de su gobierno.

Ninganoo no era un bárbaro, aunque habia seguido la fortuna de un caudillo tan implacable con Gengis. Era hombre instruido, sabio y filósofo, al propio tiempo que gran guerrero y consumado estadista. Protegia á los hombres de ingenio, y su palacio de Kaoran, capital de

sus dominios, estaba llena de personas distinguidas en las letras ó en las armas.

Ninganoo tenia una sola hija. Era muy linda y los poetas de la corte la llamaban "Mai-moun," lo que quiere decir Angel-Rosa, dando á entender que entre los ángeles era lo que la rosa entre las flores, la mas bella y la mas agradable.

Cuando el padre llegó á la edad de sesenta años, la hija cumplió diez y nueve. Era tiempo para pensar en casarse, y en obsequio de la verdad, debemos decir que lo pensó mas de una vez. Ni podia ser de otro modo, cuando una multitud de príncipes llegaban de apartadas regiones á pedir su mano, y cuando su mismo padre manifestaba la intencion de verla desposada tan luego como encontrara un hombre digno de ser marido de tan hermosa doncella y á la vez heredero de sus dominios.

Despues de haber meditado mucho tiempo, y sin quedar completamente satisfecho, aunque habia examinado las pretenciones de ciento setenta y nueve amantes de la encantadora Mai-moun, el soberano expidió un decreto, dis-

poniendo que quien en el término de un año ejecutara la accion mas grande y mas notable, seria esposo de su hija y su propio sucesor.

La noticia se difundió en breve por la Manchooria toda y por los países adyacentes, llegando hasta las áridas y desiertas islas que estan cerca de la costa, desde el Japon hasta Kamtschatka. Inmediatamente todos los jóvenes ambiciosos se pusieron á pensar qué hechos maravillosos habian de ejecutar para aspirar con buenas probabilidades al favor de Ninganoo. Un regordete de Kamtschatka se bebió dos galones de aceite de una sola vez; un jóven de las islas Kuules enseñó á un toro marino á bailar de cabeza; un tártaro Kalmako hizo un collar con ojos de pescado; y un príncipe japonés por medio de su devanadera de rezar hizo seis cientas noventa mil oraciones en un solo mes. Un persa compuso un poema en siete volúmenes de á folio, refiriendo la ilustre prosapia del gran Ninganoo y sus hazañas en la paz y en la guerra, y añadió á su obra un pensil de flores poéticas dirigidas á Angel-Rosa. Un hindú enseñó á seis serpientes verdes á bailar en la

boca de un cocodrilo vivo, mientras él lo llevaba á la espalda tañendo una guitarra, y el monstruo llevaba el compas con la cola. Un natural de Tibet permaneció en cuclillas nueve meses con sus dias y sus noches, meditando piadosa y profundamente sobre Boodh, y alcanzando así el derecho de recibir un pequeño fragmento de la uña del dedo pulgar del gran lama. Un tártaro del desierto anduvo en un solo caballo ciento sesenta millas en un dia. Un camoodio, por sí solo, cogíó y amansó tres elefantes en muy poco tiempo; y un chino se cultivó de tal modo la cola de su pelo que llegó á darle tres vueltas al rededor de la cintura.

Estas fueron unas cuantas de las muchas maravillas ejecutadas por los aspirantes á la mano de la princesa Mai-moun. Seria imposible mencionarlas todas. Vamos, pues, á hablar solo de los tres pretendientes mas famosos en esta competencia.

El primero era un tártaro chino, llamado Shang-whang. Era de gigantesca estatura, cuando ménos de siete piés. Tenia una fuerza prodigiosa y su aspecto era terrible por la fero-

cidad de su rostro. Era hombre de mucho valor y se jactaba de ser un gran guerrero. Pensó, pues, que debia ir á la guerra entre Gengis-kan y los chinos, y realizar hazañas que lo autorizaran á pedir el galardon de la mano de Mai-Moun.

Se alistó como soldado en las huestes tártaras, y en una batalla mató nada ménos que cien chinos, de los que uno era príncipe, seis generales, y cuarenta oficiales subalternos. "Indudablemente," dijo para sí, "he consumado la proeza mas admirable del siglo, y Ninganoo no puede negarse á preferirme á cuantes se presenten."

El otro pretendiente era un buzo de perlas de la Corea, cuyo nombre era Way-wan, que quiere decir "ligero nadador." Tenia fama por sus triunfos en las difíciles y peligrosas tareas á que habia consagrado su vida, y pensó en algo que aumentara su celebridad. Cerca de la costa habia dos islas, separadas por un pequeño estrecho, cuyas aguas se precipitaban con una profunda y rápida corriente. Sobre aquella parte del mar se conservaba la tradícion de que habia una cueva de coral, que

encerraba la perla mas magnífica del mundo, y que tenia el nombre de la *Perla-Luna.* Se decia que el marinero al pasar, muchas veces veia en el fondo de la impetuosa corriente esbeltas columnas de coral que sostenian el misterioso relicario de aquella alhaja inapreciable. Se creia que las aguas inmediatas tomaban un color luminoso y argentino que provenia de la perla, cuya existencia quedaba ya comprobada y excitaba al hombre atrevido á llegar á poseerla. Siglos habian transcurrido desde que prevalecia esta creencia y centenares de buzos habian perdido la vida, buscando en vano la perla, cuya existencia seguia siendo siempre una leyenda y un misterio.

El jóven buzo de quien venimos hablando concibió la idea de bajar á aquellas aguas, y de apoderarse del famoso tesoro. Meditó en este proyecto mucho tiempo: pensó en la gloria que coronaria el éxito de semejante empresa, y se figuraba que su nombre pasaria á la posteridad como el del mas famoso buzo. La perla luna por si sola seria una fortuna, y sobre todo, con ella ganaria la mano de Mai-moun y se elevaria

á la dignidad de príncipe. No hay que extrañar que algo se le trastornara la cabeza con tan halagüeñas esperanzas, ni que permaneciera casi embriagado con sus ilusiones durante el dia y sus sueños durante la noche.

Al fin el jóven se decidió á intentar la grande empresa. Ayudado de alguno de sus mas diestros compañeros, se dirijió al estrecho y despues de los preparativos correspondientes descendió debajo del agua. Pero la corriente era tan rápida que no le dejó llegar al fondo del mar. Fué lanzado hácia arriba y se perdió de vista.

Los buzos regresaron á sus casas, contando la historia de su ambicioso compañero. Las gentes de la costa se afligieron con la pérdida de su amigo, que era en verdad, el orgullo de toda la comarca. Se reunieron en solemne procesion para demostrar su dolor con fúnebres é imponentes ceremonias. Pero cual seria su asombro cuando en medio de su duelo encontraron al jóven buzo con el rostro radiante de placer. Apénas podian creer el testimonio de sus sentidos, y al principio se figuraron

que el espíritu del jóven habia salido de las aguas para burlarse de ellos.

Pero esta fué ilusion de un momento. "¡La encontré! la encontré!" gritaba Way-wan entusiasmado. Al mismo tiempo alzaba en la mano una perla del tamaño de un huevo de gallina, resplandeciente con un fulgor como el de la luna y reflejando el color del firmamento. La escena de duelo se convirtió en un inmenso regocijo. Jamás se habia visto perla semejante, era no solo la mas grande, sino tambien la mas pura, la mas resplandeciente que habian visto los habitantes mas ancianos. Way-wan era un héroe, y todo el pueblo debia saber su historia.

Parece que él se arrojó al mar resuelto á realizar su empresa ó á perecer. Dejándose caer con extraordinario esfuerzo, llegó á ver grupos de coral que parecian árboles. Descubriendo entre ellos un espacio, bajó mas y se encontró en un bosque de coral cuyas altas ramas parecian la bóveda de un palacio encantado, sostenido por mil brillantes columnas. Al rededor habia una luz clarísima, las aguas eran

diáfanas y se movian con una apacible corriente.

El suelo era de arena brillante y á distancia entre las galerías de coral se descubrian vastos paisages que se asemejaban á las aéreas regiones que sueña la fantasía. Cerca habia un sitio que resplandecia con una luz peculiar. A él se encaminó el buzo y sobre la arena descubrió la perla. Despedia su brillo en todas direcciones y era en efecto el luminar que daba luz y esplendor á aquellas profundidades. Deslizándose en las aguas se veian delfines de muchos colores y sirenas de extraordinaria belleza, que maravilladas iban á adorar la joya sin atreverse á tocarla, ni á acercarse á ella. El buzo sintió que se le iban agotando las fuerzas, y así con un esfuerzo supremo se apoderó de la perla, y comenzó á luchar para subir á la superficie del agua. Pero en un instante se extinguió la luz del bosque de coral, y de repente el jóven perdió todo conocimiento, oyendo solo un ruido terrible como si el rayo recorriera los aires.

Encontróse despues flotando en la corriente y pudo llegar á la playa de la isla. Al volver

en sí vió que tenia la perla en la mano, y nadando hácia la tierra del continente, la llevó consigo mismo. Tal fué la narracion del audaz y afortunado aventurero, y es de suponer que sus oyentes admirados, consideraran los hechos que él referia como verdaderos milagros. No habia presuncion, en concepto de aquellos habitantes, en quien despues de haber consumado una accion tan maravillosa, aspirara á la mano de la hija de Ninganoo.

El último de los tres pretendientes aparecerá a su debido tiempo. Por ahora dirémos que entre los hombres de talento y de instruccion, habia en la corte de Kaoran un hombre llamado Ranoun, distinguido por su modestia, por su sabiduría y por sus extensos viajes. Era príncipe de Karisma, pero prefiriendo la ciencia al poder, habia enriquecido su inteligencia con todos los conocimientos del Oriente y despues habia visitado las ciudades mas famosas de Occidente, estudiando en todas partes la filosofía, y atesorando el fruto de sus indagaciones.

Al regresar á su patria oyó hablar del príncipe Ninganoo, y quiso ver la ilustracion y el

esplendor de su córte. Pronto llegó á ser un objeto de admiracion para los filósofos y llamó la atencion del mismo soberano, que escuchó con placer la narracion de sus viajes, particularmente por Europa y Africa, de aquellos países tan remotos que casi parecian fábulas de la imaginacion. Insistió en que su hija fuera su discípula, y el príncipe filósofo accedió á este deseo.

No extrañará el lector que el maestro y la discípula en poco tiempo llegaran á enamorarse. Mai-moun le parecia la mas maravillosa discípula y ella lo tenia por el mas maravilloso de los maestros. Hablaban de filosofía, de historia, de artes y al fin hablaron de amor. Ambos callaron despues de pronunciar esta palabra y en un mismo instante conocieron que esta pasion se habia apoderado de sus corazones.

¿Qué podia hacerse? Los dos sabian que el rey habia decretado que quien hiciera la mas noble hazaña seria el feliz poseedor de la mano de la princesa. El año en que debia cumplirse este decreto estaba para expirar, y los que aspiraban al premio, habian acudido ya de las cua-

tro partes del globo. La ciudad de Kaoran estaba llena de toda clase de aventureros que venian de Siberia y de los países que se extienden hasta Molaca, incluyendo al samoyeda cubierto de plumas del cabo del Norte, al cosaco de terrible lanza, del Inessi inferior, al hipsak, domador de toros, al turennano, salteador, al salvage koondooziano de la Boca del Leon, al jefe de la Bactriana con espuelas de oro, al ligero ginete de Cabul y al bizarro y gentil caballero de Suza.

Ya habian sido cuidadosamente examinadas las pretensiones de estos varios aspirantes por los jueces de la corte, grave tribunal que se componia de siete sabios del imperio, y entre todos los pretendientes habian sido escogidos dos que, fuera de toda comparacion, tenian los mejores títulos para merecer el premio. Uno habia matado á cien enemigos en una sola batalla y se llamaba Hang-wang; el otro era Way-wan y habia arrancado de las profundidades del mar la perla luna en la costa de la Corea. Estos dos, en concepto de los sabios, habian ejecutado los hechos mas nobles que se registraban en

los anales del año, y á uno de ellos debia concederse la mano de la princesa y el derecho de heredar el cetro del reino. Pero la corte estaba igualmente dividida en cuanto á los méritos relativos de estos dos pretendientes, y no pudiendo llegar á una opinion unánime, se reservó la decision del mismo Ninganoo.

En medio de la excitacion que esto causaba, los espías de la corte notificaron al rey que, la princesa, olvidando su deber, se habia enamorado de su maestro Ranoun, y que este, con inaudita audacia se habia atrevido á corresponderle su afecto. La cólera del Rey fué muy intensa, pero la ocultó bajo un velo de gran benevolencia hácia los amantes. Al mismo tiempo se propuso averiguar cuál era la gravedad de su falta. A este fin se colocó en un aposento secreto, inmediato al gabinete de la princesa, donde ella solia recibir sus lecciones, y procedió así para escuchar la conversacion del maestro y la discípula, cuando se creyeran á solas. Por algun tiempo, durante esta entrevista, Mai-moun permaneció sentada con los ojos bajos y parecia llorar amargamente. Al fin habló el maestro:

"Hermosa princesa, esta va á ser mi última leccion, ¿no quereis escucharla?"

"¿Porqué ha da ser la última?" dijo ella.

"Así lo exige el deber. Vuestro deber y tambien el mio."

"¡El deber! ¡Ah! detesto esa palabra. Siempre significa el sacrificio, es decir, privarse de algun placer é imponerse algun tormento. Siempre me habeis estado hablando del deber; vuestra filosofía, Ranoun, es dura y árida. ¿No teneis un sistema mas agradable que enseñarme?"

"¿Cuál?"

"El amor, la felicidad, el placer."

"¿Vais, por ventura, á ser mi maestra? ¿qué teneis que decir?"

"¿Me censuraréis si hablo libremente?"

"No, ya me conocéis."

"Hablaré, pues. Este decreto de mi padre es duro, cruel é injusto. ¿Qué derecho tiene para disponer de mi suerte en ese absurdo juego de azar? Mirad cual va á ser el resultado, tendré que casarme con ese monstruo de Hang-wang, ó con ese ignorante buzo de la Corea, á ménos que...."

"¿A ménos qué?"

"A ménos que muera."

"No, no hableis así."

"¡Ah! Ranoun, sois hombre y sois filósofo; os habeis educado en las escuelas y teneis el corazon de piedra. Poco sabeis de lo que pasa en el corazon de una mujer. Prefiero morir mil veces á tener por marido á ese espantoso carnicero ó á ese estúpido pescador."

"Hablais con mucha decision."

"No, no digo la mitad de lo que siento."

"¿Qué quereis decir?"

"¡Ah! Ranoun, habeis dicho que me amabais; ¡pero qué frio y qué lánguido es el amor del hombre!

"¿Qué quereis que haga?"

"¿Me permitis hablar?"

"Hablad."

"Pues bien, huyamos de este sitio; este palacio es para mí una cárcel, y llegará á ser mi sepulcro. No, no hableis, os lo mando. Partamos."

"¿A dónde?"

"A vuestro principado de Karisma, sois allí el soberano y podeis reclamar vuestro gobierno.

"Huyamos. Allí me ofreceréis una posicion digna de mi rango, y mi padre, pasado algun tiempo, aprobará nuestra union. Venid no vacileis, todo lo tengo arreglado. Tengo las llaves del palacio y las de las puertas de la ciudad. Nos aguardan guias fieles y caballos ligeros. En una hora nadie nos podrá alcanzar."

"No, querida Mai-moun, eso no puede ser, eso no debe ser. Os ruego que modereis vuestra impaciencia. Escuchadme. No soy insensible á esos placeres de la vida que nos atraen como ángeles, pero que las mas veces nos seducen y nos pierden como demonios. Hay una ley superior al placer sobre la existencia que nos ha dado Dios. Esta ley es la que yo he estudiado, la tengo grabada en el corazon y debo obedecerla. He procurado instruirme en esta profunda y sublime filosofía. En mis viajes al Occidente estuve en Aténas, que hoy está en ruinas; pero que fué en otro tiempo una ciudad rica é ilustrada. Allí encontré una pequeña capilla, donde se dice que un famoso predicador llamado Pablo instruia á sus correli-

gionarios hace doce siglos. Desde entónces aquella capilla fué consagrada á la propagacion de las doctrinas que él enseñó. De un piadoso sacerdote de aquella ciudad aprendí el sagrado código de filosofía que despues he practicado. su esencia está en una sola máxima: "*Haz á otro lo que quieras que hagan contigo.*" ¡Qué bella, qué magnífica es esta preciosa sentencia! su sencillez la pone al alcance del espíritu mas rudo; su sublimidad la hace dominar á la inteligencia mas orgullosa. Es á propósito para dar paz á la familia y al imperio, y puede la ley de las cabañas, lo mismo que de los palacios. Nadie puede sobreponerse á esta máxima, ni estar libre de ella. Yo he consagrado mi vida á la promulgacion de esta sencilla regla. La he predicado en las aldeas y en las ciudades, en las chozas y en los palacios. La he grabado en mi corazon, la he vuelto proverbio entre millares de hombres. Yo debo hacer lo que he predicado. "*Honrarás á tu padre y á tu madre*" es otro precepto de la gloriosa filosofía que profeso. No puedo enseñar á una hija á desobedecer á su padre; no puedo robarme

á una mujer del lado de su padre. No soy insensible al amor. Querida princesa, en mis mas bellos ensueños he entrevisto el cielo de vuestro afecto: sin él la vida me parece un árido desierto. Pero sé que esto no es mas que una ilusion. El verdadero cielo está en el alma, en el alma inmortal. Encontremos en ella nuestra felicidap! Esta noche nos separamos. No nos volverémos á ver, pero viviréis eternamente en mi memoria como el objeto mas querido en la tierra, y como la mas dulce esperanza en el cielo."

A este punto llegaba la conversacion, cuando un ruido en el aposento inmediato alarmó á los amantes y se separaron apresuradamente. Al dia siguiente se reunió toda la corte para oir la decision del rey en cuanto á la mano de su hija. En un gran salon profusamente decorado con adornos de oro y plata se reunieron los principales dignatarios del palacio, los nobles del imperio y los principales aventureros que habian acudido á la ciudad. En un alto estrado cubierto de brillante seda estaban los jueces, y detrás de ellos el rey, que habló en estos términos:

"Escuchad! nobles, caballeros, guerreros y filósofos! El tribunal ha escogido dos pretendientes como los principales candidatos para el premio que he ofrecido, que consiste en mi hija y en mi imperio. Uno de ellos es un valiente soldado que ha dado muerte á cien hombres en una sola batalla. Es el modelo del guerrero, fuerte, intrépido, victorioso! El otro es un buzo de la Corea que ha sacado del mar la famosa perla-luna. Pero ¿no habrá pretendiente que haya tenido propósitos mas elevados? ¿Qué es mas brutal, mas degradante que la fama de un soldado escrita siempre con sangre? ¿Qué es mas egoista mas miserable y mas rastrero que la ambicion esclusiva de la riqueza? ¿No hay quien haya aspirado á mas alta nombradía, á fines mas nobles, á beneficios mas positivos y mas duraderos? ¿No hay quien haya llegado á olvidarse de sí mismo en el ardor abrasador de la filantropía, procurando el bien del país y del siglo en que ha nacido?"

El rey hizo una pausa y nadie respondió. Despues dijo.: "Si no se presenta otro pre-

tendiente lo presentaré yo mismo!" El asombro y la curiosidad se difundieron por toda la asamblea. El monarca continuó: "Me dirijo á los jueces y ellos fallarán. El profesor Ranoun ha conquistado el amor de mi hija, y él la ama correspondiendo su afecto. Ha podido llevársela para hacerla su esposa. estaban listos caballos ligeros y fieles guias. Pero él se ha negado por observar su filosofía, que consiste en este breve apotegma: "*Haz á otro lo que quieras que se haga contigo.*" Pero no es esto todo. Ranoun ha empleado su vida en propagar esta máxima. La ha grabado en miles de corazones, ha sembrado una semilla que sin cesar da buenos frutos que irán multiplicándose hasta las edades venideras. ¿Quién de los candidatos ha hecho algo semejante? Comparadas con esta coducta las grandes hazañas del soldado y la ambicion de buscar riquezas en las entrañas del mar parecen insignificantes y acaso excitan repugnancia. Abandono á Ranoun al fallo de los jueces!" No hay necesidad de describir el resultado. Las palabras de un rey son le-

yes, especialmente cuando contienen la verdad y la sabiduría, como sucedió con las de Ninganoo en esta ocasion. Hubo algunos murmullos entre los pretendientes burlados. Shanwhang echó espuma por la boca, y Way-wan inclinó la cabeza desesperado. Pero los jueces fallaron en favor de Ranoun, y toda la ciudad de Kaoran se deshizo en elogios de la sabiduría del rey, la hermosura de la princesa y la virtud del afortunado pretendiente.

EL NIÑO Y EL PERRO.

HACE poco mas de medio siglo, que un caballero llamado Raimundo salió de la Luisiana con su familia, para establecerse en una hacienda que habia comprado á la orilla del rio Blanco, dentro de los actuales límites del Estado de Arkansas. Tenia un hijo de doce años, una hija de catorce, y otro bijo que apénas contaba veinte meses. Habia muerto la madre, y de la familia cuidaba una tia, hermana soltera de la esposa de Raimundo.

La casa en que vivia la familia estaba en medio de la hacienda, que tenia tres cientos acres de tierra desmontada, pero al rededor todo era desiertos, bosques primitivos y espesas selvas con intrincados laberintos. Los niños pron-

to se acostumbraron á estas agrestes regiones y frecuentemente se divertian en dar largos paseos por las colinas y los valles de las cercanías. Hasta el niño mas pequeño tomaba parte en estas excursiones y como no habia sucedido ninguna desgracia, llegóse á creer que no podia suceder.

Sin embargo, una vez que el padre estaba ausente, y habia ido á Nueva Orleans, el niño se perdió en el bosque. Lo buscaron por todas partes, pero sin poder encontrarlo. Varias personas salieron á ver si daban con él; pero pronto volvian sin mas noticia que, el niño, pocas horas ántes, habia sido visto á corta distancia de la casa, jugando con el bote que estaba amarrado con una cuerda á la orilla del rio. Al llegar allí se vió que el bote habia desaparecido.

Toda la familia se alarmó muchísimo suponiendo que el niño habia desatado la cuerda y habia sido llevado en el bote por la corriente del rio. En busca del niño perdido salieron cuantas personas fué posible reunir. Unas registraron los bosques y otras reconocieron la orilla del rio.

Con estas últimas iban los dos hermanos del niño, porque estaban casi seguros de que el bote se lo habia llevado. Todos habian notado el hecho de que el Franesio, hermoso perro de Terranova, amigo y favorito del niño, habia desaparecido tambien, sin que se lograra que respondiese á los gritos, ni á los silbidos mas prolongados.

Todo el dia y toda la noche pasaron sin poder adquirir noticia alguna. A la mañana siguiente se siguió buscando con mayor ansiedad y con mas viva inquietud. Los mas afanados, los mas activos eran los hermanos, estimulados no solo por el afecto, sino por el perfecto conocimiento que tenian de los senderos del bosque y de los lugares que mas gustaban al niño extraviado. Persistiendo en la idea de que por casualidad habia bajado el rio, recorrieron sus orillas en una extension de seis millas, examinando sus entradas y recodos con ojos investigadores.

De repente oyeron el ladrido de un perro á mucha distancia. Escucharon, y ámbos dijeron á un tiempo: "Es el Franesio! es el Frane-

sio!" Corrieron hácia el lugar en que se oia el ladrido, que á cada paso era mas claro y perceptible. Los detenian, sin embargo, los matorrales, y en la duda de lo que debian hacer, el hermano mayor silbó y llamó al perro por su nombre. Se detuvieron para escuchar. A poco notaron un ruido entre las ramas de los arbustos y delante de ellos apareció el Franesio. Saltó, les hizo fiestas y se fué, como invitándolos á seguirlo.

En el estado de la mayor ansiedad los hermanos siguieron las huellas del perro, que al andar miraba siempre hácia atrás, como si quisiera indicarles que anduvieran aprisa. Despues de atravesar un laberinto de matorrales llegaron á un pequeño recodo del rio, enteramente oculto entre el tupido ramage de los árboles. Allí estaba el bote, tan abrigadamente detenido como si hubiera estado amarrado. De pronto, no se veia al niño, pero al acercarse, lo encontraron dormido dentro del bote.

Cuando despertó se puso á llorar, como si lo turbaran penosos recuerdos. Todo lo que pudo averiguarse de sus palabras entrecortadas

fué que él y Franesio accidentalmente habian hecho aquella travesía, y que al fin, el perro, saltando de la barca, y tomando la cuerda que estaba atada á la popa de la barca, habia tirado de ella con los dientes, hasta hacer llegar el bote á tierra, y así habia salvado y cuidado fielmente al niño.

HISTORIA DE UN TULIPAN.*

CAPÍTULO I.

Supongo que no necesito contar á mis lectores que los dos reinos de Béljica y Holanda, bajo el nombre de los Países Bajos, estuvieron sujetos á un solo gobierno. El pueblo de este país ha sido muy celebrado por su industria y por su inteligencia. Gran parte de su territorio estuvo cubierto por el océano, pero construyeron diques en toda la playa para hacer retroceder al mar, y así las tierras que por siglos habian estado debajo del agua, se convirtieron en posesiones cultivadas, en hermosos jardines, sepa-

* El asunto de esta narracion está tomado de la novela de Alejandro Dumas, titulada "El Tulipan Negro."

rados por aldeas, villas y ciudades. Muchos de los habitantes se dedicaron al comercio y otros á la industria. Así, hace cuatrocientos años, los Países Bajos aventajaban á todos los países de Europa en el arte de la agricultura y de la jardinería, en el de tejer y teñir lienzos, y en otros muchos procedimientos ingeniosos. Algunas de sus ciudades llegaron á ser el principal emporio del tráfico y del comercio en todo el norte de Europa.

En el año de 1555 este país cayó bajo el gobierno de Felipe II, rey de España. El pueblo era protestante, y siendo el rey católico fanático, envió poderosos ejércitos con el fin de obligar al pueblo á abandonar su religion y á adoptar la de su soberano. La nacion resistió y durante casi medio siglo fué asolada á sangre y fuego. El rey estableció la terrible inquisicion y millares de personas fueron asesinadas en sus mazmorras y en sus hogueras. Se formó un tribunal que se llamó *el consejo de sangre*, que sentenció al tormento y á la muerte á cen tenares de los mejores ciudadanos. El duque de Alba, gobernador en nombre de Felipe, se

jactaba de que durante su administracion habian perecido en el patíbulo diez y ocho mil personas por haber opuesto resistencia á la tiranía del rey de España. Millares de individuos se vieron obligados, durante aquella época tenebrosa, á abandonar el país. Muchos de ellos se trasladaron á Inglaterra, á donde llevaron su industria y ayudaron á fundar la riqueza y el poder de la nacion británica, al mismo tiempo que los Países Bajos quedaban empobrecidos y desolados por la opresion.

En el año de 1597, una parte del país se constituyó en república, bajo el nombre de las *Siete Provincias Unidas*, quedando el resto bajo el yugo español. Habiendo establecido su independencia, la nueva república despues de una de las mas terribles contiendas que se registran en la historia, pronto se elevó al mayor grado de prosperidad. Amsterdam, la capital comercial, llegó á ser una de las mas ricas ciudades de Europa. El comercio de Holanda se extendió por el mundo todo y su escuadra llegó á ser la mas poderosa de la tierra. Por los años de 1650, la escuadra británica triunfó

de la de Holanda, y en 1672 los ejércitos del rey de Francia recorrieron una parte del país. Con la locura de la desesperacion el pueblo de las provincias septentrionales echó abajo sus diques y dejó que el océano arrasara sus campos, sus casas y sus aldeas. Era imposible conquistar á una nacion de un valor tan desesperado y de una resolucion tan inflexible. Vióse, pues, obligado el rey de Francia á retirar sus ejércitos y á hacer la paz con los holandeses.

En el año de 1672, en la época en que el país estaba asolado por la guerra con Francia y agitado por intestinas discordias, es cuando comienza nuestra historia. Vivian entónces dos hermanos célebres, Cornelio y Juan de Witt, que habian desempeñado altos puestos públicos. El pueblo estaba dividido en dos partidos: uno en favor de mantener la república, otro en favor de un gobierno central, á cargo de un Stadtholder, que habia de tener casi el poder y los privilegios de un rey. Los de Witts pertenecian al primer partido, pero estaban oprimidos por el populacho, y Cornelio, acusado falsamente de un crímen, fué encerrado en el Buy-

tenhoff, ó prision del Estado, en la Haya, capital entónces de la Holanda. Fué puesto en el tormento; pero nada confesó, y fué sentenciado á perpetuo destierro. Su hermano Juan, fué á la prision para ayudarle á preparar su viaje. Miéntras la víctima maniatada era sacada de la prision por su hermano, los magistrados mandaron abrir de par en par las puertas de la cárcel, para que la canalla la invadiera y saciara su brutal venganza en los objetos de su odio. Auxiliado por una hermosa niña, llamada Rosa, hija del viejo carcelero Gripheus, los de Witts pudieron escaparse de la cárcel por una salida que habia detrás del edificio. Entraron en su carruaje y huyeron, pero encontrando cerradas las puertas de la ciudad, se vieron obligados á volver, los alcanzaron las turbas, y ámbos fueron inhumanamente asesinados. Sus cadáveres fueron llevados á la plaza pública é insultados de la manera mas indigna.

Por entónces, Guillermo, príncipe de Orange, se estableció como Stadtholder en Holanda, y el país, del estado de república, pasó á ser una especie de monarquía. Este príncipe de

Orange tenia veinte y dos años de edad, y sus hábitos taciturnos le valieron el nombre de *Guillermo el Callado*. Unos veinte años mas tarde llegó á ser rey de Inglaterra con el nombre de Guillermo III. Nuestra historia es anterior á la trágica muerte de los dos de Witts.

Un sobrino suyo, llamado Cornelio Van Baerle, vivia entónces en la ciudad de Dordrecht, ó Dort, como se decia generalmente. Este lugar es una isla en el Mosa, y era la cuna de los de Witts. Miéntras todo el país estaba agitado por las disensiones políticas, Van Baerle se consagraba al estudio y á la jardinería. Habia aprendido la ciencia de la medicina y era excelente botánico. Poco ántes de este tiempo la famosa pasion por los tulipanes habia asolado á la Holanda. Van Baerle fué asaltado por aquel entusiasmo y pronto llegó á ser famoso por producir los mas bellos ejemplares de aquella flor. Haarlem, á once millas al oeste de Amsterdam, se habia distinguido por su excelencia en la horticultura y era el lugar principal de la fiebre de los tulipanes. Era tal el furor de la época, que por una sola cebolla de una

variedad rara, se pagaron quinientos y hasta mil pesos. Dominada por esta demencia, la sociedad de horticultura de Haarlem anunció grandes premios por nuevas especies, y al fin *cien mil coronas, por lo que nunca se habia presentado*, por un TULIPAN NEGRO.

Cuando el Dr. Van Baerle supo esta noticia, su alma se inflamó con la ambicion de la gloria de alcanzar tan magnífico premio. Siendo jóven y poseyendo considerable fortuna acometió la empresa con mucho celo y con la mayor prodigalidad en los gastos. Al mismo tiempo recurrió á la profunda habilidad que habia adquirido con el estudio y la experiencia.

En la extremidad del jardin de Van Baerle, que estaba cercado de altas paredes, vivia el jardinero Boxtel. En lugar de emplear el tiempo en cultivar su propio jardin, lo perdia en envidiar á su rico é instruido vecino y pasaba dias enteros contemplando las siembras de Van Baerle desde una pequeña ventana. Llegó á ser tan curioso para observar sus operaciones que compró un anteojo de larga vista con el que podia ver todo el jardin de su vecino, y

aun á él mismo cuando estaba en su gabinete con sus semillas y sus papeles.

Muy de creerse es que la oferta del gran premio por el tulipan negro, produjera la mas profunda sensacion entre los jardineros de Holanda. Boxtel, al principio, resolvió procurar ganarlo y se puso á hacer ensayos con tal fin. Pero pronto sospechó que Van Baerle se ocupaba del mismo objeto. Desde entónces el corazon de Boxtel abrigó negros designios; estaba seguro de que Van Baerle lograria producir el tulipan negro, y determinó vigilar y esperar hasta el tiempo oportuno, robarse entónces el inestimable tesoro y reclamar el premio. Descuidó su jardin completamente y se dedicó á espiar las operaciones de su vecino con su anteojo, sin dejar por esto de buscar otros medios para penetrar sus secretos.

Pasaron así seis meses, al cabo de los cuales observó Boxtel que Van Baerle habia producido tres bulbos, ó cebollas, que parecia cuidar con el mayor esmero. Como estaban en el invierno, los envolvió y los apartó en un cajon particular, en el que Boxtel fijó mucho la atencion.

Parece que Cornelio de Witt, poco ántes de morir, habia confiado á Van Baerle, de quien era tutor, ciertos documentos relativos á los negocios públicos. Entre ellos habia cartas que Cornelio sabia que expondrian á su sobrino á la prision y acaso á la muerte, si algun dia eran descubiertas en su poder. Cuando estaba para salir del Buytenhoff, envió un mensagero á Van Baerle con la carta siguiente:

"Mi querido ahijado:

"Quema los papeles que te confié, sin mirarlos para que no te impongas de su contenido. Tales secretos son fatales para todos los que los saben. Adios. Amame siempre.

"Cornelio de Witt.

"Agosto 16 de 1672."

Esta carta fué recibida por Van Baerle en un momento en que su espíritu estaba absorto en sus estudios, y sin leerla la puso á un lado. No volvió á acordarse mas de esta circunstancia. Despues recogió la carta como un pedazo de papel viejo y quiso la casualidad que en ella envolviera las tres cebollas.

El astuto y vigilante Boxtel llegó á descubrir que aquellos terribles papeles de Cornelio de Witt estaban cuidadosamente empacados en uno de los cajones de Van Baerle. Resolvió, pues, denunciarlo á las autoridades, sabiendo que desde luego lo reducirian á prision. Creyó que entónces podria apoderarse de las tres cebollas, pues ya sabia cuál era el cajon que las contenia. Escribió una carta anónima al jefe de la policía, dándole los informes mas detallados de los papeles sediciosos. A la noche siguiente la casa de Van Baerle fué cercada de soldados, y él conducido á la Haya y encerrado en la misma prision en que habia estado ántes su tio.

CAPÍTULO II.

El Dr. Van Baerle era jóven todavía y tenia el buen ánimo propio de su edad; pero pronto conoció que su situacion era triste y muy incierta. Estaba encerrado en una pequeña estancia á la que apénas penetraba la luz por una ventana enverjada. La puerta tenia tam-

bien grandes verjas de hierro. Todo estaba tan vigilado que no habia esperanza de poder fugarse. Además el carcelero Grypheus era muy duro y muy grosero con el preso. Debemos añadir que no sabiendo Van Baerle de qué crímen se le acusaba, no podia calcularse la probable duracion de su prision.

En estas circunstancias llegó á faltarle el ánimo y se creyó muy desgraciado. En tal situacion, un dia vió pasar por la puerta de su calabozo á Rosa, la hija del carcelero. Ella se detuvo un instante y miró al preso con interés. Él se acercó y le habló al través de la reja. Ella le contestó con amabilidad y conversaron algun tiempo. Rosa tenia muy buen corazon y desde luego sintió afecto hácia el preso, era muy hermosa, y era natural que cautivara la atencion de Van Baerle.

Al dia siguiente Rosa volvió á la reja, cuidando de no ser vista por su padre, pues sabia que si llegaba á descubrir sus bondades para con el preso, él y ella tendrian algo que sufrir. Van Baerle la esperaba siempre en la puerta, tenian muchas cosas que decirse, y cuando al

fin se despedian, ámbos creian que su entrevista habia sido demasiado corta.

Rosa iba todos los dias á la reja del preso y sus conversaciones llegaron á ser muy interesantes. Van Baerle le habló del tulipan negro y de las tres cebollas que habia llevado consigo. Le dijo que esperaba producir aquella maravilla de la naturaleza y obtener las cien mil coronas, pero que le afligia no estar ya en posibilidad de realizar su esperanza. La pobre Rosa lloró al ver la pena de su amigo, pero al cabo le ocurrió una brillante idea.

"Tal vez," dijo, "podrémos producir aquí el tulipan negro."

"¿Cómo ha de ser eso posible?" dijo Van Baerle.

"Seguramente ha de ser muy fácil," contestó Rosa. "Me diréis en primer lugar como se prepara la tierra. Yo compraré una maceta y plantaré en ella las cebollas. Estamos en la primavera y el sol da perfectamente en mi ventana. Pondré allí la maceta, vos me diréis lo que he de hacer, y yo seguiré puntualmente vuestras instrucciones."

"Querida Rosa," exclamó Van Baerle, "habeis tenido en verdad un magnífico pensamiento. Combinarémos el plan inmediatamente. Pero solo tomaréis una de las cebollas y la plantaréis en vuestra maceta. Hay en mi cuarto una pequeña caja; cuando nadie os vea me traeréis un poco de tierra, la pondré en mi caja y sembraré un tulipan, y lo colocaré á la luz de mi ventana. Guardaré la otra cebolla, para el caso de que estas no salgan bien."

"Bien pensado," dijo Rosa, "y comenzarémos hoy mismo. Qué delicioso será comparar las dos plantas á medida que vayan creciendo."

"De veras," dijo Van Baerle; pero entónces vió una lágrima en la mejilla de la doncella, y un aire de tristeza en su rostro. "¿Qué significa esto? ¿Os arrepentis de vuestra proposicion?"

"No, de ninguna manera; pero estoy pensando en vuestro pobre tulipan en ese cuarto oscuro, y pienso tambien en vuestro encierro; me aflije lo que debis sufrir en las tinieblas de vuestra prision."

"Nada temais, Rosa, si no tenemos sol, mi tulipan y yo tendrémos algo mejor, la luz de vuestros ojos y el fuego de vuestro corazon. ¡Esto, al ménos, me trae la felicidad!"

Despues de una larga conversacion, Rosa se despidió. Dos dias mas tarde habia comprado su maceta, la habia llenado de tierra y habia plantado su cebolla. En su delantal llevó algunos puñados de tierra al calabozo y Van Baerle sembró tambien su bulbo, pero les estaban reservados dos tristes sufrimientos. Al dia siguiente cuando el viejo Gripheus entró al aposento del preso, descubrió la caja, y en un rapto de cólera la hizo pedazos, derramó la tierra en el suelo y aplastó la cebolla con los piés.

Poco tiempo despues se notificó á Van Baerle que habia sido juzgado y sentenciado á morir en el cadalso. Fué sacado de la prision y llevado al lugar de la ejecucion. Un gentío inmenso acudió á verlo morir. Subió al cadalso y puso la cabeza en el sitio fatal. El verdugo blandió la cuchilla en el aire é iba ya á separar el cuello del preso, cuando

se oyó un grito entre la multitud. Se presentó un oficial anunciando que Guillermo el Stadtholder conmutaba la sentencia de muerte en prision perpetua. Van Baerle se puso en pié, y el pueblo prorrumpió en gritos de aplauso. Inmediatamente fué conducido por una escolta de soldados á la fortaleza de Lorenstein, cerca de Dort. Fué encerrado en un calabozo muy parecido al que habia ocupado en el Buytenhoff; pero ¡ ay ! no estaba allí la amable Rosa. Van Baerle se entristeció, y casi le pesó de no haber perecido en el cadalso.

Pero un dia le ocurrió una idea nueva. Unas palomas solian ir á descansar á su ventana "Puede ser que sean," pensó, "algunas de las que visitan todos los dias á mi anciana nodriza, que caritativa les da siempre un puñado de grano." No bien hubo pensado así, cuando sacó la mano y tomó á una de las palomas. Escribió una esquela á su nodriza, suplicándole que fuera á la Haya á comunicar á Rosa donde estaba y que deseaba verla. Ató el papel á la paloma y la soltó. Por fortuna el ave no tardó en ir á visitar á la nodriza. Esta vió el papel,

lo tomó y lo leyó. Inmediatamente cumplió el encargo que se le hacia y Rosa quedó instruida de la situacion y de los deseos de Van Baerle. Fué á ver al Stadtholder y le dijo que estando su padre ya viejo, le eran muy pesados los deberes del Buytenhoff, y que por lo tanto le rogaba que lo trasladara al fuerte de Lorenstein. Inmediatamente se accedió á esta peticion y Grypheus y su hija pasaron á su nueva habitacion.

No es fácil describir el júbilo del pobre Van Baerle, cuando se presentó Rosa en la reja de su calabozo. Sus entrevistas se renovaron muy amenudo y convinieron en que Rosa volveria á plantar la cebolla que habia sacado de la maceta y llevado consigo. Tenia un cuarto con una ventana á la que daba muy bien el sol, y al cabo de una semana tuvo el gusto de comunicar á Van Baerle que la cebolla habia prendido y comenzaba á echar hojas. Él, muy excitado, rogó á Rosa, que tres ó cuatro veces al dia le fuera á comunicar cómo seguia la planta.

Volvamos ahora á Boxtel, quien no habia perdido de vista ni á Van Baerle ni á las cebo-

llas. Cuando Van Baerle fué llevado por los soldados, Boxtel registró todos los cajones, esperando hallar las preciosas cebollas, pero despues de buscar en vano, llegó á creer que su dueño las habia llevado consigo al Buytenhoff. Dirijióse, pues, á la cárcel y se introdujo con Grypheus, dándose el nombre de Grille. Hizo conocimiento con Rosa y afectó profesarle el mayor cariño. Llegó á ser el amigo íntimo de su padre y poco á poco logró sorprender el secreto de las cebollas. Cuando Grypheus y Rosa se trasladaron á Lorenstein, los siguió y procuró mantener la mayor intimidad con el padre y con la hija.

Rosa era muy reservada acerca de la cebolla que habia plantado, pues Van Baerle le habia encargado que no la dejara ver de nadie. Cuidaba siempre de mantener cerrada la puerta y cuando llevaba tierra ó agua para su planta suponia que nadie la observaba. Pero el falso y astuto Grille la vigilaba como el gato que acecha al raton. Logró entrar al patio desde donde pudo ver la maceta en la ventana de Rosa y observaba cuando visitaba su planta.

Pasaron dos semanas, y el tulipan tenia ya todas sus hojas. Van Baerle estaba encantado, pues Rosa le decia que eran negras como el azabache y tersas como el marfil. Ya se levantaba sobre su gentil y airoso tallo, Van Baerle deseaba ardientemente verlo, y Rosa le prometió llevárselo una noche. Aprovechó la oportunidad de una ausencia de su padre para llevarlo á la reja del calabozo, para que Van Baerle pudiera verlo á la luz de una lámpara.

En medio de su alegría el botánico casi se olvidó de su prision y de su triste porvenir. Muy ajenos estaban los dos amigos de que el astuto Grille, escondido en un rincon, oia cuanto decian, y presenciaba su delicia. No sospechaban, en verdad, el cruel complot que habia urdido para arrebatarles sus esperanzas y privarlos de su tesoro.

CAPÍTULO III.

Producida la gran maravilla botánica, obtenido el tulipan negro, habia que presentarlo al presidente de la Sociedad de Horticultura.

Este personage se llamaba Van Systens y vivia en Haarlem, á corta distancia de Dort; pero como el terreno estaba cortado por arroyos, lagos y canales, habia que hacer dos dias de camino.

Despues de discutir muchos planes, Van Baerle y Rosa convinieron en que ella misma presentaria la preciosa planta al presidente. A ninguna otra persona podia confiársela. Van Baerle, aunque preso por toda su vida, tenia aun amor á la gloria y se figuraba con orgullo el momento en que se supiera que él era el productor del tulipan negro. Tenia tambien otra idea: debia recibir el premio de las cien mil coronas y pensaba darlas á Rosa. "¿Para qué necesito yo dinero," decia, "en este sombrío calabozo?"

"Querida Rosa," dijo, "debeis tomar las mayores precauciones. Nadie ha de veros sacar de aquí el tulipan y debeis partir de noche. ¡Qué espantoso seria que perdiéramos este tesoro! Diréis al presidente que el tulipan ha salido de una cebolla producida por un amigo vuestro. No digais su nombre, porque si lo

saben, como está preso y sentenciado, esto pudiera perjudicaros. Recibiréis el dinero, que son cien mil coronas, y las guardaréis como dote para vuestro casamiento."

"¡Mi casamiento!" dijo la niña, con una expresion de grande asombro.

"¿Os disgusta esto, Rosa?" preguntó Van Baerle.

"¡Dote para mi casamiento!" dijo ella, "si yo nunca me he de casar!"

"¡Cómo nunca! Algun jóven que no haya cometido ningun crímen, qué esté en libertad para respirar el aire del cielo, que pueda ir á donde quiera, que pueda dedicarse á las ocupaciones que mas le agraden, un jóven así muy bien puede encontrarse y será vuestro marido!"

Los ojos de la niña se inundaron de lágrimas y dijo apasionadamente: "No, Van Baerle, nunca, nunca, al ménos miéntras...."

"Miéntras qué? Rosa."

"Cruel Van Baerle, ¿tengo yo que decirlo todo? ¿no lo sospechais? ¿no os dice el corazon mi respuesta?"

"¿Quereis decir, Rosa, que no os casaréis miéntras yo esté preso?"

"Sí."

"¡Oh, Rosa!" exclamó él, mirando su prision y examinando las rejas de hierro en las puertas y ventanas, "eso es una locura, es una crueldad. Es locura que penseis unir vuestra suerte á la mia que es desesperada. Es cruel despertar de tan delicioso sueño, cuando despues de todo no hay para mí ni un rayo de esperanza."

"Pero aun queda esperanza."

"¿De qué?"

"Tal vez de que podais fugaros. ¿No es mi padre el carcelero? ¿no es posible que podamos burlar su vigilancia, ó que, sabiendo el mundo que sois el productor de la mayor maravilla de horticultura que ha visto el mundo, os mande poner en libertad el Stadtholder? ¿no clamará todo el género humano por la libertad del Dr. Van Baerle? Yo os lo digo, amigo mio, aun hay esperanza, llegaréis á estar libre! Pero aun cuando yo supiera que debiais consumir vuestra vida en esta prision, ningun otro seria mi marido."

"Y yo repito, Rosa, que eso es una locura. No puedo permitir tal sacrificio de vuestra felicidad, por gratas y dulces que me sean vuestras palabras. No hay la menor esperanza de que yo recobre la libertad. Vuestro padre es tan inflexible como estas verjas de hierro; Guillermo tiene el corazon de piedra, y además estoy ya ignorado, caido en el olvido. Nadie puede ver mi llanto ni escuchar mis ruegos. Mi corazon puede rebosar de dolor, mi cerebro trastornarse de desesperacion; pero ¿qué importará todo esto al altivo Stadtholder, rodeado de riquezas, de placeres y de poder?"

"Van Baerle, creeis que estoy loca; vos sois un sabio. Yo soy ignorante, yo nada sé, y sin embargo, creo que algo puedo enseñaros."

"¡Cómo!"

"¿Habeis oido hablar de Grocio, del célebre Hugo Grocio?"

"Sí."

"Pues bien, estuvo preso en este mismo castillo de Lorenstein."

"Sí, ya me acuerdo."

"Y estuvo preso en este mismo calabozo en que estais encerrado."

"¡De veras!"

"De veras. En 1618 fué sentenciado á prision perpetua en este castillo, y en este mismo calabozo permaneció encerrado diez y ocho meses. Aquí, durante aquel tiempo, fué cuando escribió su libro mas famoso: 'La Verdad de la Religion cristiana.' Y ¿sabes cómo salió de aquí y cómo obtuvo su libertad?"

"Sí, alcanzó su libertad por los esfuerzos de su esposa."

"Exactamente. Grocio era un grande hombre y vos lo sois tambien. Él escribió un libro famoso. Vos habeis producido el famoso tulipan negro. Él fué puesto en esta prision y vos estais. Él fué libertado por su esposa. Van Baerle, ¡si vos tuvierais esposa!

Los ojos de Van Baerle brillaron llenos de lágrimas, y dijo: ¿Qué quereis indicar, Rosa?"

"¡Qué cruel, qué estúpido sois, Van Baerle! ¡Me vais á obligar á que yo misma me ofrezca en matrimonio!"

"¿Es eso lo que queriais decir?"

"Mucho habeis tardado en comprender."

"Pero ¿cómo habia yo de creer posible que quisierais casaros con un hombre preso por toda su vida? Si yo estuviera en libertad, no habria aguardado vuestra proposicion."

Rosa sollozó y enjugándose el llanto dijo con voz firme: "Querido amigo, puesto que no estais en libertad, os encontrais en la situacion de mi sexo. Debeis esperar que se os hagan propuestas. Yo tengo que obrar como si fuera hombre: ¡he aquí mi mano!" Y metió los dedos por entre la reja.

Van Baerle le tomó la mano y se la besó diciendo: "Bien, la acepto y la reclamaré si alguna vez recobro mi libertad."

"No es eso; ¡debeis obligaros á ser mi marido, sea cual fuere vuestra suerte, en la prision ó fuera de la prision, hasta que la muerte nos separe!"

"Tengo miedo, Rosa."

"¿Dónde se ha visto un amante tan tímido?"

"No me entendeis, tengo miedo de ser egois-

ta. Temo cargar mi corazon con el crímen de sacrificar á mis deseos vuestra juventud, vuestra belleza, vuestra libertad, vuestra dicha y vuestra esperanza!"

"Pero cuando yo quiero, cuando ese es mi gusto, cuando os lo mando. ¡Jurad delante del cielo que seréis mio, que lo sois ya, que serémos uno solo de hoy en adelante, confundiendo nuestros corazones, nuestras almas, nuestro amor!"

Van Baerle alzó solemnemente los ojos al cielo. Recitó una profunda y ferviente plegaria por la felicidad de aquella noble y generosa mujer, y besando la mano de Rosa, dijo: "Lo juro. De hoy en adelante, á los ojos de Dios, no somos mas que uno."

Rosa quedó contenta, una sonrisa disipó su llanto y la tristeza de su rostro, y los dos amantes arreglaron en breve sus planes. Rosa debia marchar con el tulipan aquella misma noche para Haarlem. Debia ir á caballo, acompañándola á pié uno de sus pobres vecinos y debia llevar el tulipan cuidadosamente encerrado en una caja.

Dispuesto todo así, fué á su cuarto á completar sus preparativos de viaje. Pero ¡ ay ! el perverso Boxtel, ó Grille, como ahora se llamaba, no habia perdido el tiempo. Habia mandado hacer una llave falsa con la que habia abierto la puerta del aposento de Rosa. Miéntras ella habia estado conversando con Van Baerle, él habia entrado al cuarto. Allí vió el magnífico tulipan negro ; se estremeció de avidez y de miedo, al fin lo tomó y salió, cerrando con llave. Huyó entónces del castillo y favorecido por las sombras de la noche, á toda prisa se puso en camina para Haarlem.

En cuanto Rosa llegó á su cuarto, inmediatamente se dirigió á la mesa en que tenia el tulipan. El lugar estaba vacío, el tulipan habia desaparecido. Miró en torno de sí, primero con asombro, despues con sobresalto. Pasó mucho tiempo ántes de llegar á persuadirse de que habia desaparecido el precioso objeto. Al fin, sospechó la verdad. Habia observado que Boxtel vigilaba todos sus movimientos, creyó que él era el ladron, registró todo el edificio, salió á la calle, nada encontró. Entónces volvió al

calabozo de Van Baerle, deteniéndose y vacilando á cada paso. "Esta terrible desgracia," pensaba, "va á destrozarle el corazon."

Se apretó las manos angustiada, volvió á su cuarto y buscó una vez mas; vió debajo de lacama, dentro de la alacena, dentro del tablero de damas, sin pensar que el tulipan y su vaso no cabian en lugares tan estrechos. Al fin subió las escaleras y llamó á la puerta de Van Baerle. A la luz de la lámpara que llevaba, él vió la afliccion pintada en su rostro. Con la mayor ansiedad le dijo: "¿Qué es esta Rosa? ¿que ha sucedido?"

"¡Una desgracia!"

"¿Qué?"

"No me atrevo á decíroslo."

"No me tengais en agonía. ¿El tulipan?"

"Sí, nos lo han robado."

CAPÍTULO IV.

Larga y penosa fué la entrevista de Rosa y Van Baerle. La desaparicion del tulipan negro desvanecia en un instante las bellas

esperanzas de los tiernos amantes. Rosa le comunicó sus sospechas de que el robo habia sido cometido por Grille. Van Baerle, con la mayor curiosidad le hizo mil preguntas. "¿Es un hombre pequeño y delgado?" dijo.

"Sí, exactamente."

"¿De pelo negro y de ojos bizcos?"

"Sí."

"¿Habla en voz baja y ronca?"

"Hablais de él como si lo conocierais."

"Es el pícaro de Boxtel."

"No, se llama Grille."

"Puede llamarse como mejor le parezca, pero no por esto deja de ser Isaac Boxtel. Es un gran bribon y no nos queda esperanza."

"No sabeis lo que es capaz de hacer una mujer. Tengo mi plan: iré á Haarlem, veré al presidente Van Systens, me presentaré delante de ese Grille ó Boxtel y lo acusaré de robo. El cielo protejerá la verdad y confundirá al ladron."

"Querida Rosa," dijo Van Baerle llorando, "apruebo vuestro plan. Debeis ir inmediatamente. El cielo, sin duda, protejerá la verdad,

el valor y la fidelidad. Yo permaneceré orando por vos. Esto es todo lo que puede hacer un pobre preso. ¡Ah! si no fuera por estas crueles verjas de hierro!"

Al decir esto, Van Baerle apretaba las rejas, le chispeaban los ojos y parecia atacado de una fiebre repentina. "¡Oh! maldita prision!" exclamaba fuera de sí, "qué he hecho para verme así privado del amor, de la esperanza, del aire y de la luz que Dios concede á todos los animales? Jamás hice mal á nadie y siempre amé á mis semejantes. ¿Porqué, pues, todo se conjura contra mi tranquilidad, contra mi dicha y contra mis derechos? ¡Oh Dios mio! ¿Para qué prolongas esta existencia si me condenas á vivir muriendo?"

Apobiado por sus pesares, Van Baerle cayó tendido en el suelo de su prision. Rosa hubiera querido quedarse á consolarlo, pero en aquel momento su padre Grypheus que habia oido algun ruido, se acercó para ver que era lo que pasaba. Rosa apagó su lámpara y se escapó por uno de los oscuros corredores. Fué á su cuarto, escribió á Van Baerle unas cuantas pa-

labras afectuosas y se las dejó en las rejas del calabozo. Una hora despues salió para Haarlem, caminando con gran rapidez.

Boxtel habia llegado ántes que ella. Habia visto ya al presidente y le habia mostrado el tulipan que pretendia haber producido por sus propios esfuerzos. La noticia se habia difundido por la ciudad y el nombre de Boxtel sonaba en todas las calles cuando llegó Rosa. Ella hizo algunas indagaciones y fácilmente comprendió la situacion. Sin perder tiempo se dirigió á la casa del presidente y solicitó una entrevista. El criado le contestó que su amo no podia recibirla porque estaba muy ocupado. Ella le mandó decir que su visita tenia relacion con el tulipan negro.

Estas palabras hicieron el efecto de un talisman y Rosa fué admitida en el acto. Encontró á dos personas, al presidente y á un extranjero. Este último tenia una casaca de terciopelo encarnado bordada de oro.

"¿Teneis algo que decir respecto del tulipan negro?" dijo el presidente.

"Sí, señor," contestó Rosa.

"Y bien, ¿qué?"

"Que el tulipan negro presentado por Isaac Boxtel me ha sido robado, que yo soy quien lo ha producido."

"¿De verás?" dijo el presidente, sonriendo con desden, "y vos, ¿quién sois?"

"Yo soy," dijo Rosa, vacilando, "soy . . . soy."

"Una embustera," dijo el presidente, completando la frase con impaciencia."

El llanto corrió por las mejillas de Rosa. Se apretó las manos, diciendo: "¡Escuchadme! ¡escuchadme! ¿no estoy entre hombres de honor? ¿no estoy en presencia de personas delante de las cuales puede defenderse la inocencia y la verdad?" Esto diciendo, se arrojó á los piés del extranjero, en quien habia reconocido al Stadtholder. Cesó de hablar, pero siguió sollozando.

"Niña," dijo el príncipe, con frialdad, pero con dulzura, "sepamos vuestra historia, hablad. ¿Quién sois?"

"Soy la hija del carcelero de Lorenstein."

"Ya me lo habia yo figurado. Continuad."

"Y soy la que ha cultivado el tulipan negro."

"¿Sola?"

"No, señor, he tenido quien me ayude. Tal vez he cometido un gran crímen, pero os lo confesaré todo. El cielo da el poder á los príncipes y el Stadtholder de Holanda no puede ser ménos misericordioso que la Providencia que lo ha puesto al frente de su pueblo. Yo he producido el tulipan con los consejos, auxilio y direccion del Dr. Van Baerle."

"¿Sabeis, niña, lo que estais confesando? ¿sabeis que es delito capital tener relaciones con un preso de Estado?"

"Sí, señor, lo sé. No me importa la vida, os la entrego; pero hay otro criminal."

"¿Quién es?"

"Un ángel."

"¿Os estais burlando de mí?" dijo el príncipe con un tono severo.

"No, señor, háblo seriamente. Hay un rayo de sol que todos los dias penetra al través de las rejas de la ventana del Dr. Van Baerle. Lo envía el cielo para consolar el corazon del pri-

sionero. ¿No es este un crímen? ¿lo castigaréis, señor? ¿castigaréis á quien ha seguido el ejemplo que le ha dado el cielo?"

El príncipe se puso sombrío y el presidente frunció el ceño. Hubo un momento de silencio. Al fin el Stadtholder dispuso que el presidente mandara llamar á Boxtel, quien apareció á poco rato. Al ver á Rosa quedó confundido, pero haciendo un grande esfuerzo, recobró su tranquilidad.

"Esta jóven," dijo el Stadtholder, "pretende haber producido el tulipan negro en el castillo de Lorenstein."

Boxtel contestó con burlona sonrisa: "Supongo, señor, que la posesion es buena prueba, miéntras no se presente en contra una indudable evidencia."

"Ciertamente. ¿Dónde habeis cultivado este tulipan?"

"En mi jardin de Dort."

"Describid el lugar."

Boxtel dió la descripcion que se le pedia.

"¿Cómo procedisteis?" preguntó el príncipe.

"Logré obtener tres cebollas despues de dos

años de estudio y de experimentos. Una de ellas salió mal, la segunda produjo el tulipan."

"Y ¿dónde está la tercera?"

"En mi casa."

Se habló de otra cosa y Boxtel fué despedido. Cuando hubo salido, el Stadtholder dijo á Rosa que ocurriera al palacio á la mañana siguiente.

Estuvo puntual á la cita y el príncipe la recibió con bondad.

"Rosa," le dijo, "he examinado el negocio y no está muy claro, pero podeis tener esperanza. ¿Sois de Frisia?"

"Sí, señor."

"Yo tambien soy de esa provincia. Me gusta el traje de mi país natal; tomad esas cien coronas y ataviaos con el traje campestre de Frisia, y esperad las ceremonias de la inauguracion del tulipan negro que se celebrará pasado mañana."

"Y ¿cómo quereis que sea mi vestido, señor?"

"A vuestro gusto."

"¿No quereis indicarme el vuestro, señor?"

"Que sea un vestido que pueda convenir á una novia."

Rosa partió.

CAPITULO V.

FÁCIL es imaginar que Rosa se perdia en conjeturas acerca de las intenciones del Stadtholder. A veces sospechaba algun siniestro designio, á veces recordando su aire frio y severo, creia que le estaba preparando alguna red para perderla. Pero el corazon de Rosa era generoso y puro y por lo mismo solo prevalecian en ella pensamientos generosos y puros. No podia prever cómo los extraños acontecimientos que la rodeaban habian de llegar á un desenlace favorable, pero creia que todo saldria bien, y así no vaciló en cumplir las órdenes de S. A. el príncipe Stadtholder.

Miéntras esto hacia Rosa, su pobre y encarcelado amante pasaba por una dura prueba. Una noche oscurísima, cuatro hombres bien armados se presentaron en el castillo de Lo-

renstein, llamaron al viejo Gripheus, y le mostraron una órden del gobierno, previniendo que les entregara al reo Van Baerle. Despues de murmurar entre dientes muchos juramentos, el viejo obedeció, aunque con evidente repugnancia. El preso fué sacado de la cárcel y puesto en un coche que echó á andar escoltado por cuatro soldados de á caballo.

Van Baerle no podia conjeturar lo que le estaba pasando, y se entregaba á los mas sombríos presentimientos. Se figuró que iba á ser ejecutado y era tal la postracion de su cuerpo y de su espíritu que contempló semejante suerte no solo con resignacion, sino con cierto grado de placer.

"Sea en hora buena," se decia, meditando en su situacion, "la muerte, al fin, me traerá el descanso. He vivido bien, á nadie he hecho daño, y puedo ir alegremente al otro mundo." Pero entónces le asaltó un nuevo pensamiento. "¿He vivido bien?" se preguntó, como escudriñando su propia conciencia. Reflexionó y se dijo despues: "No, he vivido como un egoista. Tenia yo gran fortuna, buena educa-

cion y medios bastantes para ser útil al género humano. Y ¿qué he hecho? He vivido solo para mí. He sido justo, moral, amable, tal vez porque mi temperamento es naturalmente bueño, pero ¿qué he hecho, qué he intentado que no redundara exclusivamente en mi provecho?"

"No era así el carácter de mi tio Cornelio de Witt. Vivia para los demás: sacrificó sus comodidades, su fortuna, su tranquilidad y hasta su vida por su patria y por el género humano. Temo que mi vida haya sido mezquina, pequeña y despreciable. ¡Qué pobre, qué indigno es emplear la fortuna, la ciencia, la educacion, en el estrecho círculo del egoismo individual! En el gran deseo de mi vida en estos últimos tres años solo he pensado en mí mismo. Deseaba yo producir el tulipan negro solo por ambicion, por ver figurar mi nombre en los libros científicos, por oir decir: "Ahí va el Dr. Van Baerle, el gran cultivador de tulipanes.

"Y he sido burlado en esta esperanza, para conocer la vanidad de mi corazon, para volverme á mejores pensamientos, para recordar-

me que circula por mis venas la sangre de los de Witts, para que pueda servir de leccion al género humano enseñándole la locura de la riqueza y de la ciencia, cuando se dedican solo á la ambicion individual.

"Y ¡Rosa, mi querida Rosa! La he amado pura y noblemente. ¿Estoy seguro de ello? ¿estoy seguro de que no habrá nada miserable, nada egoista en mi amor? ¡Oh! ¿no fué una crueldad unir el alma de esa niña á la mia en un calabozo, confundiendo así sus brillantes esperanzas y su porvenir con mi existencia triste y desolada?"

El pobre jóven que habia pasado años enteros en la prision sin siquiera quejarse, prorumpió en llanto. Con inquietud y ansiedad examinaba su pasado, arrepintiéndose amargamente de sus errores. Juzgado bajo las reglas frias de la moralidad era un jóven honrado; ni vicios repugnantes, ni dañosas locuras habian manchado su carrera. Se habia conducido bien con el mundo, pero ahora le pareció encontrarse en presencia del que ve hasta el fondo de los corazones, para juzgar el verdadero carácter.

Él mismo se juzgaba y se condenaba. No habia seguido principios mas elevados que su amor propio, y si no habia tenido vicios era porque de ellos lo habian apartado su gusto y sus inclinaciones. No habia empleado sus ventajosos recursos en difundir la paz, la caridad, el amor, la esperanza, los conocimientos, la piedad y el consuelo. Lo que podia haber hecho en este sentido, y su completa negligencia en cumplir tales deberes, le pesaban en la conciencia y le causaban verdadero remordimiento.

Sumergido en estos pensamientos, el carruaje seguia rodando rápidamente por el camino solitario ó crugiendo por los empedrados de las ciudades adormecidas por donde pasaba. A Van Baerle le era indiferente el punto á que lo llevaran. Despues de un fuerte combate interior, recobró alguna tranquilidad de espíritu. Sentíase libre de un gran peso, recurriendo al Salvador, única esperanza del agobiado y arrepentido pecador, y hallaba consuelo poniendo en él toda su confianza.

Amaneció al fin, y al caer la luz del alba en la hundida mejilla de Van Baerle al través de

la ventanilla del carruaje, encontró la aurora de una alma inocente que se levantaba sobre las sombras de la muerte moral. El vehículo llegó al fin á un espacioso edificio en el centro de una gran ciudad. Se abrió la puerta y el coche entró en el patio. Van Baerle estaba tan flaco como una sombra, pero su andar era ligero y en su rostro brillaba la serenidad. ¿Quién habia de pensar que él creia que dentro de pocas horas ó de pocos minutos habia de perecer en el cadalso?

Habia llegado el dia de la gran fiesta del tulipan negro en Haarlem. Al entrar Van Baerle en el edificio, vió que la plaza mayor de la ciudad estaba llena de gente. En el centro habia un gran tablado adornado de flores. "¿Será el cadalso?" dijo, para sí "¿porqué esta burla para celebrar mi muerte? Se hace increible; preguntaré lo que esto significa." Se le dijo que aquel dia estaba señalado para una gran fiesta en conmemoracion del descubrimiento del tulipan negro.

"Y ¿para qué es ese tablado?" preguntó.

"Es el destinado para las ceremonias."

"¿Quién va á presidirlas?"

"El Stadtholder."—Un frio estremecimiento recorrió el cuerpo del preso.

"Y ¿quién ha tenido el honor de presentar el tulipan negro?"

"Un jardinero de Dort, llamado Boxtel."

Van Baerle no habló mas, sentia oprimido el corazon y apénas podia andar. Conducido á un aposento, se tendió en la cama y estuvo algun tiempo en un estado de completa insensibilidad. Cuando volvió en sí encontró á su lado á una hermosa mujer, vestida con el traje de novia griega. Bella como era Rosa, parecia en aquel momento mucho mas linda. Van Baerle creyó que era una ilusion de su fantasía y se llevó la mano á los ojos. Rosa le dijo: "¡Ah! Van Baerle, ¿os pesa verme?"

"Rosa," contestó él, temblando, "Rosa, ¿sois vos? Y ¿estais con ese traje de boda? ¡Oh! Rosa, me asalta un terrible pensamiento.

"¿Cuál?"

"El astuto Grille, el infame Boxtel, va á tener la honra de haber producido el tulipan negro."

"Así dicen."

"Tendrá el premio de las cien mil coronas."

"Así lo espera."

"Y con esa suma ¿comprará á Rosa? ¿será ella su novia?"

Rosa se estremeció y lloró; pero despues de algunos momentos, se echó hácia atras sus negros rizos que le habian caido sobre la cara, y en los ojos brillantes como el íris despues de la tempestad, se sonrió y dijo á su amante: "Van Baerle, os perdono. Estais débil y os tienen trastornado la ansiedad, los cuidados y la aflicion. Amigo querido, desechad vuestros temores. Soy vuestra en la vida ó en la muerte, en la fortuna ó en la adversidad. Este es mi traje de boda, si así lo disponeis."

"¿Qué decis?" preguntó Van Baerle incorporándose sobre su almohada.

"Digo que hoy será el dia de nuestra boda, si así lo quereis."

"¡Nuestra boda! Rosa, mis sentidos se extravían; al venir aquí no esperaba mas suerte que el cadalso. ¿Qué significa todo esto?"

"Lo que he dicho, que nos casarémos hoy, si al fin obtengo vuestro consentimiento."

"¿Quién os ha enviado aquí?"

"Un hombre grande y poderoso, pero me está prohibido decir su nombre."

"Esto es terrible Rosa, voy á volverme loco entre el temor y la esperanza."

"Bien Van Baerle, estais en verdad muy débil y necesitais de algun descanso. Hoy será nuestra boda, os lo repito, y así no haréis mas que cambiar de prision. Ya no será vuestro carcelero Jacobo Gripheus, sino Rosa Gripheus; asunto arreglado. De lo demás no puedo deciros ni una palabra. Aquí hay criados dispuestos á serviros. Os prepararán un baño y os darán los vestidos que convienen al amigo y al favorito del hombre mas grande de Holanda. Además, debeis procurar poneros muy buen mozo, para dar honor á Rosa, la hija del carcelero de Lorenstein. ¿Ois, Van Baerle, ois?" Esto diciendo, Rosa dió un beso al doctor y salió del aposento.

A las doce, en punto, todo el pueblo de Haarlem estaba sentado en torno del gran tablado,

donde estaban los miembros de la sociedad de horticultura con su presidente Van Systens. Pero habia otro personaje que llamaba mucho mas la atencion; y era el príncipe Guillermo de Orange, el Stadtholder.

Comenzaron las ceremonias, y se presentó el tulipan negro en medio de los mas estrepitosos aplausos. Boxtel apareció en seguida esperando ser proclamado como el productor. Iba muy bien vestido y un aire de triunfo iluminaba su semblante. Aparecieron tambien Van Baerle y la amable y pudibunda Rosa. Boxtel palideció y tuvo que apoyarse en uno de los pilares. El príncipe se puso en pié gravemente y dijo:

"Isaac Boxtel, ¿ pretendeis haber producido el tulipan negro?"

"Sí señor," fué la respuesta.

"Antes dijisteis que habiais producido tres cebollas, de las que una fué destruida, la otra produjo el tulipan que tenemos delante, y la tercera estaba en vuestra casa de Dort. Se os previno que la presentarais. ¿ La teneis ahí?

"Aquí está, señor, aquí está."

El Stadtholder tomó la cebolla y la pasó al

presidente, preguntándole de qué especie era. El presidente, despues de examinarla, dijo que era de tulipan blanco de los mas comunes.

"¿De una cebolla como esta," dijo el Stadtholder á Boxtel, "habeis obtenido el tulipan negro?"

Boxtel comprendió que era hombre perdido; pero, sin embargo, contestó: "Sí, señor." El príncipe se volvió entónces á Rosa y le dijo: "Vos tambien habeis hablado de tres cebollas, ¿teneis alguna de ellas?" Rosa, sin hablar, se sacó del seno un pequeño envoltorio y lo dió al príncipe, quien lo abrió y pasó la cebolla al presidente. Miéntras este la examinaba, el príncipe fijó la vista en la letra del papel en que habia estado envuelta, y descubrió la firma de Cornelio De Witt. Era en efecto la misma carta que aquel hombre venerable habia enviado á su sobrino poco ántes de morir, acerca de papeles políticos que le habia confiado. Era claro que Van Baerle no tenia parte alguna, ni siquiera conocimiento de los planes de su tio. Por un momento el sereno rostro del Stadtholder se abochornó al sentir cargada su conciencia

con haber hecho sufrir tan larga prision á un inocente. Pero nadie tenia mayor dominio sobre sí mismo que el príncipe de Orange.

El presidente le entregó la cebolla, declarando que era en efecto de una especie que debia producir el tulipan negro. Quedó probado el fraude de Boxtel y se confirmó la verdad de la narracion de Rosa. Ella y Van Baerle fueron coronados como los productores de la mas grande maravilla botánica del mundo, el *tulipan negro.* La multitud llenó el aire de entusiastas aclamaciones, y cuando Van Baerle y Rosa fueron conducidos al palacio, encontraron el camino regado de flores. Aquella noche se casaron en presencia del Stadtholder y de las autoridades de la ciudad. Se trasladaron á la residencia del Dr. Van Baerle en Dort, despues de haber recibido las cien mil coronas, y de haberse devuelto al sobrino de los De Witts sus propiedades confiscadas.

Ocho dias despues, se encontró en un canal, y ya en estado de descomposicion, el cadáver de Boxtel.

FIN.

CATÁLOGO

DE LOS LIBROS PUBLICADOS POR

D. APPLETON Y COMPAÑÍA.

Alfabeto en Piezas.
Juguete para niños. Es una cajita de seis pulgadas de alto, que encierra 27 dados ó cubos perfectamente cortados ó iguales, conteniendo cada uno en sus seis caras, una letra del alfabeto, tres palabras que empiezan con esa letra, un fino grabado con colores y un número en cifra y en letra.

Bello. Compendio de la Gramática Castellana,
De D. Andrés Bello, escrito para uso de las escuelas de la América Española, por J. Arnaldo Márquez. Un tomo de 165 páginas, en 18°.

Burnouf. Elementos de Gramática Latina,
Extractados del Método para Estudiar la Lengua Latina, por J. L. Burnouf. Traducidos del Francés al Castellano por Juan Vicente González. Un tomo de 164 páginas, en 12°.

Butler. El Maestro de Inglés y de Español, ó Libro de
Frases Familiares. Por Francisco Butler. Un tomo de 292 páginas. en 18°.

Carreño. Manual de Urbanidad y Buenas Maneras,
para uso de la juventud de ámbos sexos. Un tomo de 322 páginas, en 18°.
De Manuel Antonio Carreño. Arreglado para uso de las escuelas de ámbos sexos. Un tomo de 120 páginas, en 18°.

Cervantes. El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la
Mancha, segun el texto corregido y anotado por el Sr. Ochoa. Un tomo de 695 páginas, en 12°.

Cervantes. El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la
Mancha, segun el texto corregido y anotado por el Sr. Ochoa. Edicion de lujo con catorce láminas y retrato de Cervantes. Un tomo de 695 páginas, en 8°.

Coe. Cartones de Dibujo para las escuelas.
En diez partes. Por Coe.

Cornell. Cartones de Cornell para Estudio y Práctica del Dibujo de Mapas. Designados para acompañar á cualquiera geografia. Un juego de 13 mapas.

Cornell. Mapas de Cornell.
Juego de 13 Mapas Mudos con los lugares marcados con números en vez de sus nombres.

Cornell. Una Clave de los Mapas Mudos de Cornell.
Designada para el uso del profesor. Un tomo de 59 páginas, en 12°.

De Belem. Libro de Frases Inglesas y Españolas.
Por E. M. De Belem. Un tomo de 88 páginas, en 18°.

De Marchena. Compendio de la Historia Antigua, ó Historia de los Principales Pueblos de la Antigüedad. Hasta la muerte de Carlomagno. Escrita en Inglés, y traducida al Castellano, por A. R. De Marchena. Un tomo de 252 páginas, en 18°.

Diccionario Mercantil, en Inglés, Francés, y Español, por D. I. de Veitelle. Está dividido en tres partes. La primera contiene—el Diccionario, propiamente dicho en Inglés—frances—español, alternadamente, en el cual se hallan las voces mercantiles empleadas en dichas lenguas, la denominacion de las mercancías que circulan hoy en el comercio, y tambien, los términos de marina de mas frecuente uso en la correspondencia comercial; la segunda—un gran número de cartas arregladas al estilo moderno, con modelos de facturas, cuentas corrientes, pagarés, letras de cambio, conocimientos, etc.; la tercera—un Vocabulario Geográfico, y una lista de las principales abreviaturas usadas en los tres idiomas. Un tomo de 305 páginas, en 12°.

Dusseldorff. Perlas de la Galería Dusseldorff, Fotografías originales por A. A. Turner. Reproducidas por la vez primera bajo la direccion de B. Frodsham. Un tomo en folio grande conteniendo 52 fotografías, elegantemente encuadernado en tafilete.

Elementos de la Historia Universal.
Para uso de las escuelas hispano-americanas. Un tomo de 431 páginas, en 8°.

El Lenguage de las Flores y de las Frutas, con algunos Emblemas de las Piedras y los Colores. Un tomito muy atractivo de 146 páginas, en 18°.

Galería de Pinturas para Niños.
Un tomo de 56 páginas en 4°. mayor, en magnífico papel, conteniendo cerca de 300 finos grabados. La misma obra con los grabados iluminados.

Grand. Compendio de Aritmética Elemental,
Para la Instruccion Primaria, por M. P. Grand. Un tomo de 60 páginas en 12°.

Le Sage. Historia de Gil Blas de Santillana,
Publicada en Francés por A. R. Le Sage, traducida al Castellano por el Padre Isla. Un tomo en 12°.

Libro Primario de los Niños.
Una cartilla adornada con láminas iluminadas. Un tomo de 14 páginas, en 8°.

Libro Primario de Ortografía,
Designado particularmente para uso de las escuelas de primeras letras. Un tomo de 164 páginas en 12°.

Los Miserables. Novela por Victor Hugo,
Traducida del original francés al castellano por D. José Segundo Flores. Dos tomos en 8°. encuardernados en tela.

Mándevil. Libro Primario por el Doctor Enrique Mándevil. Designado particularmente para las escuelas de los niños. Un tomo de 78 páginas, con láminas, en 12°.

Mándevil. Libro Segundo por el Doctor Enrique Mándevil. Un tomo de 128 páginas, con láminas, en 12°.

Mándevil. Libro Tercero de Lectura.
Un tomo en 12°. constando de mas de 250 páginas.

Marsh. Curso Práctico de Teneduría de Libros.
Partida Sencilla. Por C. C. Marsh, contador. Un tomo de 144 páginas, en 8°.

Marsh. La Ciencia de la Teneduría de Libros,
Bien calculada para enseñar completamente la Teoria y la Práctica de la Partida Doble. Por C. C. Marsh, contador. Un tomo de 196 páginas, en 8°.

Marsh. Juegos de Libros (en Blanco),
Para la Práctica de la Teneduría. Seis libros, componen un juego.

Mi Abuela Fácil, Coleccion Nueva de Historias para Niños. Adornadas con bonitas láminas. Diez libritos, en paquetes surtidos.

Nueva Biblioteca de la Risa, por una Sociedad de Literatos de Buen Humor. Obra capaz de hacer reir á una estatua de piedra, escrita al alcance de todas las inteligencias, y dispuesta para satisfacer todos los gustos. Un tomo de 496 páginas, en 12°.

Nuevo Tesoro de Chistes, Máximas, Proverbios, Reflexiones Morales, Historias, Cuentos y Leyendas. Extractados de las obras de los mejores autores Ingleses y Americanos. Traducido al Castellano por Simon Camacho. Un tomo de 271 páginas, en 12°.

Ollendorff. Un Método para Aprender á Leer, Escribir, y Hablar el Inglés, segun el Sistema de Ollendorff. Por Ramon Palenzuela y Juan de la C. Carreño. Un tomo de 457 páginas, en 12°.

Ollendorff. Clave de los Ejercicios del Método para aprender á Leer, Escribir, y Hablar el Inglés, segun el Sistema de Ollendorff. Por Ramon Palenzuela y Juan de la C. Carreño. Un tomo de 111 páginas, en 12°.

Ollendorff. Un Método para Aprender á Leer, Escribir, y Hablar el Francés segun el Sistema de Ollendorff. Por Teodoro Simonné. Un tomo de 341 páginas, en 12°.

Ollendorff. Clave de los Ejercicios del Método para aprender á Leer, Escribir, y Hablar el Francés, segun el Sistema de Ollendorff. Por Teodoro Simonné. Un tomo de 80 páginas, en 12°.

Ómnibus, ó Libro de Memoria, para todo el año. Contiene el Ómnibus: tablas de cálculo de tiempo; tablas de intereses; tabla de la cantidad de dias entre dos épocas dadas; tabla comparativa de las eras de las principales naciones del mundo; lista de las fiestas movibles, cuatro témporas, etc.; cómputo eclesiástico; calendario de los Santos; agenda para cada dia del año; páginas pautadas para cuentas de gastos, apuntes de vales á pagar y á recibir, etc., etc. En tres estilos de encuadernacion. *El Ómnibus se publica para cada año, con 6 meses de anticipacion.*

Otis. Estudios sobre los Animales, Con instrucciones para el uso del Lápiz de Plomo y de Creyon. Por F. N. Otis, A.M. Un tomo.

Otis. Lecciones Fáciles de Paisaje, Con instrucciones para el uso del Lápiz de Plomo y de Creyon. Por F. N. Otis, A.M. Un tomo.

Ortiz. Principios Elementales de Física Experimental y Aplicada, incluyendo la Meteorologia y la Climatologia. Por Pedro P. Ortiz. Un tomo de 507 páginas y 366 grabados, en 12°.

Paez. Libro Segundo de Geografía Descriptiva, Destinado á seguir al Primero de Smith. Adornado con Doce Grandes Mapas y mas de cien grabados que sirven para mejor Inteligencia del texto. Edicion

Enteramente Nueva, Corregida y aumentada conforme á los últimos datos Estadisticos y Cambios Pòliticos, y Arreglada al uso de las Escuelas Hispano-Americanas. Por D. Ramon Paez. Un tomo de 90 páginas grandes.

Perkins. Lecciones de Aritmética Elemental,
Basadas en el nuevo sistema mental y práctico adoptado en las principales escuelas de los Estados-Unidos. Por Jorje R. Perkins. Un tomo de 163 páginas en 18°.

Ripalda. Catecismo de la Doctrina Cristiana.
Por el P. Gerónimo Ripalda, de la Compañía de Jesus. Un tomo de 90 páginas, en 18°.

Rosales. Caton Cristiano, Catecismo de la Doctrina Cristiana, para la educacion y buena crianza de los niños. Compuesto por el P. Gerónimo Rosales, de la Compañía de Jesus. Nuevamente corregido y añadido el compendio de la fé del Catecismo del P. Francisco Amado Pouget, al fin. Un tomo de 351 páginas, en 18°.

Robertson. Nuevo Curso Práctico, Analítico, Teórico y Sintético de Idioma Inglés. Escrito para los Franceses por T. Robertson. Traducido y adaptado al Castellano sobre la última edicion del original. Por Pedro José Rojas. Un tomo de 351 páginas, en 8°., con una clave de los ejercicios.

Roemer. El Lector Políglota y Guia para la Traduccion,
Cinco tomos (que se venden separadamente) por J. Roemer, M. A. El tomo I. se compone de una importante serie de Extractos Ingleses; el II. sus traducciones en Francés, por el Profesor Roemer; el III. en Aleman, por el Dr. Reinhard Solger; el IV. en Español, por Simon Camacho; el V. en Italiano, por el Dr. Vincenzo Botta; haciendo de esta manera una mutua clave de cada lengua. Cada tomo en 12°.

Royo. Instruccion Moral y Religiosa,
Para las escuelas de la República. Nociones importantes tomadas del Francés. Por José Manual Royo. Obra examinada y aprobada por el M. R. señor Arzobispo de Bogotá. Un tomo de 243 páginas, en 18°. con láminas.

Sarmiento. Aritmética Práctica, primera parte.
Sumar, Restar, Multiplicar y Dividir Enteros y Quebrados. Publicada por órden del Jefe del Departamento de Escuelas del Estado de Buenos Ayres, por Domingo F. Sarmiento. Un tomo de 64 páginas, en 12°.

Sarmiento. Método de Lectura Gradual,
Por Domingo F. Sarmiento. Un tomo de 64 páginas, con cuarenta láminas, en 18°.

Serie Nueva de Novelitas, para Diversion é Instruccion de la Infancia:

Aladin ó la Lámpara Maravillosa,	Ali Baba y los Cuarenta Ladrones,
El Gato Calzado,	Juan el Matador de Gigantes,
Beldad y la Bestia,	Aventuras de Robinson Crusoe,
Viaje de Gulivero á Lilipucia,	La Caperucita Roja,
Juanito y èl Tallo de Haba,	La Barba Azul,
Cenicentilla, ó el Escarpin de Cristal,	La Gata Blanca.

Expéndense por separado en paquetes de 12 novelitas.

Smith. Astronomía Ilustrada,
Dispuesta para uso de las Escuelas de la América Española; ilustrada con numerosos diagramas originales; por Asa Smith, traducida al español por Demetrio Paredes. Un tomo en cuarto mayor, 66 páginas.

Smith. Primer Libro de Geografía de Smith, ó Geografía Elemental, dispuesto para los Niños. Adornado con cien grabados y catorce mapas, por Asa Smith, M.A. Traducido al Español por Temistocles Paredes. Un tomo de 131 páginas, en cuarto menor, con mapas y muchas estampas.

Velázquez. Diccionario de Pronunciacion de las Lenguas Española ó Inglesa, por Mariano Velazquez de la Cadena, compuesto sobre los Diccionarios Españolas de la Academia Española, Terreros, Salvá y el Baretti y Neuman por el Dr. Seoane, y los ingleses de Webster, Worcester, y Walker, aumentado con mas de ocho mil palabras, idiotismos, y frases familiares, las irregularidades de los verbos y la sinópsis de ámbas lenguas. En dos partes: I. Español ó Ingles; II. Inglés y Español. Un tomo, en 8°. mayor, de mas de 1300 páginas, hermosamente impreso y bien encuadernado.

Velázquez. Diccionario de las Lenguas Española é Inglesa. Abreviado del grande del autor al uso de los jóvenes estudiantes y de los viajeros, por Mariano Velazquez de la Cadena. En dos partes: Español ó Ingles; Ingles y Español. Un tomo de 847 páginas, en 12°.

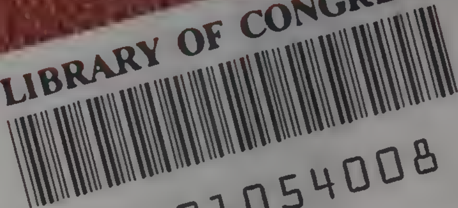
HISTORIETTES

MORALES

GOODRICH






LIBRARY OF CONGRESS
00021054008